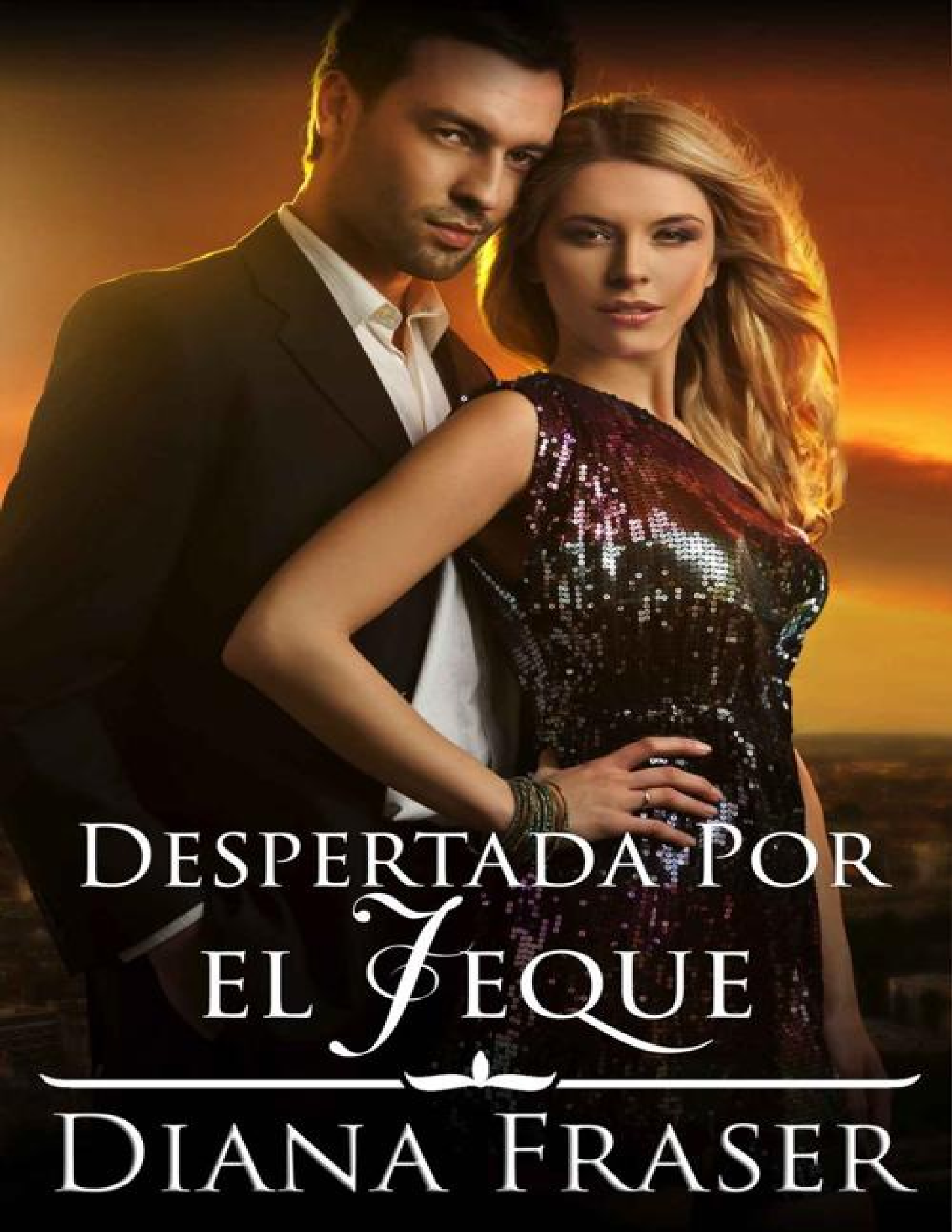




DESPERTADA POR
EL FEQUE

DIANA FRASER

DESPERTADA POR EL JEQUE

REYES DEL DESIERTO

LIBRO CUATRO

DIANA FRASER

**Despertado por el jeque
por Diana Fraser**

2015 Diana Fraser
<https://dianafraser.com>

La sexy voz de Cara Devlin le consigue el puesto de traductora del rey de Ma'in, con un sueldo que le permitirá abandonar Ma'in y los dolorosos recuerdos de un marido que la utilizó, y empezar de nuevo. El rey Tariq se dedica a sus hijos, a su país y a permanecer soltero. Pronto se da cuenta de que Cara podría serle útil en sus negociaciones comerciales... pero sólo si ella no sabe que está siendo utilizada.

-Reyes del Desierto-

Se busca: Una esposa para el jeque
La novia de ganga del jeque
La amante perdida del jeque
Despertada por el jeque
Reclamada por el jeque
Se busca: Un bebé para el jeque

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es casual. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de datos, salvo en los casos permitidos por la Ley de Propiedad Intelectual de EE.UU. de 1976, sin permiso previo del autor.

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Postfacio

Reclamado por el jeque

Otras Obras de Diana Fraser

PRÓLOGO

“SAHMIR, no me falles. Con Daidan en Finlandia, de *ti depende que* el consorcio francés esté dispuesto a entrar en el trato”. El rey Tariq ibn Saleh al-Fulan firmó los últimos papeles e indicó a su ayudante que se marchara. Miró a su hermano, que al parecer estaba absorto en un anuncio de televisión. “¡Sahmir! ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?”.

La única respuesta fue una mano levantada, mientras Sahmir permanecía absorto ante lo que estuviera viendo.

Tariq suspiró. Debía de estar loco al confiar una misión tan delicada a su diletante hermano. Pero, ¿qué otra opción tenía? Con su otro hermano inmerso en la industria del diamante en Finlandia, no había nadie más en quien pudiera confiar y le necesitaban aquí.

Se levantó de un salto y se puso de pie, con las manos en las caderas de túnica blanca, mirando hacia las altas torres de su ciudad que brillaban con un rojo sangre bajo el sol poniente. No pudo evitar sentir el familiar ardor de la amargura en la lengua. Como casi todo, las apariencias engañan. Cuando contemplaba su aparentemente próspera ciudad, sólo veía la deuda que la avaricia de su padre había dejado a su país. Se volvió de espaldas a la vista. “¡Sahmir!”

Sahmir le miró distraído. “¿Qué? Oh, no te preocupes, lo tengo solucionado”. Sonrió, con la confianza fácil de un niño pequeño mimado. Tariq negó con la cabeza. Su hermano podía engatusar a las mujeres para que se separaran de sus maridos, sacar dinero al inversor más débil, hacer florecer las flores del desierto si se lo proponía, y siempre había sido capaz de hacer girar a su familia alrededor de su dedo meñique.

“Eso espero: el futuro de nuestro país depende de ello”.

“Yo conseguiré el dinero y tú encárgate de la junta de Aurus”.

“Ojalá se tratara simplemente de una cuestión de *negociación*, con la que puedo lidiar, pero ya estamos más allá de eso. Quieren la renovación del contrato por otros treinta años, o el dinero. Y voy a tener que entretenerles hasta que consigas los fondos”.

“Vamos, Tariq. Estarás bien. Siempre te las arreglas para salirte con la tuya. Por eso la gente te llama *wahs- jun* bruto!”

“Mientras vuelva a controlar las finanzas de nuestro país, pueden llamarme como quieran”.

Sahmir se levantó y se estiró. “No te preocupes, conseguiré el resto del dinero: yo haré mi parte y

tú la tuya. Mi concentración es total, querido hermano”. Su mirada se desvió de nuevo hacia la pantalla, que mostraba un río de chocolate vertiéndose en un envoltorio gigante, marcado con un nombre familiar. “Casi completo. Habría que ser un santo para no distraerse con esto”. Señaló el televisor. “Escucha la voz en off”.

Tariq le echó un vistazo. “Es un anuncio. A menos que anuncie una forma de recuperar el control de las finanzas de un país, no me interesa”.

“Esto, querido hermano, no es un anuncio cualquiera. Escucha”. Subió el volumen y una voz femenina, sexy, aterciopelada y seductora, salió de los altavoces. Tariq se detuvo en seco. La voz evocaba momentos íntimos, secretos susurrados, el calor de cuerpos estrechamente apretados... La voz se detuvo y el anuncio cambió. Sahmir apagó el televisor. “Una voz preciosa, ¿verdad?”.

Tariq tuvo que darle la razón. Se volvió hacia su hermano. “¿Quién es ella?”

Sahmir hizo señas a una camarera para que le llenara la taza de café. “No lo sé. Y, por desgracia, mi hermano y rey me envía a París en un futuro próximo, así que no podré averiguarlo. Pero no puedo resistirme a sintonizarla para escucharla. ¿Por qué? ¿Te interesa?”

Tariq resopló con desdén y volvió a mirar sus papeles. “No seas ridículo”.

“En serio. Deberías encontrar a alguien así -alguien sexy y guapo- para aliviarte”.

“Lo último que necesitan mis hijos es que haga desfilar a varias mujeres ante ellos. Necesitan una influencia estabilizadora desde que murió Laiha”.

“Y tú necesitas *diversión*. Si no quieres tener una mujer delante de tus hijos, ¿por qué no te llevas una a la reunión de Qusayr Zarqa? Usa nuestro castillo del desierto para impresionar no sólo al Grupo Aurus, sino también a una hermosa joven”.

Tariq volvió a suspirar. “Estaré *trabajando*, Sahmir. *Trabajar*, ¿recuerdas? Es cuando no te diviertes, sino que hablas de negocios con la gente. Es algo serio. Como *tú* debes serlo sobre lo que tienes que lograr en París en los próximos días. No puedo hacer nada con la junta de Aurus hasta que consigas el acuerdo del consorcio francés por escrito y el dinero adicional. Si los dos trabajamos juntos, podemos sacar esto adelante. Deberías tomarte esto mucho más en serio”.

“Siempre me tomo todo en serio, incluidas las mujeres”. Sahmir se rió y dejó su taza de café. “Vamos, Tariq, relájate. Este acuerdo está prácticamente cerrado. Los franceses están dispuestos a ser accionistas minoritarios en cualquier empresa de extracción de oro que elijamos. Sólo tienes que mantener el Grupo Aurus dulce hasta que consiga el acuerdo firmado y sellado. Después podrás disfrutar en el desierto con la misteriosa mujer de la hermosa voz durante unos días”.

Tariq contemplaba la ciudad de espejos y torres de la que ahora habían desaparecido los rayos del sol, sustituidos por la estridente y falsa luz de la electricidad, tan duramente conquistada por su país. Resplandecía ante él como el espejismo de seguridad y riqueza que era. “No puedo descansar hasta que se firme el acuerdo”. Se volvió hacia Sahmir. “De todos modos, deberías irte”.

“Claro”. Sahmir le miró con una extraña expresión de satisfacción en el rostro, como si se le hubiera ocurrido una buena idea. Sacó su teléfono, introdujo unos dígitos y se lo acercó a la oreja.

Tariq entrecerró la mirada. “Y no se te ocurra abordar el tema del juego, aquí en Ma’in. No lo permitiré”.

“¿Haría yo algo así?”

“Sí, lo harías”.

Sahmir asintió pensativo. “Sí, supongo que sí. Pero puedes confiar en mí en *ese punto*”.

Años de convivencia con su encantador, pero irresponsable, hermano pequeño habían enseñado a Tariq a desconfiar. “¿Significa eso que hay un punto en el que *no puedo* confiar en ti?”

Sahmir sonrió. “Ve tú. Medio palacio te está esperando”.

Tariq asintió, acostumbrado a llevar sobre sus hombros la carga del futuro de un país. “La gente de Aurus llegará en una semana. Avísame en cuanto se firme el acuerdo de París”.

Lo último que vio Tariq al salir de su estudio fue a Sahmir, hablando por teléfono, con la sonrisa aún acechándole en la comisura de los labios. Tariq no tenía tiempo para discutir con Sahmir. Fuera lo que fuese lo que estaba tramando, sin duda Tariq acabaría por enterarse. Mientras no afectara al resultado de las próximas semanas, no importaba. Nada más importaba que el futuro de su país.

Una semana después

“YA SE LO HE DICHO, estoy aquí para ver al Rey.”

Cara Devlin se irritó cuando el guardia de palacio soltó una breve carcajada de incredulidad, y se volvió hacia el otro en busca de apoyo, pero lo único que encontró fue otro par de ojos marrones, entrecerrados con diversión. Carraspeó mientras intentaba controlar la risa.

“Por supuesto, señorita. Y no puede mostrarnos ningún documento escrito que lo confirme. Todo lo que tiene es una llamada telefónica... eso *dice*”.

De nuevo, el intercambio de miradas cómplices. ¿Pensaban que era una especie de groupie de palacio? “Así es. Debía presentarme en palacio a las cuatro de la tarde. Y aquí estoy”.

“Y aquí estás”, repitió uno de los guardias, con su lento hablar que indicaba con más precisión de lo que podrían hacerlo las palabras lo poco impresionado que estaba con su presencia. “Y aquí te *quedarás*. Tenemos una función importante esta noche, así que si esperas en el vestíbulo, estoy *seguro de* que el rey te hará un hueco en cuanto pueda”.

Cara agarró su portátil y su maleta con más firmeza y se irguió todo lo que su metro setenta y cinco le permitía. “Ya se lo he contado. Se trata de un acuerdo de última hora entre el príncipe Sahmir y mi agencia por mis servicios como traductora para una serie de reuniones a lo largo de una semana. No tengo más papeles. ¿Por qué no lo comprueba con la oficina del Rey?”

Uno de ellos volvió a mirarla. No parecía más impresionado que la primera vez. “Claro, cuando tengamos tiempo. Ahora muévete, por favor”.

Esto era ridículo. Se marcharía. Se dio la vuelta y pasó junto al grupo de hombres de negocios extranjeros con los que se suponía que iba a trabajar, que estaban siendo introducidos en el palacio sin hacerles ninguna pregunta. No la miraron ni un segundo. Era tan invisible como siempre, carecía por completo del glamour de la riqueza, el poder y la buena apariencia que irradiaba esa gente.

Podía prescindir de la belleza y el poder. Pero necesitaba dinero.

Lanzó un suspiro de frustración. No tenía elección, no podía marcharse sin más. Con las deudas contraídas desde que su padre enfermó y un marido que se había quedado con los pocos bienes que poseía, necesitaba más dinero del que podían recaudar las traducciones y las locuciones para

empezar de nuevo, una nueva vida en un nuevo país.

Apretó los dientes. Sólo una semana de trabajo y podría abandonar para siempre el país de sus sueños frustrados. De repente recordó algo que le habían dicho en la agencia. Se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos por el sendero bordeado de altas palmeras, hacia el pórtico con columnas del palacio.

“Le dije que esperara, señorita.”

“Y yo *te* he dicho que me han pedido que venga aquí. Si no me creéis, id a decirle al Rey que soy la voz del anuncio de chocolate”. Sus ojos se entrecerraron con atención. “Crema de avellana para ser exactos”. Se aclaró la garganta. “El sensual deslizamiento de la crema por la lengua y la garganta, la promesa de...”. Dejó de recitar sus líneas en el momento en que los guardias se dieron cuenta de quién era. Su actitud cambió al instante. El guardia mayor chasqueó los dedos y el otro desapareció en el interior del palacio. Pasaron sólo unos instantes antes de que un funcionario de palacio de aspecto agobiado llegara para escoltarla al interior.

Siguió al hombre hasta el interior del palacio. Sus pasos resonaron en el suelo de mármol cuando entraron en una gran recepción, toda opulencia de color crema y oro. Las paredes tenían dos pisos de altura, cada uno de ellos enmarcado por una serie de balcones dorados. La zona estaba vacía de asientos y mesas, diseñada para impresionar con su austero glamour. Había oído hablar de las riquezas del palacio, pero nunca había entrado. La capital de Ma'in se había construido con la riqueza del oro descubierto casi treinta años antes y todos sus edificios eran nuevos e impresionantes. Pero no a esta escala. A pesar de ello, Cara se sintió decepcionada. El palacio podría haber estado en cualquier ciudad, en cualquier lugar del mundo. Ma'in estaba impregnada de una rica historia que su padre se había pasado la vida estudiando. Pero aquí no había ni rastro de ella.

El funcionario abrió una sala de recepción e hizo pasar a Cara, pero cuando se volvió para hablar con él, había desaparecido. Cara se sintió insegura al ver a los hombres que hablaban en la parte delantera de la sala, más allá de las mesas de caoba pulida. Un criado se acercó y le ofreció un café. Ansiosa, dejó el portátil y la maleta y lo aceptó. Bebió un sorbo agradecida mientras miraba a su alrededor. Normalmente, en los centros de conferencias estaba escondida en una cabina de traductora, no sentada con los participantes. Pero aquí estaba sentada con ellos. Aunque no se hacía ilusiones de que eso la hiciera más visible.

Miró a los tres hombres -dos japoneses y uno de Portugal o Brasil, por lo que parecía-, pero ninguno de Ma'in. En ese momento, las grandes puertas de doble entrada se abrieron lentamente y unos funcionarios ma'ineses vestidos con trajes tradicionales entraron y saludaron a los demás. Mientras los hombres intercambiaban cumplidos formales, todos ajenos a su presencia, ella escudriñó sus rostros, tratando de identificar cuál de ellos era el Rey. Sin embargo, no había rastro de él. Se acercó a la ventana, desde la que podía ver un exuberante patio, recortado y podado hasta la extenuación, pero todavía refrescante después de tanta brillante y opulenta austeridad. Entonces lo vio.

Estaba junto a la ventana de una habitación al otro lado del patio, haciendo lo mismo que ella, contemplando la vegetación mientras hablaba por teléfono. Era alto y ancho de hombros, vestido con túnicas blancas que brillaban bajo el sol que se colaba por las ventanas del suelo al techo. Cuando se giró de repente, ella le vio la cara y sintió una sacudida de reconocimiento. Conocía

sus rasgos por sus innumerables apariciones en los medios de comunicación, pero nunca lo había visto en persona. Siempre lo habían descrito en términos de asombro y majestuosidad, menos guapo y más como un jeque despiadado e inflexible. Entendía por qué le habían dado esos epítetos, pero las descripciones habían pasado por alto su magnetismo.

Hablaba por teléfono, sin sonreír, con los ojos oscuros e intensos y el ceño fruncido. Ella tomó otro sorbo de café y, de repente, él levantó la vista y se encontró con su mirada. Una oleada de adrenalina la invadió. Se sintió descubierta, no sólo observada, sino realmente *vista*. Los ojos de él no se apartaron de los suyos y, a pesar de que su cerebro le decía ineficazmente que debía moverse, hacer algo, cualquier cosa, permaneció clavada en el sitio, mientras la adrenalina conjuraba un calor que se arremolinaba sin piedad alrededor de su cuerpo, como un viento del desierto que revolviera arenas que llevaban mucho tiempo inmóviles.

Entonces la mirada de la vorágine se desvió y, temblorosa, dio un sorbo a su café. Apenas tuvo el líquido caliente en la boca, se dio cuenta de su error. Se atragantó, tosió y levantó la vista a tiempo de ver que la mirada había vuelto y estaba fija en ella una vez más. Avergonzada, intentó recuperar el aliento.

Cuando se recuperó, miró hacia él, pero ya se había ido. Si antes se había sentido incómoda, ahora lo estaba más. No porque hubiera dado un espectáculo, sino porque el rey no sólo era tan feroz y autoritario como su imagen pública, sino que además tenía una intensidad visceral y sexual. Puede que sólo fuera una semana, pero no parecía que fuera a ser fácil.

“¿Ya ha llegado?”

Tariq entrecerró la mirada al oír la voz de Sahmir y miró a su alrededor. “¿Quién? ¿Y por qué llamas? Ya deberías estar en una reunión”.

“Estoy a punto de entrar. Antes de irme le he preparado una sorpresita. Me preguntaba si estaría allí”.

“¿Ella? Sahmir, ¿qué has hecho?” Tariq miró por la ventana que cruzaba el patio hacia la sala de reuniones contigua y escudriñó la habitación. El grupo de tres hombres de negocios con sus diversos ayudantes estaban juntos, hablando con confianza, con expresión de suficiencia. Creían que ya habían ganado las negociaciones. Para ellos, el exceso de confianza era una debilidad que él podía explotar. Siguió observando la sala. Nadie fuera de lo común. Entonces su mirada se posó en una mujer, cuyo único rasgo distintivo era su habilidad para mimetizarse con el entorno con tanto éxito. No, totalmente normal excepto... excepto por sus ojos, que estaban fijos en él. Había una cualidad en su expresión que le llamó la atención, no sabía por qué. Y no *necesitaba* saberlo. Alguna secretaria, sin duda. Siguió recorriendo la sala antes de volver a la tímida asistente, que ahora balbuceaba, tosía y derramaba café sobre la gruesa moqueta del suelo. Sacudió la cabeza y volvió a centrar su atención en su irritante hermano. “Sahmir, no sé de qué estás hablando. Aquí no hay nadie”.

¿”Esa voz sexy”? ¿Te acuerdas? ¿La de la tele? Es tu traductora”.

“Tariq gimió al oír que la línea se cortaba. Su hermano había tenido la osadía de colgarle el teléfono. Tiró el teléfono y salió de la habitación en dirección a la sala de reuniones. Se detuvo

un momento en la entrada y volvió a mirar a su alrededor, interesado a su pesar, y su mirada se detuvo de nuevo en la mujer tímida. Su tez y su pelo eran pálidos, y su traje beige, del mismo color que la piedra del palacio. Era como un camaleón, se camuflaba con el entorno. Curiosa. Inexplicablemente, sus ojos se detuvieron en ella mientras jugueteaba con su portátil. Si era secretaria, era una inepta, a juzgar por la forma en que manejaba el ordenador.

Siguió escudriñando la habitación, pero no encontró a la mujer que su hermano había intentado endilgarle. Por una vez, parecía que los planes de Sahmir no habían fructificado.

Hizo un gesto con la cabeza a sus ayudantes, que le abrieron la puerta. Entró en la sala de juntas y enseguida notó el cambio de ambiente. Se había acostumbrado a él con los años, a ese escalofrío que invadía a la gente en cuanto le veían. Se notaba en sus ojos. Una cautela que les invadía, como si no le entendieran, como si le tuvieran miedo. Siempre había sido así. De joven le había desconcertado, no entendía por qué la gente no le apreciaba por el simple hecho de ser alto, ancho y *no* guapo. Pero había llegado a apreciar su efecto, especialmente desde que se había convertido en Rey. El miedo era una herramienta más útil que el afecto.

Se acercó al jefe de la delegación y le saludó, observando la vacilante arrogancia con la que él también respondía a su presencia. Sabía que, de alguna extraña manera, su falta de belleza contribuía a la reacción de la gente ante él. Su altura, sus rasgos sólidos y su inmutable sentido de sí mismo y de su propósito transmitían una sensación de poder que le resultaba extremadamente útil. Podía conseguir lo que quería en la mitad de tiempo que su hermano. No necesitaba encantar, engatusar, todo lo que tenía que hacer era instruir. Puede que no ganara amigos, pero no los necesitaba. Tenía un país que dirigir.

Saludó al jefe de la delegación en árabe, la lengua materna de Ma'in, y le tendió la mano. Los ojos del hombre mostraron confusión ante las palabras que obviamente no entendía, pero Tariq no tenía intención de traducirlas. Si el hombre tenía la arrogancia de esperar que una reunión de negocios tuviera éxito sin siquiera aprender unas pocas palabras básicas de árabe, ese era su problema. Tariq agarró la mano vacilante del hombre. Estaba húmeda y flácida y Tariq la soltó con desdén. Tariq miró a su ayudante.

“Su Alteza Real, el rey Tariq ibn Saleh al-Fulan, le da la bienvenida y le invita a tomar asiento para la reunión preliminar antes de que nos traslademos a su castillo del desierto-Qusayr Zarqa-para cenar esta noche, seguida de una serie de reuniones que concluirán al final de la semana.”

Sólo cuando el mar de cabezas se hubo sentado, volvió a fijarse en la joven, de pie, insegura, al fondo de la sala, como preguntándose dónde sentarse. Frunció el ceño. ¿Por qué nadie le había asignado un asiento? Llamó la atención de su asistente e indicó a la mujer. Estaba demasiado lejos para oír lo que se decían. Pero pudo ver la confusión de su ayudante. A pesar de ello, le indicó a la mujer un sitio a su izquierda, para su sorpresa. Sus miradas se cruzaron brevemente, antes de que ella se diera la vuelta, con un atractivo rubor cubriendo su pálida piel. Tariq se volvió hacia su ayudante, que se le acercó y le susurró discretamente al oído.

“Su traductor, Su Majestad.”

Tariq entrecerró los ojos. “¿Tienes otros planes, Aarif?”, preguntó secamente en árabe. “¿Has decidido darte la semana libre?”.

El ayudante no sonrió, pero manipuló sus papeles con nerviosismo. “No, Majestad. Parece ser

algo que su hermano, el Príncipe Sahmir ha arreglado”.

Sus ojos volvieron a la mujer que jugueteaba con su portátil. ¿Esa joven era la mujer de la voz sexy del anuncio? Le costaba relacionarlas. Sonrió para sus adentros. Sahmir se había equivocado de verdad esta vez. Tariq exhaló un suspiro de irritación, pero tuvo cuidado de no revelarlo cuando se dirigió a la empresa reunida y abrió la reunión en árabe. Iba a hablar en inglés, pero antes la pondría a prueba, a ver qué tal se le daba. Sin duda, Sahmir había pagado demasiado por el tiempo de esta mujer. Más le valía ganárselo.

Cuando terminó de hablar, inclinó la cabeza, indicándole que tradujera. Su piel pálida se ruborizó al convertirse en el centro de atención. Era evidente que no estaba acostumbrada. Y entonces habló.

Bajó rápidamente la mirada hacia sus papeles cuando el impacto de su voz le golpeó. *Era* la voz de la televisión. Así que Sahmir había cumplido su palabra. A pesar de la irritación que le producía el juego de su hermano, se quedó paralizado. La voz de ella le recorría la piel como si fueran las yemas de los dedos recorriéndole el brazo, el pecho, el cuello... y otros lugares. Casi esperaba que ella se acercara y posara sus labios sobre los suyos. Se los lamió en señal de preparación, pero no se movió, no alteró su rostro impasible. Pero no podía controlar sus reacciones. De hecho, sintió que la piel se le erizaba bajo la embestida de los tonos ricos y melosos, como el roce relajante y estimulante del terciopelo sobre la piel.

Tenía una voz profunda y clara para una mujer tan pequeña, con textura sin ser ronca, cálida y sensual sin ser descuidada. Podría haber seguido describiéndola, diseccionándola, pero la única palabra que la resumía era sexy: poseía la voz más absolutamente sexy que jamás había oído. Su voz evocaba a alguien más alta, más voluptuosa, con ojos brillantes que hablaban de sexo.

¿Cuál era la verdadera, se preguntó? ¿Su voz o su aspecto? Aún sentía el efecto de sus palabras en su cuerpo cuando de repente se dio cuenta de que había dejado de hablar.

“Esperamos trabajar en estrecha colaboración con su empresa para fomentar los beneficios de ambas. Sugiero que concluyamos su presentación en breve y mi asistente esbozará la agenda en los próximos días.”

Se sentó y se entregó al placer de escuchar la voz del traductor. Sintió que la sangre fluía hacia donde no debía. Se giró y observó a todos los hombres de la sala. Todos habían caído bajo el mismo hechizo: podía verlo en sus ojos, en la floja caída de sus bocas. Era patético que los hombres se sintieran tan conmovidos por los artificios femeninos que olvidaran lo que estaban haciendo. Ya había visto suficiente con su mujer.

A menudo había oído a su madre amonestar a sus amigos por hablar mal de los muertos, justo antes de que la conversación se convirtiera en una difamación a gran escala de su padre y la elevación a la categoría de santa de su madre. Lo había escuchado desde que era un niño sentado a sus pies. Había funcionado. No hablaba mal de su difunta esposa, pero eso no significaba que no supiera que era una mentirosa adúltera y avariciosa. Gracias a Alá que ella le había dado hijos antes de extraviarse. Al menos había cumplido con su deber. No necesitaba pensar más en esposas engañosas. No más distracciones. Especialmente ahora.

La mujer empezó a hablar de nuevo, traduciendo una de las respuestas aduladoras del extranjero, que él había entendido perfectamente sin la ayuda de un traductor, aunque no tenía intención de

hacérselo saber. Cuando se volvió hacia Tariq, acercó su silla y él pudo olerla. No era un perfume francés fuerte, sino el aroma fresco de su cabello al caer sobre su cara cuando inclinó la cabeza hacia la de él. Se sentó derecho y la interrumpió. “¡Basta!” Su voz retumbó por encima de los tonos melosos de ella. El se levanto. “Caballeros -miró al traductor y luego a los hombres-, nos reuniremos dentro de una hora en Qusayr Zarqa. Tendrán la oportunidad de ver el desierto de primera mano, así como un castillo de trece siglos de antigüedad que contiene las más raras antigüedades de Ma’in.” Salió de la habitación sin mirar atrás, haciendo señas a su ayudante para que le siguiera. Una vez cerradas las puertas, habló.

“El traductor”.

“Su Alteza. Lo siento mucho. No sabíamos que venía hasta que llegó. Le pagaré, si le place. Como usted dice, no hay necesidad...”

Tariq levantó la mano y el ayudante se detuvo bruscamente. “Mi hermano puede ser precipitado. Pero...” Hizo una pausa, recordando el efecto de su voz en él, una sensación que sabía que no podría olvidar a toda prisa. Debería despedirla. Debía *hacerlo*. Pero ese breve sabor de su voz fue como una droga. Quería volver a oírla, experimentar su efecto en su cuerpo. Se encogió de hombros. “Ya está hecho. Viviremos con ello”.

“Pero Su Alteza, no hemos tenido tiempo de hacer la autorización de seguridad habitual, los controles policiales, todo lo necesario para que alguien trabaje en palacio”.

Tariq dudó, pero sólo un momento. Era lo bastante hombre como para disfrutar de algo a distancia, lo bastante fuerte como para no probar algo que él mismo se había prohibido. Podía oler la miel del néctar, podía imaginárselo, pero eso sería todo. Nada mancharía su vida de ahora en adelante, nada le apartaría de lo que necesitaba: reparar los males que esta gente había infligido a su país, robándole su riqueza y la de su familia.

Su padre había sido débil, había querido formar parte del mundo moderno. Pero él *no era* su padre. Con Sahmir en París y él aquí, entre los dos podrían poner fin a la fuga de recursos de su país. Su país podía parecer rico, pero el lustre y el brillo descansaban en las finanzas de otros países. Se habían convertido en meras marionetas del capital extranjero. A su merced. Pero no por más tiempo.

El resultado del encuentro era inevitable, así que ¿por qué no darse el gusto por una vez? Permitirse el placer de escuchar la hermosa voz que provenía de esta mujer improbable durante unos pocos días. Nada más, por supuesto. No había lugar en su vida para nada a largo plazo. Pero esa voz -intrigante, casi hipnótica. Añadiría un cierto picante a los próximos días. ¿Y qué daño podría hacer? Casi se rió al pensarlo, mientras miraba su cuerpo delgado, el pelo lacio, los ojos inseguros y abatidos. ¿Qué daño podría hacer?

Se puso en pie, sujetando la bolsa del portátil con inseguridad y colocándose el bolso al hombro, mientras miraba a su alrededor y observaba cómo los demás seguían a su ayudante hasta un convoy de vehículos.

Hizo un gesto a su ayudante. “Dile a la señorita...” -le hizo un gesto con la mano- “que viajará conmigo”. Disfrutaría del sonido de su voz durante el viaje a Qusayr Zarqa. ¿Por qué no?

“Desde luego, Alteza”.

La vio saltar mientras su ayudante tosía cortésmente a su lado. Sonrió para sus adentros. ¿Qué daño le ha hecho?

LA LIMUSINA se alejó del bordillo, bajando por la calle rosa pálido bordeada de edificios espejados y palmeras datileras. La gente -algunos con ropas occidentales, otros con las tradicionales túnicas blancas de Ma'in- se volvía y miraba al paso de la limusina, algunos se inclinaban, reconociendo el coche del Rey, aunque no pudieran verlo a través de los cristales tintados de negro. El Rey no pareció darse cuenta, se limitó a sentarse y hablar por teléfono, como hacía desde que ella se había colado en el asiento trasero a su lado.

Cara nunca se había sentido tan incómoda. ¿Por qué demonios había solicitado su presencia? No le había dirigido la palabra desde que entró en la limusina y, sin embargo, le había pedido expresamente que viajara con él. ¿Se había hecho una idea equivocada de ella? Bajó la mirada hacia su conservador traje beige y se alisó una arruga antes de volver a mirar al mundo exterior. ¿Cómo podía haberse hecho una idea equivocada? Si lo había hecho, sería el primero.

Y luego estaba la limusina. Esto habría sido motivo suficiente para que se sintiera incómoda. Era enorme. Había espacio suficiente para sentar a dos personas entre ella y el Rey. ¡Gracias a Dios! Tan diferente al Mini que conducía en Inglaterra cuando se quedaba con su abuela. Sólo de pensar en el pequeño Mini amarillo de su abuela circulando por las estrechas callejuelas de Norfolk se ponía sentimental.

Suspiró y se concentró en el paisaje. Sólo tenía que pasar por esto y entonces tendría suficiente para pagar sus deudas y empezar de nuevo. A pesar de todo lo que sentía por Inglaterra, no volvería a vivir allí: le traía demasiados recuerdos tristes. No, empezaría de nuevo en Italia. Pero echaría de menos este pequeño y exótico país, con su moderna ciudad construida a lo largo de la amplia bahía de la costa del golfo y sus llanuras desérticas en las que aún podía encontrarse la antigua cultura ma'inese. Lo echaría de menos, pero no tenía más remedio que marcharse.

Sí, tenía suficientes razones para sentirse incómoda, pero la mayor de ellas era que estaba sentada a su lado. Echó un rápido vistazo al Rey con el rabillo del ojo. Su impresión inicial de fuerza y arrogancia no había cambiado. De cerca era aún más impresionante. Sólo pudo ver su perfil -tan fuerte e inflexible como todo lo que le rodeaba- mientras miraba la pantalla del ordenador. Su túnica blanca caía en pliegues desde los anchos hombros hasta las largas piernas que se extendían frente a él. Tenía una quietud de movimientos que resultaba desconcertante. No cambiaba de expresión, no tamborileaba con los dedos, no vacilaba al hablar. Sus palabras eran breves, al grano, y sus movimientos económicos, como si la incertidumbre fuera una palabra desconocida para él. ¿Y por qué no iba a estar seguro? Era el soberano supremo de este mundo privilegiado y rico.

Se cruzó de brazos y volvió la vista a aquel mundo rico. No había visto barrios bajos ni pobreza en Ma'in. Rico como Creso, y el más rico de todos estaba sentado a su lado. Él, y su país, estaban a un mundo de distancia de ella y así necesitaba que fuera. Sólo necesitaba su propia bolsa de oro y entonces estaría en camino. Suspiró. Dios, ¿cuánto faltaba para llegar a Qusayr Zarqa?

De repente, la brillante luz del sol dio paso a las luces blancas de un túnel. Se encendió una luz en el interior de la limusina y se encontró con su rostro, pálido y ansioso. Bajó la mirada bruscamente -no necesitaba que le recordaran que no encajaba en aquel mundo glamuroso- y sus dedos se dirigieron de inmediato al lugar donde solía estar su anillo de boda, tocándolo como si aún estuviera allí, necesitando la seguridad que siempre le había dado. Pero ya no estaba allí. Respiró hondo y volvió a mirar por la ventanilla que reflejaba el interior de la limusina, directamente a la mirada del Rey. Se dio la vuelta, pero ya era demasiado tarde. Le había recordado que estaba allí. Colgó el teléfono con una respuesta cortante y se volvió hacia ella. Se sintió físicamente obligada a enfrentarse a aquella intensa mirada.

“Así que, señorita...” Entrecerró los ojos. “Creo que no nos han presentado formalmente. Pido disculpas por la omisión”.

A Cara le sorprendió su cortesía, tan en desacuerdo con su impresionante impresión. También le sorprendió su perfecto inglés. No era alguien que necesitara un traductor. Al menos, no para el inglés. “Oh”, dijo, sintiéndose nerviosa. “Carin...”, se detuvo justo a tiempo. Dar el nombre completo que le dieron al nacer no era una idea inteligente. “Cara Devlin”.

Inclinó la cabeza regamente y le tendió la mano. “Un placer conocerla, Srta. Devlin.” Ella le tendió la mano y él la estrechó cálidamente. Ella esperaba algo aplastante, como su persona, pero no fue así. Era firme, cálido, envolvente, pero, de algún modo, ella sabía que él había contenido su fuerza en aquel apretón, consciente de que su mano, de huesos mucho más pequeños, estaba entre las suyas. Levantó la vista y no pudo evitar sonreír ante aquella inesperada sensibilidad. Pero no le devolvió la sonrisa. Podía ser educado, pero era evidente que no le gustaba sonreír. Sintió que su propia sonrisa vacilaba. Su marido siempre había dicho que era un libro abierto, que cualquier cosa que pensara o sintiera se reflejaba al instante en su rostro.

Sus ojos la recorrieron en una larga y persistente mirada antes de posarse en los de ella. Asintió una vez, como si hubiera tomado una decisión. Volvió a sentarse frente a ella. “Háblame.

Frunció el ceño, confusa. De todas las cosas que esperaba, una invitación para hablar de cualquier cosa era la última de la lista. ¿Se le había escapado algo? “Lo siento, um” -sacudió la cabeza- “¿de qué quieres que hable?”.

“Cualquier cosa. Háblame de ti, si quieres”.

“¿Qué te gustaría saber?”

“Cualquier cosa que desees compartir conmigo. Fue mi hermano quien te contrató, sé poco de ti y parece que has evadido con éxito nuestros controles de seguridad.”

Cara palideció. Menos mal, si no, no le habrían dado el trabajo. “Bueno, por supuesto que puedo completar el papeleo si lo necesitas”. Mantuvo los dedos cruzados fuera de la vista. Él no la querría si supiera con quién estaba casada.

Rechazó su sugerencia con un gesto despreocupado del brazo. “No creo que sea necesario. Dudo que seas una amenaza para la seguridad nacional”.

A veces, pensó Cara, era útil parecer insignificante.

“¿Trabajas como intérprete, tengo entendido?”, continuó.

“Sí. Intérprete, traductora”. ¿De verdad no sabía por qué el príncipe Sahmir la había contratado? “Y... hago algunos trabajos de locución para una agencia de publicidad”.

“Ah, sí. Chocolate, ¿no?”

Se mordió el labio, avergonzada al recordar sus sugerentes frases. “Y coches”, continuó apresuradamente, “y una cadena hotelera”.

“Cualquier cosa que requiera una voz seductora”. Sus ojos se entrecerraron, pero no supo por qué emoción. Por lo demás, su rostro era tan inescrutable como siempre. “Una voz *persuasiva*”.

“Bueno, supongo”.

“Y tus habilidades lingüísticas. Háblame de ellas. Me han dicho que dominas el portugués y el japonés, y que entiendes bien mi propio idioma”.

“Sí.”

De repente, la presión del coche cambió y salieron del túnel. Cara se giró y parpadeó a la luz del sol antes de volverse hacia él. Él se había recostado en su asiento, observándola como si fuera la primera vez, frotándose el dedo contra los labios, pensativo.

“Inusual”, murmuró.

Ella frunció el ceño. “¿Mis idiomas?”

Parpadeó como si intentara recuperar el hilo de sus pensamientos. “Por supuesto. Para una mujer inglesa, tal habilidad con los idiomas no es común”.

“Puede ser. Pero mi madre era de Brasil y yo me especialicé en japonés en la universidad”. Se encogió de hombros. “El árabe lo acabo de aprender”.

“Eres inteligente. Eso es bueno. Podría ser útil que escucharas todo lo que se dice, tanto dentro como fuera de las reuniones y me informaras”.

Frunció el ceño. “¿Espiar a tus invitados, quieres decir?”

Levantó una ceja en señal de interrogación. “¿Invitados? Sí, supongo que sí. Pero no por placer. Sólo por negocios. Y en cuanto a espiar. ¿Usé la palabra?”

“Bueno, no, pero...”

“Entonces dudo que sea eso lo que quería decir. Estás a mi servicio y quiero que interpretes lo que oyes y me lo comuniques. Confío en que estés contento con eso”. Su tono era frío como el hielo. Un escalofrío recorrió su espalda. Era el Rey y le estaba diciendo que lo recordara.

“Sí, por supuesto, Su Alteza Real”.

Asintió y guardó silencio un momento, con los ojos aún fijos en ella, evaluándola. “¿Y le ha aconsejado mi ayudante sobre el tema de la reunión?”.

Ella negó con la cabeza. “No.”

“Entonces lo haré. Necesitaré conocer el contexto para ser eficaz. Hace treinta años, Srta. Devlin, mi padre invitó a inversores a nuestro país. Llegaron para ver una tierra que les parecía vacía”. Se dio la vuelta y miró por la ventanilla el desierto vacío que ahora se extendía a ambos lados de ellos. “Y, en efecto, le parecía vacía a mi padre, cuya visión estaba llena de las ciudades que había visto en la universidad, en América y en Europa. Quería ser rey de una tierra llena de las glorias de la civilización que tanto anhelaba”.

Calló y Cara siguió su mirada hacia la aparente monotonía del desierto. “No es tierra de desierto”.

Se volvió hacia ella y la miró a los ojos durante unos instantes. “No, no una tierra desierta. Una ciudad. Una ciudad de torres, de riqueza, de automóviles, maquinaria, finanzas. Un espejismo de luz y magia. Y tuvo éxito. Esos visitantes le dieron a mi padre todo lo que podía haber deseado”.

Volvió a callarse y Cara sintió que era necesario hacer algún comentario. “Bueno, entonces fue un buen resultado”.

“No, señorita Devlin, no lo era. Sin embargo ese contrato de treinta años ha expirado y estamos aquí para renovar los términos.”

Cara parpadeó nerviosa. No se había dado cuenta de que la reunión era tan importante.

“Y por eso, Srta. Devlin, le agradecería su cooperación en este asunto. Quiero que esté en todas partes donde están estos hombres. Quiero que escuche lo que tienen que decir y quiero que me informe de todo lo que oiga”.

Ella asintió, pero frunció el ceño. “¿Y confías en mí para hacer esto? Quiero decir, soy de fiar, pero tú no lo sabes. Como dices, no me han hecho ninguna comprobación”.

“No confío en nadie. Ni en ti, ni en la gente con la que hago negocios, ni en mi personal. En nadie. Pero confío en mis instintos y sé distinguir una mentira de una verdad. Dime la verdad y nos llevaremos bien”. Se recostó en su asiento, escrutándola atentamente. Asintió brevemente. “Se ruboriza rápidamente, señorita Devlin”. Ella se sonrojó al instante. Él sonrió. “Dudo mucho que sea usted un riesgo para la seguridad. Dudo mucho que te salgas con la tuya mintiendo. Ahora, tenemos un poco de tiempo antes de llegar, hálame”.

Otra vez la misma instrucción. ¿De qué demonios iba a hablar? Él debió notar su confusión.

“Cualquier cosa”, continuó. “Dime cuánto tiempo llevas en mi país”.

Cara tragó saliva. No esperaba un interrogatorio. Se encogió de hombros, con la esperanza de parecer despreocupada. “Un par de años”.

“Y viniste aquí, ¿por qué?”

Dudó sólo un momento cuando la imagen de su marido, Piers, revoloteó por su mente, instándola a dejar su trabajo corporativo en Londres y viajar con él a Ma'in, donde sus contactos le decían

que su negocio de importación y exportación prosperaría. No había sido una decisión tan importante. Después de todo, ya había estado allí antes, con su padre.

Levantó la vista, captó los ojos del rey Tariq y esbozó una rápida sonrisa, con la esperanza de que disolviera el odiado recuerdo. “Vine aquí con un amigo y me quedé”. Sabía que las mentiras no pasarían desapercibidas, pero podría salirse con la suya si era tacaña con la verdad.

“¿Y te gusta mi país?”

Sonrió. “Es fabuloso”.

Frunció el ceño. “¿La ciudad, quieres decir?”

Se encogió de hombros. “Bueno, sí, pero también he viajado al desierto y visitado las Ciudades Antiguas. Son increíbles”.

“Así que aprecias el pasado de mi país”. Asintió con aprobación. “Entonces te interesará nuestro destino. Fue el hogar de mis antepasados. Originalmente era uno de los castillos del desierto que recorrían la ruta de las especias desde Oriente hasta el Mediterráneo. Si bien nuestras raíces se remontan a los beduinos, nuestra posición aquí, en un punto estratégico de los mares, significa que nuestra historia está muy influenciada por Persia. De ahí la mezcla de culturas, un rico patrimonio cultural, cuyos vestigios pueden verse por todas partes”. Siguió su mirada. “Si sabes dónde buscar”. Frunció los labios. “Por desgracia, demasiado rico para que algunos resistan la tentación”. Se volvió hacia ella una vez más, como si recordara su presencia. “Entonces, ¿piensas quedarte en Ma’in?”

Sacudió la cabeza, mordiéndose el labio al arrepentirse inmediatamente de la negación.

El rey Tariq levantó una ceja en señal de interrogación. “¿Por qué no, si tanto te gusta? Puede que mi visión de Ma’in no coincida con la de mi padre, pero doy la bienvenida a la gente que puede contribuir a la economía de mi país”.

Se miró las manos entrelazadas, preguntándose cómo podría librarse de este interrogatorio, preguntándose por qué demonios un Rey le haría tales preguntas. “Quiero empezar una nueva vida en Italia.

“¿Italia es tu casa?”

Una muy buena pregunta. Se encogió de hombros. “No. En realidad no tengo uno. Lo más parecido que tengo es Inglaterra, un pequeño pueblo de Norfolk. El lugar donde solía visitar a mi abuela. Pero no volveré allí. No hay nada para mí allí, nada más que lluvia y nubes”. No pudo evitar un escalofrío.

“Dímelo a mí”.

Frunció el ceño. ¿Cuándo iba a terminar el interrogatorio? ¿Seguro que no podía estar realmente interesado en ella? “Es bonito, un pueblo muy antiguo. En verano tiene muchos visitantes, que recorren la ruta de los peregrinos medievales”. Hizo una pausa y le miró, esperando que se aburriera. Pero su expresión seguía siendo inescrutable, inmutable.

“Vamos”, dijo.

“Mi abuela murió el año pasado. Vendió su casa, pero me dejó una tienda en el centro del pueblo, encima de la cual hay un pequeño apartamento. Tiene vistas al pozo medieval de la plaza del mercado. Más allá están las puertas de la abadía”. Respiró hondo. “Está rodeado de campos de trigo, del amarillo brillante de la colza, de antiguas iglesias medievales. Es muy bonito, tranquilo. Pero sólo he estado allí de visita”. Se miró las manos entrelazadas ansiosamente en el regazo, los dedos buscando el lugar vacío del dedo anular. Separó las manos y contempló el árido paisaje en el que se encontraban.

Había dicho demasiado. No estaba acostumbrada a que nadie quisiera saber nada de ella. Siempre había sido la que escuchaba, no la que hablaba. Pero cuando empezó a describir el único lugar en el que se había sentido como en casa, las palabras se le escaparon.

“Seguro que tu familia y amigos estarían encantados de verte volver a Norfolk”.

Puede que no sonriera, pero sus ojos se habían vuelto más cálidos, como si estuviera interesado. Algo se derritió en su interior. *Estaba realmente interesado*. Era una sensación extraña. Ella sonrió. “Ya no tengo familia. Soy hija única y mis padres han muerto. Y bueno, tampoco conozco a mucha gente allí. No, no tengo intención de volver a Inglaterra para siempre. Puedo hacer mi hogar en cualquier parte”.

Esperó. No hubo murmullos de simpatía, ni miradas incómodas. Sólo la aceptación de sus palabras.

“Así que tu hogar es sólo un lugar... interesante. Considero hermosos muchos lugares del mundo, pero éste” -señaló delante de ellos, hacia un edificio que emergía lentamente del terreno rocoso- “es mi hogar”.

Siguió su mirada hacia el antiguo edificio de adobe que al principio pensó que formaba parte de las colinas que bordeaban la llanura pedregosa. Pero a medida que se acercaban, su fachada cuadrada e inflexible quedó al descubierto. En cada esquina sobresalían torrecillas redondeadas. Su entrada principal estaba enmarcada por un arco de tres pisos de altura y, a lo largo de la parte superior, la fachada estaba perforada por ventanas cuadradas. “¿Una casa? Parece... bueno, parece muy diferente a tu palacio de la ciudad”.

Por primera vez vislumbró una sonrisa. “Lo es. Él se inclinó un poco hacia ella y ella olió su aftershave, tan masculino como él, y sintió su cálido aliento en la mejilla. “Y por eso, señorita Devlin, lo llamo hogar”.

Levantó la vista hacia él, sorprendida por la confianza. Estaba cerca, tan cerca que pudo ver los sutiles colores de sus ojos, que de lejos parecían negros, pero de cerca contenían tonos castaños y dorados oscuros. Debió de ser sólo un instante el que permaneció tan cerca de ella, sin tocarla, sin faltarle al respeto, pero fue suficiente para que una llamarada de calor recorriera su cuerpo. Podía sentirlo iluminándole la cara, pero no podía apartarse. Estaba hipnotizada por aquellos ojos que permanecían fijos en los suyos. Tragó saliva. “Te queda bien”. Sólo cuando vio sus palabras reflejarse en su rostro y la primera sonrisa dibujarse brevemente en sus labios, se dio cuenta de lo personal que era su comentario. Se sentó apresuradamente. “Lo siento, quería decir...” Se interrumpió, nerviosa.

Pero él no se movió, simplemente dejó que su mirada recorriera brevemente su rostro. “Sé lo que quieres decir, y tienes toda la razón. El palacio de la ciudad fue producto de las aspiraciones de

mi padre. El palacio del desierto al que vamos fue el lugar donde me crió mi abuelo, el lugar donde mi familia vivió durante muchas generaciones antes de que se pensara en la ciudad. Es el lugar al que pertenezco”. Inclino la cabeza hacia un lado. “Todos tenemos que pertenecer a algún lugar, ¿no es así, señorita Devlin?”

Ella se encogió de hombros, incapaz de estar de acuerdo. Además, ¿qué sentido tenía pertenecer a algo cuando todas las personas a las que querías te habían abandonado? Su sonrisa se esfumó cuando la limusina se detuvo frente a la entrada, los otros coches la seguían detrás. Sus puertas se abrieron de repente, pero el Rey no salió inmediatamente.

“Espero que disfrute de su estancia, Srta. Devlin.” Hizo una pausa mientras le sostenía la mirada.

Asintió con la cabeza, sin palabras, mientras se preguntaba cómo había conseguido colarse en una conversación tan personal y profunda con Su Alteza Real, Tariq ibn Saleh al-Fulan, rey de Ma'in y jeque supremo de su pueblo. Era como si realmente quisiera saberlo todo sobre ella, la verdadera ella. ¿Y qué desarmante, qué inusual era eso? Parecía querer escuchar lo que ella tenía que decirle. Sonrió. “Creo que lo haré”.

Salió de la limusina y se volvió agachando la cabeza para hablarle una vez más. “Tienes una voz muy bonita. Estoy deseando escucharla más”.

La mordaz decepción ahogó su placer al verle caminar hacia la entrada del palacio, mientras la gente le seguía. El hechizo íntimo, roto por el cumplido. Era su voz. Era sólo su voz. Sólo su voz que él quería oír, nada de lo que ella había dicho. Lo único que quería era oírla hablar. No había querido saber más de ella, ni de su mundo. Claro que no. ¿Por qué lo habría hecho? Una vez más, había creído que alguien estaba interesado en ella, sólo por ella. Y otra vez se había equivocado.

Aun así, al menos ahora lo entendía, antes de que fuera demasiado lejos. Se alisó el pelo con manos temblorosas antes de salir del coche, que un asistente había vuelto a abrirle. Una pared de calor la golpeó después del aire acondicionado del coche. Le oprimía la piel, los pulmones y le abrasaba la garganta cuando intentaba respirar. Rápidamente, siguió a los demás al interior del edificio, que parecía una fortaleza, llena tanto de desilusión como del calor del aire del desierto.

El grupo de hombres de Aurus recorrió la sala de recepción, alzando el cuello para contemplar la antigua arquitectura islámica y las pinturas murales que representaban escenas de caza, animales y aves.

“¡Increíble! ¡Qué montón!”

Tariq fingió no entender. “El castillo se construyó hacia el siglo VIII”, dijo en árabe, “como fortaleza y palacio de recreo para mis antepasados. Esa pintura mural -señaló una imagen que, aunque antigua, aún conservaba el color y los detalles- muestra al califa, la figura aureolada, rodeado de reyes a los que venció, entre ellos el emperador bizantino y el rey visigodo de España”. Tariq señaló el otro extremo de la sala. “Y allí está el hammam, el complejo de baños”. Les hizo un gesto para que le siguieran mientras Cara traducía.

Se dirigió al centro del hammam y esperó a que se apagaran los gritos de admiración, mientras los hombres inclinaban el cuello para mirar el fresco del zodiaco, en lo alto del techo abovedado

del caldarium. “Ésta es la sala caliente y, como pueden ver, mi pueblo apreciaba el arte”.

“Eso no es todo”, gritó uno del grupo, riéndose tras la traducción de Cara. “Parece que también sabían divertirse, si esas imágenes sirven de algo”.

Tariq hizo caso omiso de sus comentarios: eran groseros y de esperar. Le irritaba sufrir su presencia en su casa. Pero ¿qué lugar más apropiado que este castillo, símbolo de su país y su cultura, para reclamar su herencia? Echó un vistazo a los rostros alzados de los hombres de negocios. “Bienvenidos a Qusayr Zarqa, caballeros. Por favor, acomódense y pónganse cómodos. Les dejaré con Aarif y volveré a reunirme con ustedes para cenar, dentro de unas horas. Les deseo una agradable estancia”.

Cara tradujo mientras los hombres la ignoraban y contemplaban fascinados los altos techos abovedados y los frescos. Tariq la observó mientras ella hacía lo mismo, y se preguntó. Se preguntó cómo no se había fijado antes en sus ojos. Mientras estaban sentados juntos en la limusina, cuando los ojos de ella sólo estaban iluminados por el resplandor fluorescente de las luces eléctricas que cubrían el túnel, el blanco de los ojos de ella le había llamado la atención al ver que ella lo miraba. Claros y firmes, le habían llamado como un faro de salvación. Y él había respondido, concluyendo su llamada.

Y entonces, cuando salieron de nuevo a la luz del día, el color brilló en sus iris. Verdes. Tenía los ojos verdes. Al principio los habría llamado avellana. No es que se le hubiera ocurrido llamarlos de otro modo. Sólo ahora. Ahora que había visto que eran una amalgama de muchos colores, pero predominantemente verdes, el verde del dulce alivio. ¿Cómo no se había dado cuenta?

LA NOCHE HABÍA CAÍDO tras las ventanas abiertas del comedor y se hacía sentir, a pesar del brillo de las lámparas de araña. Las luces eléctricas formaban meros charcos de luz en la cavernosa sala, entre los que la opaca oscuridad reclamaba su territorio.

Tariq miró alrededor de la habitación, silencioso y atento. Siempre prefería observar; había descubierto que así se aprendía mucho más. Había aprendido por las malas que las sonrisas de la gente, su charla superficial, eran como el engañoso barrido de la arena alisada por el viento: peligrosas si no sabías dónde poner los pies. Entender lo que ocurre bajo la superficie era algo natural para él.

Sabía lo que pensaban esos hombres, lo que querían. La empresa que representaban se había salido con la suya durante la última generación. Durante treinta años había sufrido su presencia invasiva. Creían que iba a continuar, pero no era así. Sólo que aún no se habían dado cuenta.

Uno de los ejecutivos de Aurus, Mahito, se volvió hacia él y habló en inglés, su fascinación por el castillo aparentemente le hacía estar más interesado en que le entendieran. “Es impresionante, este lugar”.

“Gracias”, respondió Tariq con cautela, también en inglés.

“Pero, ya sabes, ¿una semana aquí? Podemos firmar este contrato aquí, ahora, esta noche”.

“Esa no es la manera Ma’inese.”

“Vamos, ¿a qué se debe el retraso? ¿Por qué el retraso? Usted tiene un derecho contractual para comprarnos. No lo habéis hecho. ¿Qué sentido tiene esperar? Firma por otros treinta años y estaremos en camino”.

“Pero, si no te compramos, también tienes derecho a trasladar tus participaciones a otro sitio. Seguramente querrás investigar tus opciones antes de firmar”.

Mahito se encogió de hombros. “A nosotros nos da igual. No he oído que haya ningún filón de oro mejor que el que ya estamos trabajando”. Entonces, los ojos de Mahito se entrecerraron de repente con interés. “¿Lo hay?”

A Tariq le tocó encogerse de hombros. Tariq tuvo que dar largas. Sahmir aún no había conseguido los fondos. Con la semilla de la duda sembrada, Tariq se volvió para observar a Cara, que permanecía vacilante en el umbral. Mahito siguió la mirada de Tariq y luego se dio la vuelta,

atraído por la conversación de otro miembro de su grupo. Tariq exhaló un suspiro contenido, dándose cuenta de repente de que había estado esperándola inconscientemente.

El murmullo de la conversación fue desapareciendo a medida que él centraba toda su atención en ella, mientras caminaba en silencio sobre las alfombras antiguas, cuyos colores se atenuaban lejos de la luz de los candelabros. Los tonos de la abaya oscura que llevaba cambiaban de un momento a otro -azul noche, negro obsidiana- a medida que pasaba junto a las luces de las enormes velas que Tariq prefería. Hacía calor en el comedor, pero no era el calor del desierto que entraba por las puertas abiertas lo que le encendía las venas. Asintió a su ayudante, Aarif, que se levantó, la saludó y la acercó a Tariq, como le había ordenado.

Tariq también se levantó y la saludó mientras ella ocupaba su lugar junto a él. Se sentó y Aarif le ayudó a empujar la silla detrás de ella. Tariq se recostó en la silla de ormolina tallada a mano y apretó los dedos contra los labios mientras la observaba acomodarse. Sus movimientos eran delicados, sutiles, apenas perceptibles. Era como si se pasara el tiempo intentando pasar desapercibida. Y sin duda lo conseguía. La mayoría de las veces, excepto con él. Había sufrido años de convivencia con una esposa muy notable. Ahora, lo contrario le atraía. Si su mujer, Laiha, había sido como un rubí, ostentosa y llamativa, Cara era como una perla, oculta y rara.

“Entonces, señorita Devlin”, dijo en árabe, “¿qué piensa de Qusayr Zarqa, ahora que ha tenido el tiempo de inspeccionarla?”.

“Es... muy grandioso. Muy... intimidante”.

“Um...” Hizo una pausa mientras disfrutaba de las sensaciones que su voz, hablando su lengua materna, creaba. “Sí, a veces es útil parecer intimidante. Especialmente para los enemigos”.

“¿Y a menudo invitas a tus enemigos a tu casa?”

Sonrió mientras se llevaba el vaso de agua a los labios. Tragó y devolvió con cuidado la copa de cristal tallado a la mesa. “A veces es necesario”.

“¿Y tus amigos?”, preguntó inocentemente. “Cuando invitas a tus amigos aquí, ¿no se sienten intimidados?”

Se quedó en silencio y, por primera vez desde que ella se había sentado a su lado, sintió que la sonrisa se le escapaba de los labios. En pocos minutos había llegado al corazón de él. Tenía empleados, tenía súbditos, tenía familia, pero tenía pocos amigos de verdad. Se había pasado la vida evitando la intimidad, concentrándose únicamente en lo que tenía que hacer para recuperar el control de las riquezas de su país. Se aclaró la garganta.

“El palacio es esencialmente un pabellón de caza, un refugio. Cuando mi mujer vivía nos entreteníamos aquí, para mostrar a los visitantes un poco de nuestra cultura del desierto”.

Ella enarcó una ceja y él siguió su rápida mirada por la opulenta decoración de estilo renacimiento francés.

“¿Te preguntas qué relación tienen la decoración y estos muebles con mi cultura?”.

Parecía incómoda, pero, a su favor, le sostuvo la mirada mientras se encogía de hombros. “No pretendo insultaros, Alteza Real. Es sólo que...”

“¿Los beduinos no son conocidos por sus aparadores Luis XV?”. Él sonrió y fue recompensado con una sonrisa avergonzada cuando ella asintió. “Señorita Devlin, comprar antigüedades francesas era una afición de mi esposa y, además, si nos entretuviéramos a la manera tradicional, ahora estaríamos sentados sobre una manta de pelo de camello en una tienda con corrientes de aire, bebiendo leche de camello. No es necesariamente lo que disfrutarían nuestros visitantes”.

Su rostro se iluminó de repente desde dentro y una risa corta y contagiosa brotó de la nada. Se echó hacia atrás en su silla como si una mano poderosa le hubiera empujado.

“No, me imagino que no y estoy segura de que sus invitados están muy agradecidos por su consideración”. La sonrisa se convirtió en una mueca irónica mientras observaba la sala. Señaló a Mahito, que sostenía su copa de champán a la luz, inspeccionando el color del vino. “Le oí mencionar un safari africano en el que ‘acamparon’ bajo las estrellas. Resultó que el campamento era un alojamiento de lujo”.

Ella se volvió hacia él y, aunque la risa había desaparecido, sus ojos verdes brillaban con una luz que él no había visto antes. Era tan diferente, tan repentina, que le resultó chocante... y cautivadora. Debería estar hablando con sus otros invitados, pero no lo hizo. Quería saber más sobre aquella mujer que se mantenía tan oculta.

“Y usted, señorita Devlin, ¿cuál es su experiencia con el camping?”

La luz de sus ojos cambió de repente, se volvió brumosa y lejana. Dio un sorbo a su agua y levantó la vista, pero la risa relajada había desaparecido. Ahora se mostraba cautelosa, como si estuviera controlando algo. “Una tienda con corrientes de aire, seguro. Pero teníamos sacos de dormir. Y leche de la granja donde acampamos”.

“No muy diferente de aquí. Excepto que imagino que ustedes tenían menos arena y más campos verdes”.

Ella asintió. “Más o menos. Además de mucha más lluvia”. Volvió a sonreír antes de beber un sorbo de agua. Pero no era lo mismo.

“¿Y lo disfrutaste?”

Ella parecía sorprendida por su pregunta. Y él también. Por alguna razón, ella le intrigaba. Se contenía, se ocultaba, guardaba secretos, secretos que él quería saber.

“Sí, mucho. Me quedaba con mi abuela mientras mis padres viajaban por el mundo a distintas universidades, y acampaba en uno de sus campos con la hija del vecino. Era, y es, una buena amiga”.

“¿Tus padres eran académicos?”

“Mi padre lo era”.

“¿Cuál era su campo?”

Apretó brevemente los labios. “Antigüedades”.

Tariq frunció el ceño. “¿Antigüedades? Había un Sir Thomas Devlin que visitaba nuestra universidad en Ma’in de vez en cuando”.

Ella asintió. “Mi padre”.

¿Fue su imaginación o de repente parecía incómoda? “Su conocimiento de nuestros textos antiguos era insuperable”.

“Sí. Amaba su tema y amaba a Ma’in en particular”.

“¿Y compartes su interés?”

Se encogió de hombros y asintió con evasivas.

Tariq señaló un texto bajo un fresco. “¿Puedes leer eso?”

Frunció el ceño ante las palabras antiguas durante unos instantes y luego las tradujo a la perfección.

“Estoy impresionado”. Estaba más que impresionado. Su habilidad podría resultar muy útil.

“No lo hagas. Mi padre era muy crítico con mis esfuerzos”.

“Háblame de él”.

“Era un gran erudito, pero -le dedicó una sonrisa incómoda- odiaba las acampadas. Y usted, Majestad. ¿Ha acampado a menudo bajo una manta de pelo de camello con sólo leche de camello para beber?”. No fue un cambio de tema muy sutil. A pesar de ello, se derritió un poco ante la sonrisa que se dibujó en sus labios con un descaro desarmante.

Sonrió. “Por favor, llámame Tariq. Si vas a hacerme preguntas tan impertinentes, deberíamos tutearnos”.

Dudó brevemente antes de asentir. “Y, por favor, llámame Cara”.

“Así que, Cara, en respuesta a tu pregunta, sí, pasé mucho tiempo de pequeño con mis abuelos en el desierto. Prefería estar allí que en la ciudad, que era una obra en construcción cuando mi padre estaba creando la ciudad que ves hoy”.

“¿Había mucho con lo que entretener a un joven en el desierto?”

“¡Oh, sí! Pasaba el tiempo con los animales, montando, cazando”.

“¿Qué has cazado?”

“Gacelas, liebres e íbices. Con salukis. La manera beduina es lanzar a los perros desde el caballo para que tengan ventaja...”

“¡Vaya!” Parpadeó. “Nunca había oído hablar de eso. Suena... sanguinario y emocionante, las dos cosas a la vez”.

“Lo era. Pero no más que los ingleses, que cazan con perros. Al menos con nosotros, el final es más rápido. Y no nos vemos tan ridículos cazando como ustedes los ingleses con sus uniformes, tradición y expresiones pintorescas”.

Fue recompensado con otra breve carcajada. “¿Sigues cazando?”

“Cuando puedo. Me da la oportunidad de estar con mi tribu, la gente de mi abuelo”.

“¿No te criaron tus padres?”

“Mi padre asumió el cargo de Rey cuando era joven y vivía en la ciudad con mi madre, mi hermana y mis dos hermanos pequeños. No me llevaba bien con mi padre. Todo lo que hoy sé de valor lo aprendí de mi abuelo”. Dejó de hablar, consciente de que le estaba contando a aquel desconocido cosas que sólo su familia sabía. Como tantas personas sensibles y empáticas, tenía la habilidad de extraer confidencias de la gente. De repente se dio cuenta de que ambos se habían movido en sus asientos y estaban uno frente al otro, con las cabezas juntas, como si quisieran acallar el ruido del pasillo. Se apartó de ella. “¿Y tú también vivías lejos de tus padres periódicamente?”.

“Sólo cuando viajaban por trabajo de mi padre, o de mi madre. Mi madre era músico y viajaba mucho por trabajo hasta que, bueno, mi padre enfermó y...”

Ella parpadeó y bajó la mirada hacia sus dedos, que jugueteaban en su regazo. De pronto se dio cuenta de que, por primera vez en muchos años, estaba completamente absorto en otra persona: sus pensamientos, su pasado, sus sentimientos, su puro físico. Mientras ella frotaba una mano contra la otra, él casi habría jurado que podía sentir el firme roce de sus dedos contra la mano de él. La forma en que sus dedos estrechos se estrechaban hasta una uña lisa, sin pulir, le cautivó, mantuvo toda su atención, como si fuera la respuesta a una pregunta que él había formulado.

“Su Alteza”. Aarif, su asistente, rompió el hechizo. “Sr. Hironaka...”

“Por favor, llámame Mahito. Aquí todos somos amigos”.

Aarif inclinó la cabeza y continuó. “Mahito decía que ha oído hablar de la colección de arte islámico primitivo de valor incalculable que se guarda aquí”.

Por supuesto que lo había hecho. Tariq se había asegurado de que los hombres lo hubieran oído. Tariq asintió a Aarif. Siempre podía confiar en que su ayudante lo mantuviera al tanto. Aunque no solía necesitarlo. Pero el suave susurro de la abaya de Cara, al moverse en su asiento, amenazó su concentración habitual. “Así es. Será un placer enseñárselo después de la cena, si lo desea”.

Satisfecho de que las cosas fueran según lo previsto, Tariq permitió que su atención se desviara de nuevo hacia la mujer que tenía a su lado. Se inclinó un poco más hacia ella, para aspirar su perfume fresco y sutil. Olía como si hubiera pasado rozando el azahar que florecía en el patio central y, de algún modo, aún se le pegara. Irracionalmente, tuvo la sensación de que, si le levantaba el cabello pálido y sedoso, la fragancia se intensificaría detrás de la oreja.

“Sería estupendo”, dijo Mahito, insistiendo obstinadamente en hablar en japonés. Tariq sabía que Mahito era la fuerza motriz del contingente Aurus, pero no se había dado cuenta de lo poderoso que era hasta que vio sus interacciones. El hombre apenas llegaba a la mediana edad, había sido guapo en otro tiempo, pero la vida fácil le había dejado los rasgos flácidos y los ojos reumáticos. Tariq sintió una llamarada de disgusto ante la falta de fuerza del hombre. Estos hombres tenían demasiado de todo y no valoraban nada. “Valen una fortuna en el mercado libre, creo yo”, continuó Mahito, hablando en voz alta como si creyera que Tariq tenía algún tipo de discapacidad auditiva. “Eso no te interesa Ma’inese, por supuesto”.

Cara dudó un momento, parecía avergonzada por la ignorancia del hombre, pero cuando empezó

a traducir, Tariq se olvidó de todo. Omitió los matices insultantes y dotó a la traducción de una elegancia y una deferencia totalmente ausentes en el original.

contestó Tariq sin comprometerse, observando la luz de las velas parpadear en las suaves mejillas de Cara. De algún modo, la palidez que había notado antes no la hacía parecer insignificante ahora. Parecía sutil al lado de las mejillas floridas del otro hombre; parecía como si se sintiera como la seda bajo la yema de un dedo.

Tariq asintió a Aarif, que entabló conversación con Mahito. En cuanto se hubo dado la vuelta, Tariq inclinó la cabeza cerca de Cara. “Tu traducción era inexacta”.

Cara parecía sobresaltada. “Lo siento, sólo pensé...”

“Pensé que añadiría un poco de cortesía a la conversación del hombre.” Asintió, con aprobación. “Eso fue muy considerado de tu parte”.

“No sabía que sabías japonés”, dijo Cara.

“Conozco muchos idiomas, pero me parece más... conveniente que esto no se sepa. Puede ser muy revelador”. Se sentó lentamente.

“¿Y qué es exactamente lo que espera que se revele?”

“La verdad”.

Desvió brevemente la mirada, con un ligero rubor posándose en aquellas pálidas mejillas. “¿Y eso se revela tan fácilmente si la gente ignora tus conocimientos de su lengua?”.

“En efecto. Les lleva a la arrogancia y a bajar la guardia”. Aprovechó para acercar su cabeza a la de ella, como transmitiéndole confianza. “Siempre es bueno conocer a tu enemigo, Cara. Y si, en el proceso, consigues que te subestimen, se relajen y revelen sus verdaderos pensamientos, tanto mejor”.

Ella le miró de repente, con aquellos ojos verdes tan oscuros como un estanque ensombrecido, y él lo olvidó todo: no sólo lo que estaba pensando, sino dónde estaba, incluso *quién* era.

“¿Su enemigo? No sabía que esto era una batalla, Su Alteza”.

Inspiró lentamente al darse cuenta de que había bajado la guardia con ella y le había dicho cómo veía realmente a esos hombres de negocios. *Eran* sus enemigos. Pero sólo él debía saberlo.

“Sólo en la medida en que cualquier negociación de negocios es una batalla, señorita Devlin. ¿Ha oído hablar de *El arte de la guerra*? Ese libro es muy utilizado en las prácticas empresariales. Es sólo una forma de ver una negociación”.

El intento de Aarif de distraer a Mahito se había estancado y, para irritación de Tariq, Mahito se volvió una vez más hacia Tariq. “Esas antigüedades que mencionas. He oído que algunas de ellas fueron robadas el año pasado”.

Tariq flexionó los dedos antes de cerrarlos en puños, fuera de la vista de sus invitados. Mahito se volvió hacia Cara, esperando a que tradujera.

Tariq cerró los ojos brevemente mientras su voz se enroscaba en sus entrañas como dedos y

tiraba, su sangre se aceleraba hacia el lugar que la deseaba. Se hizo el silencio.

“Recuperamos la mayor parte”.

“¿Atraparon al ladrón?”

La hermosa voz de Cara vaciló un poco en la traducción y Tariq la miró bruscamente.

“No. No teníamos pruebas concretas, pero el principal sospechoso está en la cárcel en Francia, por otro delito”.

Le llamó la atención el repentino movimiento de la brillante cabellera de Cara al apartar la silla de la mesa. Tariq se volvió hacia ella, frunciendo el ceño. “¿Aún no te vas?”. Se dio cuenta de que su tono tenía la imperiosidad de una afirmación cuando ella volvió a sentarse.

“Me... me siento un poco cansado.”

“Seguro que no quieres perderte ver los tesoros que guarda Qusayr Zarqa. Con tu padre tan informado sobre ellos, habría pensado que tendrías curiosidad”.

Ella asintió vacilante. “Sí, por supuesto.”

“Entonces nos iremos ahora”. Se levantó. “Caballeros, si me siguen.”

Era más de medianoche cuando llegaron a la sala de antigüedades, bajaron unas escaleras antiguas y entraron en un sótano fresco y revestido de piedra, muy por debajo del nivel del suelo, iluminado por una luz discreta. Tariq introdujo un código en el panel.

“¿Seguridad de última generación? Pensaba que aquí, en medio de la nada, se estaba seguro”, comentó Mahito en inglés.

Tariq rechinó los dientes mientras intentaba no morder el anzuelo. “Un desierto no detiene a los ladrones. Habría pensado que lo sabías”.

Por la expresión del otro hombre, se dio cuenta de que no tenía ni idea de que Tariq se refería a él y a sus colegas.

“Ah, sí. Ese robo que mencionaste antes, ¿fue desde este palacio?”

“No. Estaba en la ciudad. Desde entonces todo se ha trasladado aquí”.

Se volvió hacia Cara, que estaba detrás de él. Sabía que estaba allí, podía sentirlo. “Señorita Devlin” -volvió a lo formal, no tenía ningún deseo de oír a esos extranjeros referirse a ella por su nombre de pila- “quizá le interesen estos mapas”.

“¿Por qué iba a estarlo?”, preguntó uno de los hombres.

“Porque el padre de la Srta. Devlin era profesor en la Universidad de Cambridge y un buen estudioso de textos árabes antiguos”.

La ceja del hombre se alzó. “¿Sir Thomas Devlin era *tu* padre?”

“Sí.”

“Por eso tu árabe es tan bueno”.

“Puede ser bueno”, dijo Tariq. “Pero este guión es arcaico. Más allá incluso de las habilidades de la señorita Devlin, creo”.

Cara echó un vistazo al mapa, centrándose en el intrincado texto, sus finos bucles y espirales de araña, medio oscurecidos por el paso del tiempo. Ladeó la cabeza, concentrada. “No. Miró a Tariq con una expresión de intenso interés. Se daba cuenta de que estaba en su elemento. “Puedo leerlo fácilmente. Describe el lugar en el mapa” -miró el encabezamiento iluminado- “Jabal al Kanz, como “una tierra de tesoros, oculta y valiosa, un lugar donde se rendía culto a las antiguas religiones, un lugar enriquecedor para la vida que debe atesorarse para siempre””.

Tariq miró discretamente a los hombres. Como había previsto, las palabras de Cara captaron la atención de los hombres. Estaban hechizados por la arcaica descripción de la palabra “tesoro”, tal y como él pensaba que estarían. En su codicia, los hombres habían olvidado su desdén por Cara, que ahora era el centro de atención.

¿”Tesoro”? ¿Qué clase de tesoro? ¿Dice?”

Tariq observó atentamente el rostro de Cara. ¿Cuánto sabría ella? Frunció el ceño como si intentara descifrar algo. “Oro, creo. Pero...”

“¡Oro!” Cualquier elaboración adicional se perdió por la charla emocionada que estalló entre los hombres. “¿Oro, Alteza Real? No mencionasteis que teníais otros filones de oro en vuestras tierras. ¿Por qué no las explota?”

“Ya escuchó a la Srta. Devlin. El lugar es sagrado para nuestra gente”.

“¿Como lo fue la primera mina de oro para tu padre?”

Tariq hizo una mueca de disgusto por la grosería. “Caballeros, es tarde. Sugiero que nos retiremos”. Se dirigió a la puerta y esperó a que su ayudante la abriera.

“Pero... el mapa es intrigante. ¿Podemos saber más?”

“Quizá más tarde”.

Los hombres murmuraron y salieron de la habitación a regañadientes, animados por Aarif. Pronto se fue el último. Tariq cerró la puerta suavemente. Cara seguía estudiando el viejo mapa, concentrada. Se acercó a ella y se permitió el lujo de observarla durante unos instantes. Había algo tan puro en ella. Amaba el mapa por lo que era, algo raro y hermoso, no por lo que pudiera darle.

“Los otros se han ido, Cara.”

Miró abstraída a su alrededor. “Oh, no los oí.”

“No, estabas demasiado absorto en el mapa”.

Tenía los dedos extendidos sobre la vitrina como si estuviera tocando el frágil pergamino. “Es precioso”, exclamó.

Inclinó la cabeza hacia la de ella, como si quisiera examinar el mapa. En realidad, quería estar más cerca de ella.

“Mira, aquí”. Señaló una parte del texto. “Vuelve a utilizar la palabra ‘tesoro’, pero esta vez en un contexto diferente: como ‘dador de vida’”.

“Ven.” Se agachó, la cogió de la mano y tiró de ella para alejarla del armario. Su actitud cambió inmediatamente.

“Tariq... Su Alteza, quiero decir.”

“Tariq está bien. No hay necesidad de parecer tan cauteloso, simplemente es hora de salir de aquí. Eso es todo.”

Ella asintió, vacilante, como si no lo entendiera. Pero él tampoco. Seguía cogiéndole la mano y el tacto de su piel contra la suya casi le hizo olvidar todo pensamiento racional. Casi. Tenía que alejarla del mapa. *Ahora mismo*. No quería que ella comprendiera su verdadero significado. *Eso* no le interesaría al Grupo Aurus; *eso* no los distraería por mucho tiempo.

De mala gana, le soltó la mano y se apartó, indicándole que le precediera hasta la puerta. Ella inclinó la cabeza. Él la observó, sin moverse.

“Deberías levantar la cabeza, Cara”.

Ella levantó la vista hacia él y él aún veía las brumas de confusión que intentaba ocultar. “¿Por qué?”

“Porque la gente no te ve como realmente eres”.

“Quizá eso sea bueno”. Su voz era casi un susurro. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no acercarse más a ella.

“Nunca es algo bueno. Mira hacia arriba. Mira tan alto como puedas y reclama el espacio que te rodea”.

Dio un paso adelante, le levantó la barbilla y se le cortó la respiración. Un haz de luz brillante procedente de una pantalla situada encima de la puerta captó la línea de su mandíbula, resaltando su piel cremosa. Luchó contra el impulso de acariciar la línea con los dedos que aún reposaban bajo su barbilla, de trazarla, de tocar esa suavidad que le resultaba tan esquiva a la dura luz del día. Pero entonces vio una mirada de reconocimiento en sus ojos, seguida rápidamente de horror y confusión. Se dio la vuelta frunciendo el ceño, incómodo por haber visto los sentimientos de alguien de forma tan directa y sin tapujos, y levantó la vista para ver qué le había inspirado tal reacción. No era más que una pequeña estatua antigua en un hueco sobre la puerta. Volvió a mirarla.

“Una vez fue uno de un par. El otro ha desaparecido”.

“Robado...”

Su rostro estaba repentinamente más pálido, si eso era posible. ¿Quizá era la luz que la iluminaba desde arriba? Frunció el ceño y se volvió hacia la estatua. “En efecto. El año pasado. El último tesoro, aún desaparecido.

“Pero... pero, dijiste que todo había sido recuperado. No ha salido en las noticias”.

“Recuperamos todos los artefactos menos uno. Y no, no se ha hecho público. No quería que se supiera. No quiero que el mundo crea que la gente puede robar los tesoros de mi país y salirse con la suya. Además, así la pieza no podrá ser validada, por lo que el ladrón no podrá venderla por lo que vale”.

“¿Cuánto vale?” Su voz era apenas un susurro.

“Dada la falta de ellos en el mercado abierto, no tiene precio. Pero no se trata de dinero. Para mí, para mis compatriotas, es nuestra cultura la que ha sido saqueada”. Sacudió la cabeza con desesperación. “La gente quiere intentar llevarse esas cosas de nuestro país, pero tenemos formas de enfrentarnos a ellos. Esa gente intenta meter la mano y agarrar el corazón de uno. Eso es lo peor: arrebatarse la identidad a alguien. No somos indulgentes en estos casos”.

De repente se dio cuenta de que reinaba un silencio total. El zumbido del aire acondicionado era el único sonido. Ningún ruido del exterior podía penetrar en las paredes aisladas. Se volvió hacia la mujer que estaba a su lado. Ella apartó la mirada y retrocedió unos pasos. Se llevó una mano a la frente y se apartó el pelo. Para su sorpresa, allí brillaba un destello de sudor.

“¿Te encuentras mal?”

“Estoy bien. Pero... creo que debería irme a la cama”.

“Por supuesto. Quizás el aire acondicionado después del calor del desierto te ha afectado. Además, es tarde”.

Se volvió, introdujo un código en el teclado y le abrió la puerta. Ella agachó la cabeza como antes, sin mirarle a los ojos. Sólo cuando pasó junto a él, la brisa del pasillo le levantó el pelo y él volvió a ver la marcada línea de su mandíbula, que contrastaba con la suavidad de sus mejillas y sus labios carnosos. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo y se instalaba en su interior. Cerró la puerta, activó la alarma y se reunió con ella. Subieron los escalones en silencio. Una vez en el vestíbulo, señaló la escalera del fondo.

“Tu habitación está por allí. Te deseo buenas noches”. Se alejó antes de que ella pudiera volverse hacia él, antes de que él pudiera verle los ojos, antes de que ella pudiera decir algo que pudiera hacer que él tomara su mano entre las suyas y tirara de ella hacia su dormitorio. Mientras caminaba por el pasillo resonante, tan vacío, tan hermoso, se preguntó por qué no la había cogido de la mano. Ya había llevado a mujeres aquí antes. Pero lo sabía. Era porque no se trataba de una simple transacción sexual. Ella lo agitaba como el viento shamal del lucero del alba -el Barih Thorayya-, que levanta la arena y la arremolina antes de asentarla en patrones nuevos y desconocidos.

El sonido de ella, su mirada, su roce accidental, no se detuvieron en su superficie, no se quedaron como un estímulo en su cerebro para ser comprendidos, sino que condujeron más abajo, más allá de lo superficial, a un lugar al que realmente no quería ir. Porque no sabía lo que había allí, enterrado tras tantos años de amargura.

Cara caminó a ciegas por el hermoso pasillo hacia su habitación. La imagen de la estatua solitaria

estaba grabada en su mente. La había visto tan brevemente que conocía cada curva, cada matiz del bello objeto. Conocía su fluidez y su forma, la textura de la piedra, la expresión de los ojos de la mujer. Lo sabía porque había vivido con su pareja durante un año, sin saber de dónde había salido ni lo valioso que era.

Antes de marcharse, su marido la había convencido hábilmente de que era una de las réplicas que había cambiado. El hecho de que se la hubiera dejado se lo había confirmado. Pero ahora se daba cuenta de que habría vuelto a por ella si no hubiera tenido que huir del país. Así las cosas, había huido de una serie de acusaciones, directo a otra y había sido condenado en Francia por un robo anterior. Su pasado delictivo le había alcanzado. Su negocio de importación y exportación había resultado ser menos de importación y más de contrabando de tesoros fuera del país.

Había ayudado a la policía ma'inesa en todo lo que había podido, pero sabía poco y había quedado libre de toda culpa. Pero mientras tanto, la estatua había estado medio escondida en su estantería.

Y aquí estaba con el hombre al que su marido se lo había robado. Su impulso inmediato había sido decirle al Rey dónde podía encontrar el tesoro. Se detuvo a tiempo. Su inocencia podría no ser creída. Podrían meterla en la cárcel. Como dijo el Rey, y como ella sabía por la justicia islámica, la pena sería dura. En el mejor de los casos, le congelarían la cuenta bancaria y la deportarían, sin dinero y sola. No, no podía arriesgarse. Se aseguraría de que le devolvieran la estatua, pero sólo cuando hubiera abandonado el país.

Mientras tanto, tenía que enfrentarse al Rey, todos los días de la semana siguiente. Si él supiera de su conexión, Dios sabe lo que le haría. No podía arriesgarse a mirarle a los ojos y contarle todo lo que había en su alma. Cualesquiera que fueran los sentimientos nacientes que se agitaban en ella cuando estaba con él, tenía que ignorarlos, ignorar el destello de deseo tan seductor en sus ojos.

Porque hacer otra cosa sería ponerse a merced de Tariq. Y misericordia no era una palabra que relacionara con el rey: venganza sí, ira también, pero no generosidad hacia sus enemigos.

Al abrir la puerta de su habitación, su mente volvió a la estatua, que seguía en la estantería de su apartamento. Estaba en el lugar equivocado. Igual que ella.

CARA SE PASEABA de un lado a otro por el suelo de piedra de su dormitorio mientras intentaba averiguar cómo demonios iba a enfrentarse a Tariq. Cada vez que pensaba en la estatua, aplastada entre los libros de su estantería, se sonrojaba. Nunca había sido capaz de ocultar sus pensamientos o sentimientos. Quizá por eso Piers, su marido, le había ocultado tantas cosas.

Dejó de caminar y miró por la ventana abierta. La fragancia de las flores de lima y limón se elevaba desde los jardines del oasis y la llamada a la oración del muecín llenaba el aire, tranquilizándola y conmoviéndola al mismo tiempo, como lo había hecho la música de su madre tantos años atrás. No, pensó, Piers nunca le contó nada porque sabía que ella habría corrido un kilómetro si hubiera sabido lo que tramaba.

Se preguntó si alguna vez le había amado de verdad. Al principio había estado agradecida por sus atenciones y su amabilidad, sin duda, y quizás un poco seducida por su forma de hacer el amor. Pero todo el tiempo la había estado utilizando a ella y a los conocimientos de su padre sobre los artefactos ma'ineses. Y una vez que ella dejó de ser útil, él se fue.

Pero la pesadilla estaba a punto de terminar. Sólo tenía que superar esta semana y, en cuanto regresara a la ciudad, buscaría la forma de devolver la estatua al Rey.

Miró hacia arriba, más allá de los muros del castillo, hacia las lejanas montañas oscuras sobre un cielo anaranjado. Entonces salió el sol por detrás de las montañas, incendiando el mundo. Poco a poco, la luz se deslizó por los muros del castillo, iluminando el mundo de abajo, hasta que todo el oasis estalló en vida y luz.

Lentamente soltó el aliento que había estado conteniendo, se levantó y entró en el cuarto de baño embaldosado. Abrió la ducha. No podía dejarse seducir por este lugar.

Se quitó la bata. Mientras se sumergía en el diluvio de agua caliente y deslizaba el jabón por su cuerpo, su mente regresó por sí sola al Rey. Cambió el agua de la ducha a fría. Se recordó a sí misma que no podía dejarse seducir por el Rey. Era demasiado arriesgado. Un comentario equivocado, una mirada culpable, y se acabó. Estaba aquí por una sola razón: ganar suficiente dinero para salir de Ma'in.

“Así que, este Jabal al-lo-que-sea, este lugar del tesoro. ¿Cuándo podremos ir a verlo?” preguntó

Mahito. No parecía tener problemas para hablar en inglés, el idioma que todos entendían.

“Jabal al Kanz. Y no puedes”.

“¿Por qué no? Si no renuevan el contrato de la mina existente, si no nos pagan, estaríamos de acuerdo en transferir nuestros intereses a un nuevo emplazamiento.”

“No. La tierra es sagrada para nuestro pueblo”.

“¿Sagrado?” Mahito resopló. “Todos, todo, tiene su precio”.

“Nosotros no”, respondió Tariq, tratando de controlar la rabia que le retumbaba en los oídos. “No Jabal al Kanz”. Sabía que era un riesgo. Pero valía la pena correrlo. Colgar el señuelo y luego retirarlo. Hizo que la presa hambrienta, los hizo loco por más. Más importante aún, prolongaba su interés y le daba tiempo.

Mahito se inclinó hacia delante y Tariq deseó no haberlo hecho. El alcohol rancio del aliento de Mahito le revolvió el estómago. “Si el oro está ahí, como sugiere el mapa, nos hará ricos a los dos”, dijo en voz baja, para que sólo ellos pudieran oírlo. “Los dos saldremos ganando”. Volvió a sentarse y alzó la voz una vez más para satisfacer a sus colegas, que estaban inclinados hacia delante, intentando captar sus comentarios susurrados. “Sus opciones están claras: pagarnos, renovar el contrato original o mostrarnos Jabal al Kanz”.

Tariq se levantó despacio y se acercó a la pantalla que aún mostraba la presentación comercial de Aurus, su cabeza tenía que moverse a tan poca distancia sobre la imagen de marco ancho para enfocar los detalles. Luego se volvió hacia la reunión. “¿Por qué tanta prisa? Os queda una semana de mi hospitalidad. Al final, firmaré un contrato, no se equivoquen. Pero, hasta entonces...” Se encogió de hombros. “No hay necesidad de precipitarse. Tómese su tiempo. Conozca mi país, el desierto, en el que desea reinvertir su dinero”.

“Creo que sabemos todo lo que necesitamos saber sobre su país. Excepto Jabal al Kanz”. La irritación de Mahito era evidente en su tono y en el rápido intercambio de miradas entre él y sus colegas. Cogió una pepita de oro y la blandió triunfante ante el Rey. “Tiene esto. Nos hará ricos a todos; hará feliz a mi junta”. Miró a su alrededor, sonriendo a la sala. “¿Qué más necesitamos saber sobre Ma’in?”

“Una tierra es mucho más que los minerales que contiene”. Tariq ni siquiera intentó evitar la frialdad en su voz. “Pero llevamos todo el día hablando. Es hora de poner fin a nuestra reunión”. Se levantó y los demás le siguieron. “Esta noche comeremos fuera. Me han dicho que podrían disfrutar de los placeres tradicionales de una comida beduina”. Los hombres intercambiaron miradas perplejas y Cara se sonrojó. “Aarif se reunirá con ustedes en la sala de recepción dentro de tres horas y les mostrará el camino”.

Cara esperó hasta que todos los hombres se hubieron ido, excepto Tariq.

“Su Alteza Real...”

La miró con una sonrisa. “Pensé que habíamos ido más allá. Por favor, llámame Tariq”.

“Tariq, espero que no estés organizando esta cena por algo que dije.”

Tariq siguió mirando la pantalla y luego dio un suspiro tranquilo y se volvió hacia Cara. “¿Qué? Oh, sí, en cierto modo. La idea de que mis visitantes coman al estilo de mi pueblo me divierte”. Se volvió hacia la pantalla.

“Bueno, está bien entonces. Supongo”, dijo Cara en voz baja, sin entender en absoluto lo que estaba haciendo Tariq. Recogió sus cosas y comenzó a alejarse en silencio, ansiosa por no molestarlo.

“¿Y qué piensas de esto, Cara?”

Se detuvo en seco. “¿Su Alteza?”

¿”Estas imágenes”? Este... premio económico del que el grupo Aurus está tan enamorado. Esto es en lo que les gustaría transformar Jabal al Kanz”.

Se acercó a él. Él no se dio la vuelta. Se puso a su lado y miró los gráficos que seguían en la pantalla.

“No sé nada de balances”.

“Este es *mi país*, Cara. *Mi país*. Pero este es *su* balance, nada más”.

Estaba tan impresionada por la pasión de su voz que no pudo responder. Sintió su emoción como una vibración que recorría su cuerpo, perturbándola, como lo perturbaba a él.

“¿Y qué le parece esta imagen?”, continuó, pasando a la siguiente diapositiva, que mostraba la mina desde un ángulo pintoresco. Piensa si te gustaría tenerla en tu casa, dondequiera que esté: Inglaterra, Italia...”.

Volvió a mirar de él a la pantalla y se encogió de hombros. “No parece *tan* malo”.

Ladeó la cabeza y la miró. “No, tienes razón, no es así”. Cogió el mando a distancia. “¿Qué te parece esta imagen?”

Jadeó cuando una nueva imagen apareció en la pantalla.

Continuó pasando de una imagen atroz de devastación a otra. “La primera era de su presentación, *su* fotografía, sin duda mejorada digitalmente. Estas” -continuó pasando por una serie de fotos condenatorias- “son *mías*”. Permanecieron en silencio mientras él recorría una procesión de imágenes que mostraban la devastación más absoluta.

El sol se había alejado hasta el otro extremo del castillo y la sala de reuniones estaba en penumbra y en silencio. Una imagen espeluznante de una tierra devastada por la minería se sucedía a otra. “Es terrible”, susurró.

“Una vez fue una tierra hermosa. Nací en el antiguo campamento beduino ahora destruido por la explotación de la Mina de Oro I, como la llaman los aurus. Su verdadero nombre es Jabal al Noor-Montaña de la Luz. Había sido uno de nuestros campamentos itinerantes desde que se tiene memoria”. Suspiró y se acercó a las puertas abiertas alrededor de las cuales trepaban abundantes flores. Levantó la cabeza hacia una flor fragante y la bajó para aspirar su aroma. “Incluso aparecía en nuestra poesía. Y hermosa era la tierra de ab Naheed, pródiga en agua, higos, dátiles y flores. Verdaderamente Mahoma había bendecido esta tierra que tenía tanta abundancia en sus

manos'. El poeta no podía imaginar la exactitud de sus palabras. No sabía lo que había bajo la superficie. Sólo podía ver la magia que mostraban el sol de día y la luna de noche. Un milenio de magia, destruido en una sola generación". Se volvió hacia Cara. "Es un legado trágico para dejar a mis hijos, ¿no crees?". Se volvió de repente y señaló un friso árabe incrustado en el muro de piedra. "Mira, ahí, están las palabras de Naheed Dice-"

"Sé lo que dice". Cara no podía hacer otra cosa para consolar a este hombre, despojado de sus tierras, que demostrarle que entendía, aunque sólo fuera su idioma. "Dice: 'estas tierras deben ser defendidas hasta la muerte, pues sin ellas no hay vida'".

Se volvió triunfante hacia el Rey y su expresión la dejó atónita. Había desaparecido la fachada, la tristeza, la arrogancia. Lo que encontró su mirada fueron los ojos de un hombre admirador, un igual.

"No soy tan experto como mi padre, pero lo conozco lo suficiente como para entender el significado básico. Pero, como él siempre se esforzaba en señalar, yo no tenía el contexto para interpretarlo correctamente".

"Parece un hombre duro".

"Era estricto, pero no duro".

Tariq suspiró. "Es una combinación mejor que la de mi padre. Era un hombre duro, incluso cruel. Pero no tenía disciplina ni moral. Así que... Srta. Cara Devlin, usted de mente inteligente y naturaleza comprensiva, ¿qué haría en mi lugar?".

Ella negó con la cabeza. "No lo sé.

Sus ojos se entristecieron al escrutar su rostro. "¿Qué hace uno con un problema? Uno puede ignorarlo o puede convertirlo en una ventaja". Arrancó una flor y se la entregó. "¿Qué opción, Cara, crees que he elegido?". Levantó la vista antes de que ella pudiera responder y señaló con la cabeza a Aarif, que había aparecido silenciosamente detrás de ella. "Ahora vete. Te veré luego, en la cena. Estate en el salón a las siete".

Fue una orden, se dio la vuelta y salió de la habitación, con la imagen de las fotos aéreas de las minas a cielo abierto aún en su mente. Abiertas al aire, unas fauces hambrientas y bostezantes, una cicatriz en el pacífico y ondulado desierto.

Esta era su tierra y estaba furioso por su uso... e indefenso... hasta ahora.

Ella había pensado que él no entendería nada acerca de ser utilizado, como ella y su padre habían sido utilizados por Piers. Pero lo hizo. Y en una escala que estaba más allá de su comprensión. No era un hombre que iba a aprovecharse de ella, sino alguien de quien ya se habían aprovechado.

No había nadie más en la sala de recepción cuando Cara llegó a la hora que Tariq le había dicho. Miró alrededor de la sala vacía y oyó pasos que se acercaban. Instintivamente retrocedió hacia la luz de la puerta abierta. Entonces apareció Tariq, con su túnica iluminando las sombras.

“Parece que los demás se retrasan”, dijo.

“Estarán siguiendo en breve. Aarif les acompañará abajo”. Le hizo un gesto para que saliera antes que él. “Deseaba mostrarte el uadi personalmente, sin las constantes interrupciones de mis invitados que, sin duda, preferirían saber el valor de la tierra por metro cuadrado, en lugar de apreciar su belleza”.

Cara sonrió. Se imaginaba la escena que él quería evitar. También se sintió halagada. “Gracias. He visto los árboles desde mi habitación. ¿Qué son?”

“Pistachos silvestres. Crecen tan densos a lo largo del uadi que uno podría perderse entre ellos. Yo lo hacía a menudo, de niño”. Abrió una de las puertas de los muros del castillo y se hizo a un lado. “Por aquí.”

Enseguida se encontraron entre los árboles bajos y extendidos, con los troncos cubiertos de corteza agrietada, densamente frondosos y abundantes en pistachos. Siguieron un camino serpenteante entre ellos y Cara se sintió inmediatamente impresionada por un silencio peculiar. Parecían estar a kilómetros de distancia del castillo y de la reunión de negocios. Las ramas de los árboles atrapaban la brisa del atardecer y crujían, cargadas de frutos. Era el único sonido. Pero a medida que se adentraban entre los árboles, oyó otro sonido: el del agua fluyendo.

Salieron de la sombra de los árboles a un espacio abierto a través del cual un reguero plateado de agua se movía lentamente sobre las piedras lisas y planas de un antiguo curso de agua. A ambos lados, hasta donde alcanzaba la vista, los abundantes árboles se extendían, intactos, protegiendo la tierra.

“Es hermoso. E inesperado”.

“Eso es Ma’in. Y eso es lo que deseo preservar. Ven, en el siguiente recodo del río está el campamento donde cenaremos”.

Cara escuchó, fascinada, no sólo la descripción que hizo Tariq de los árboles y de cómo los utilizaba para llevar la prosperidad a algunas zonas de su país. Todo en ellos parecía ser útil: la savia para el incienso, los aceites esenciales para el perfume y su crecimiento, para combatir la erosión. Pero lo que realmente le fascinaba era el entusiasmo de Tariq. Al verlo recorrer el lugar que obviamente amaba, su rostro estaba más relajado de lo que ella lo había visto antes, y lo vio como el hombre, más que como el Rey.

“Y luego está la nuez en sí”. Se estiró y arrancó una, abrió la cáscara y se la tendió.

Ella lo cogió y se preguntó por qué su sonrisa se ensanchó. Le dio un mordisco e hizo una mueca de asco al escupirlo en la mano. “¡Sabe a aguarrás!”

“Sí” -se encogió de hombros, riendo- “¡la nuez no sabe tan bien!”.

“Podrías habérmelo dicho”. Se puso a su lado, aún intentando quitarse el mal sabor de boca.

Dejó de caminar en la curva del río. “Podría haberlo hecho. ¿Pero dónde está la diversión en eso?”

Intentó parecer severa, pero sospechó que no lo consiguió. “¿A los Reyes se les permite divertirse?” Ella no había querido que la sonrisa desapareciera tan completamente de su rostro.

No contestó, sino que señaló hacia la curva. Se volvió y vio una tienda, con motivos tradicionales beduinos, sostenida por palmeras datileras, a modo de pilares, erigida en una meseta junto al río. La gente se movía a su alrededor sirviendo platos de latón brillante llenos de ensaladas de colores, decoradas con flores de brillantes rosas, rojos y naranjas, en las largas mesas bajas, alrededor de las cuales había sofás de rayas de colores. La carpa estaba abierta por todos los lados, lo que permitía que penetrara en ella la mágica atmósfera de los árboles.

“¡Vaya! ¿Esto está siempre aquí?”

“No. Pero pensé que podrías apreciarlo”.

Frunció el ceño. “¿Yo, y tus otros invitados?”

“No. Tú.”

No podía apartar los ojos de los suyos. No la sostenían por mandato, sino por un interés, una intensidad totalmente persuasiva.

El ruido de la gente que se acercaba rompió el hechizo y él apartó la mirada y suspiró, su boca se convirtió en una línea sombría.

“¡Tariq!” Mahito llamó, apartando una rama perdida. Se rompió bajo su golpe. Cara hizo una mueca de dolor, pero continuó, dejando la rama rota balanceándose tras él.

Aarif hizo una mueca e intercambió una mirada con Tariq, cuyo rostro volvía a ser duro e impasible. “Por favor, vengan, siéntense”, dijo Tariq, señalando las mesas. “Esta noche comeremos un Zarrb Hafla tradicional. El cordero lleva dos horas cocinándose en el horno de tierra de allí”.

“¡Dos horas!”, exclamó Mahito. “Será duro como unas botas viejas”.

“Es tierno, se deshace en la boca”. Tariq hizo una seña al chef. “Por favor, tomen asiento.”

Una hora más tarde y Mahito tuvo que aceptar. Tras un festín de succulento cordero, ensalada árabe especiada, arroz beduino sazonado, tahini espeso, matbuha picante y berenjenas fritas con menta y col con pimienta molida, estaban tomando té beduino con baklava y fruta.

Tariq había colocado a Cara entre él y Aarif, donde pudo disfrutar del banquete lejos de las risas y bromas de los demás.

Al oír el graznido de un pájaro, se excusó y se acercó al borde de la tienda. Estaba oscuro más allá de las luces de la tienda, y sólo el camino de vuelta al castillo estaba iluminado por alguna lámpara solar. Pero al forzar la vista pudo ver el aleteo amplio y lento de un pájaro pesado que volaba por encima de ella.

“Es un búho”, dijo Tariq en voz baja. No se había dado cuenta de que la había seguido. “Cazando a su presa. Y con éxito por el sonido de su grito”.

Se volvió hacia él. “Te has tomado muchas molestias para entretener a tus invitados”.

“Es la manera beduina. Entretener es importante para mi gente”.

“Sí. Pero es más que eso, ¿no? Estás dando rodeos, ¿no?”

Ella miró fijamente. Luego suspiró. “No me queda más remedio. Te pido disculpas, Cara. Tienes tres días más de reuniones, tres días más de soportar la compañía de esta gente” -hizo un gesto con la cabeza hacia atrás, indicando a los hombres que de algún modo habían conseguido whisky-.

“No todo es resistencia”, dijo en voz baja. “A veces, me divierto”.

Sonrió, una sonrisa secreta, toda para ella. “Para mí también”.

Ella tragó saliva y se alejó un paso de él. “Debería irme ya. Acuéstate temprano. Más reuniones que traducir, ya sabes”.

Asintió lentamente. “Lo sé. Se volvió y saludó a Aarif. “Aarif te verá de vuelta a salvo. Hasta mañana, entonces Cara”.

“Hasta mañana”. Sonrió y se alejó con Aarif, de vuelta a través de los silenciosos árboles.

Tres días después

TARIQ NO HABÍA EXAGERADO. Las reuniones habían continuado día tras día. Habían sido interminables. Si no hubiera sido por las noches, por el entretenimiento que Tariq había preparado para los hombres, dando a Tariq y Cara tiempo para hablar, los días se habrían alargado. Cara había empezado a esperar con impaciencia las veladas en las que Tariq tenía un asiento reservado a su lado. Hablaban de todo: de política, de ideas, de lo que les gustaba y lo que no, de todo menos de su vida privada. Había cosas a las que no podía arriesgarse.

El último día de la serie de reuniones había terminado pronto y Cara suspiró aliviada. Tariq había tenido que ausentarse por motivos de trabajo y ella se las arregló para salir sin que nadie se diera cuenta, en busca de aire fresco, antes de volver a su habitación para cambiarse para la cena. Al menos así terminaba la parte formal de la semana. Al día siguiente, los ejecutivos de Aurus se iban solos a visitar unas instalaciones. Tariq estaría en otro lugar, dando a Cara un día de paz hasta que todos se reunieran en palacio al día siguiente para firmar el acuerdo final. Supuestamente. Aunque Cara sospechaba que Tariq tenía planeado algo más.

Se recostó contra la pared, aspiró el aire perfumado y cerró los ojos, concentrándose en el seductor goteo del agua de una fuente. Escuchó a medias a los hombres que charlaban en la sala de reuniones, ajenos a su presencia en el jardín. Hablaban en portugués, algo que no habían hecho antes. Ella lo conocía bien, ya que era la lengua materna de su madre.

“Y pensar que creíamos que esto iba a ser difícil, ¿eh?”, dijo uno de los hombres.

“¡Tranquilo!”

“Tenemos a estos Ma’inese sobre un barril. No tienen más remedio que aceptar un contrato renovado y el Rey lo sabe”.

“Pero no es tan interesante como el mapa que vimos en la Sala de Antigüedades. Si lo que la chica tradujo es correcto...”

“Debe serlo. Puede que no sea nada del otro mundo, pero sabe lo que hace”.

“Si el mapa y la información existente son correctos, sería una propuesta mucho mejor”.

“El Rey nunca lo aceptaría. Ya oíste lo que dijo... es sagrado”.

“¡No! Lo quiere para él. Pero podría descubrir que tiene una pelea en sus manos”.

“¿Qué vas a hacer?”

“Estrategia, Atsuto, estrategia. Mañana, el Rey dijo que no estará disponible. Así que mañana iremos a la... ¿cómo se llamaba? Así es, Montaña del Tesoro-Jabal al Kanz, en lugar de Mina de Oro I”.

“Oye, baja la voz. Alguien podría oírte”.

“Como uno de esos idiotas Ma’inese. Necesitan un traductor de japonés. ¿Qué posibilidades hay de que sepan portugués?”

“Cierto. Pero el traductor podría”.

Cara abrió mucho los ojos pero no se movió, permaneciendo oculta tras la vegetación.

“Esa cosita, ¿conoces el portugués? ¿Cuán probable es eso?” Se rieron. “No, esa ratita no es nada de lo que preocuparse”, resopló burlonamente el hombre. “Aunque incluso *ella* empieza a parecerme atractiva aquí, en medio de la nada”. Oyó el paso del hombre hacia la ventana y ella se encogió aún más. “Dios, mira el lugar, me da escalofríos”.

“¿Dónde están las mujeres?” Mahito continuó. “El Rey vive como un monje y no me sorprende, si ella es un ejemplo de las mujeres de las que se rodea”.

Cara se sonrojó de rabia y mortificación mientras los hombres se reían. A pesar del impulso de marcharse, Cara no se movió. No quería que supieran que lo había oído; tenía la sensación de que sólo les divertiría. Le dolió, claro que le dolió. Pero no era la primera vez que oía algo así. El tipo de reuniones políticas y empresariales en las que había trabajado contaban con hombres poderosos. Y los hombres poderosos atraían a las mujeres hermosas como polillas alrededor de una llama. Pero había visto suficientes hombres poderosos como para saber que el poder *no era* afrodisíaco para ella. Y ciertamente ella no era un afrodisíaco para ellos. Vivía invisible, al margen, sola. Y así lo prefería. Especialmente ahora.

Cerró los ojos y esperó a que desaparecieran las voces burlonas. Cuando oyó que las puertas se cerraban, se levantó de un salto y se paseó por el patio.

La arrogancia de los hombres la irritó. No sólo sus arrogantes suposiciones sobre ella, sino la insinuación de que estaban engañando al Rey. Sus palabras se repitieron en su mente. Seguramente no lo había entendido bien. Se dio la vuelta y retrocedió. No. No había nada que malinterpretar. Lo que querían era la tierra que el rey no quería que tuvieran, así que habían urdido un plan para obligarle a que se la cediera.

El rey estaba siendo engañado y había que decírselo. Retrocedió y miró en su interior. Debería ir a decírselo ahora. Mañana podría ser demasiado tarde.

Pero... dudó. ¿Cómo podía acudir a él? Siempre había procurado no estar nunca a solas con él. Cuando estaba con él tenía la tentación de olvidarlo todo, y eso no podía arriesgarse.

Si se enteraba de su relación con la antigua estatua, si conocía su papel en el robo, por muy tenue que fuera, se pondría furioso. Ella había visto lo mucho que su país y su cultura significaban para él y sólo podía imaginar su respuesta si se enteraba de que ella estaba implicada en la

desaparición de la estatua. La encarcelaría, la llevaría a juicio por un crimen que no había cometido. Hizo una pausa. Pero entonces, ¿realmente se merecía que aquel grupo de avariciosos hombres de negocios acabara con él?

Se dio media vuelta. Se lo debía a Tariq. Se lo debía por todas las veces que le había dado a Piers el beneficio de la duda, por todas las veces que había suprimido su buen juicio por su necesidad de ser amada, por todas las veces que se había comprometido. Ahora podía cambiar eso. Podía hacer una pequeña reparación al hombre al que ella y su marido habían agraviado.

Respiró hondo y se dirigió hacia el ala del castillo donde sabía que estaban los aposentos privados de Tariq.

Instintivamente retrocedió hacia las sombras cuando dos personas salieron de una habitación donde había oído su voz. Pasaron de largo sin fijarse en ella. A veces, pensó irónicamente, vale la pena pasar desapercibida. Se acercó a la puerta y se quedó inmóvil. Su valor había resistido hasta ese momento. Dio un paso atrás y se llevó la mano al costado. No podía hacerlo.

La puerta se abrió de repente y él se quedó de pie. “Señorita Devlin... Cara”, añadió más suavemente. “¿Qué hace usted aquí?”. Frunció el ceño. “¿Deseaba verme por alguna razón?”.

Sacudió la cabeza, perdiendo de repente los nervios. “No”, tragó saliva. “Me habré... perdido”. No podía levantar la vista hacia él. En lugar de eso, se fijaron en su pecho descubierto. No lo había visto antes. Siempre había estado cubierto con una bata, pero ahora llevaba ropa informal: una camisa de cuello abierto y pantalones. A la vez le resultaba más familiar y más extraño, porque la ropa familiar acentuaba su diferencia. Su piel era de un intenso color marrón nuez moscada que parecía invitarla a tocarla. Apretó las manos con fuerza, temerosa de llegar a él. Él metió las manos en los bolsillos del pantalón, como si se hiciera eco de sus propios pensamientos, y separó los pies con firmeza, centrándose en sí mismo.

“No es el tipo de palacio en el que puedas perderte, Cara”. Abrió la puerta de par en par. “Por favor, entra. Ha sido un largo día, una larga semana debería decir. ¿Quizá te apetece tomar algo mientras decides si me cuentas por qué estás aquí en realidad?”. Le sonrió, una sonrisa desarmante que invitaba a la confianza. Ella se relajó, asintió y dio un paso adelante, siguiéndole hasta un par de sofás donde él le indicó que se sentara. “¿Qué te apetece tomar?”

“Agua mineral, por favor”.

Tragó saliva, fijándose en cómo la luz de la lámpara que tenía detrás rozaba sus anchos hombros, y se sentó.

Le entregó el vaso y se puso de pie, con las manos en las caderas, mirándola. “Entonces, ¿por qué estás aquí?”

“Yo... vine a decirte algo...”

Esperó a que ella continuara, pero cuanto más se prolongaba la pausa, más difícil le resultaba romperla. Su postura era agresiva y firme, el silencio prácticamente crepitaba de tensión. Fue como si un imán atrajera sus ojos hacia los de él. Pero lo que vio allí no era lo que esperaba ver. Humor, interés y una chispa de algo que no pudo identificar inmediatamente.

“¿Es así? ¿Crees que tienes algún conocimiento que yo no tengo?”

Tragó saliva y asintió.

“Intrigante. Beba, por favor”. Se volvió hacia el aparador, se sirvió una copa y se sentó frente a ella en un sofá de cuero.

“Entonces... Cara...” Hizo una pausa, como si estuviera saboreando el sonido de su nombre en los labios, y bajó la mirada hacia su bebida, dándole vueltas en el pesado vaso. Luego dejó de dar vueltas y el agua se calmó. Hubo una fuerte pausa en el aire. La miró de repente. “Tienes un nombre muy bonito”. Ella habría jurado que el aire había sido absorbido de la habitación, privándola de oxígeno y haciéndole olvidar cómo respirar. Sus ojos no se apartaban de los suyos y ella sentía que se derretía bajo su intensa y ardiente mirada. De repente, él rompió el silencio, bebió un trago de su vaso y se levantó. Se acercó a la ventana y la abrió de un empujón. Entró una brisa cálida y Cara respiró hondo. “Dímelo”. No volvió a girarse. “¿Qué tienes que informarme que sea tan importante como para arriesgar tu reputación siguiéndome a mis aposentos privados?”.

Abrió la boca para hablar cuando comprendió el significado de sus palabras. Sintió que un fuerte rubor inundaba su rostro. “¡Un momento! No me crees, ¿verdad? Piensas que he venido aquí por... por alguna *otra* razón”.

Él seguía sin mirarla, pero ella notó el leve movimiento de sus labios cuando se giró hacia ella, antes de dejar su vaso con cuidadosa deliberación y volver a mirarla, con los brazos cruzados, pero los ojos todavía tan calientes como el infierno. Resopló. “Vamos, Cara. Sé todo lo que pasa por aquí. ¿Qué podrías decirme que no sepa ya?”.

Cara tragó aire ante su engreimiento. “Crees que soy tan insignificante que no he tenido vida. Ciertamente no merecía un control de seguridad estándar antes de contratarme”.

“Ah, era mi hermano. Estaba tan enamorado de tu voz que te contrató impulsivamente sin las formalidades habituales”. Se encogió de hombros. “Pero no importa en este caso”. Sonrió. “No creo que ocultes nada”.

Ella arqueó una ceja. “¿En serio?” Esperaba que el escalofrío de su voz traspasara su arrogancia. Pero no fue así. “Entonces crees que lo sabes todo sobre mí”.

Ella observó, sin palabras, cómo él caminaba hacia ella y se detenía, demasiado cerca. Alargó la mano y cogió su vaso, lo dejó sobre la mesa y entrecerró los ojos juguetonamente, como si tratara de encontrar algo que ya supiera. “Sí, creo que te conozco. Saber juzgar a las personas es importante para alguien de mi posición”.

Se levantó y se cruzó de brazos a la defensiva. “Vale, cuéntamelo todo sobre mí. Me encantaría oír lo que piensas”.

Se encogió de hombros. “¿Por dónde empiezo? Quizás por tu vida personal. Vives sola. No hay ningún hombre en tu vida”.

Se mordió el interior del labio. ¿Era tan obvio que era una inútil para las relaciones? “Continúa. Esto me está resultando esclarecedor. El hecho de que haya podido venir aquí con tan poca antelación sugiere que no tengo pareja”. Intentó mantener el rostro neutro, pero dudaba que lo

hubiera conseguido, a juzgar por la expresión de suficiencia de él.

“Y... eres fuerte, pero no lo sabes, porque no te has dado la oportunidad de descubrirlo”.

Sus ojos se habían vuelto más suaves ahora. El marrón se derretía, como el chocolate en un día caluroso. Despertó sus sentidos de la misma manera. Quería saborearlo. “I...”

“Deberías... irte ahora, antes de que diga algo” -alargó la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara- “o *hagamos* algo de lo que ambos nos arrepintamos”.

Tragó saliva, tratando de controlar la reacción de su cuerpo al contacto con él. Sacudió la cabeza. O eso pretendía. Pero apenas se movió. En lugar de eso, sintió su mano acariciando su mejilla, en lugar de su pelo. Levantó la vista hacia unos ojos más cálidos, si eso era posible. Abrió la boca para hablar, pero no salió nada.

“Deberías irte ya”, repitió. Pero sus ojos le decían que se quedara. Le levantó las manos a ambos lados e inclinó la cabeza hacia ella. Ella vio el resplandor de sus fosas nasales cuando inhaló profundamente, con la nariz cerca de su mejilla, casi rozándola. Luego se apartó y le miró a la cara. “No te muevas. ¿No te das cuenta de que esto es peligroso para ti? ¿No crees lo que la gente dice de mí? ¿No te preocupa haber venido a buscar al ogro, al ‘*wahs*’ como me describe la gente?”.

Sacudió la cabeza. Tragó saliva una vez más. “No.”

“Entonces estás loco. Deberías escuchar a estos hombres. ¿Por qué no les crees?”

“Porque confío más en mis propios instintos”.

“¿Es así? ¿Y qué te dice ahora tu instinto?”.

“Que no eres un ogro. Sólo crees que lo eres”.

Su mano se congeló en su mejilla y la miró a los ojos. El velo de realeza cayó, revelando al hombre que ella había visto la noche que caminaron entre los árboles.

“Te equivocas. Yo soy ese ogro. Y sólo un tonto creería lo contrario”.

Ella le cogió la mano y se la apartó de la cara. “Entonces yo soy *ese* tonto. Ellos pueden pensar que eres un monstruo ignorante pero yo no creo que lo seas. Por alguna razón que no entiendo, has permitido que estos hombres creen esto. Y estás retrasando la firma del contrato. No lo firmarás porque sabes que no te conviene firmarlo. Y...”

“¿Sí?”

“Los hombres no tienen intención de visitar el lugar mañana. En su lugar, han arreglado ir a Jabal al Kanz. Parece que pagaron generosamente por el silencio de su guía”.

Se limitó a asentir. Ella no podía leerle la cara. “¿Algo más?”

“Sí, en realidad. El ‘tesoro’ que traduje. Me rondaba por la cabeza. Tiene otro significado”. Ella hizo una pausa, pero él no habló. “También significa ‘agua’”.

“Eres inteligente, Cara, pero desgraciadamente tus conocimientos te han fallado en ese punto”.

“Pero...”

Sacudió la cabeza. “¿Me contradices? ¿El rey de este país? ¿Crees que conoces mi idioma mejor que yo?”.

“No, claro que no. Es sólo que...”

“Bien. No me entiendes ni a mí ni a mi país ni lo que está en juego. Y no espero que lo hagas. Pero le agradezco su valentía”.

“¿Valor?”

“Sí. Hizo falta valor para buscarme y contarme sus sospechas. Te lo agradezco”. Vaciló. “Se lo agradezco mucho. Ahora vete.”

Ella asintió, irrazonablemente decepcionada. Había hecho todo eso y, sin embargo, ¿él simplemente la había descartado a ella y a sus sospechas? Ella creía que él era diferente, que la escucharía. Quería irse, marcharse allí mismo y olvidarse de Tariq, de Ma'in, de todo.

“Sólo unos días más. Y entonces todo esto habrá terminado”.

¿Le estaba leyendo la mente? “Unos días más. Entonces... ¿firmarás el contrato?”

“¿Me cuestionas, el Rey?” Su voz era repentinamente fría y distante.

“No, perdóneme, Su Alteza.”

Hubo una larga pausa y cuando levantó la vista vio que sus ojos volvían a ser cálidos. “¿Adónde fue a parar la base del nombre de pila? Ah, sí, se fue cuando retiré el rango. Pero Cara, no hay nada que perdonar. Y sí, todo habrá terminado al final de la semana”.

Asintió y cruzó la puerta que él le había abierto. Cuando se alejaba, se dio cuenta de que no había respondido a su pregunta sobre el contrato.

A Tariq rara vez le sorprendía nada ni nadie. Pero, mientras se sentaba en su silla, encendía las cámaras y la veía desaparecer por el pasillo hacia su habitación, se dio cuenta de que Cara había conseguido precisamente eso. No sólo sorprenderle, sino atraerle aún más. Era como si tuviera en sus manos una madeja de seda fina, fuerte e irrompible, con la que le estaba atando más a ella.

Nunca había visto a una mujer con tanto valor e integridad. Que ella saliera del mundo profesional del que formaba parte y tuviera el valor de acudir a él le asombró. Ella no tenía ningún interés en lo que le contaba. No tenía ninguna relación con él. Pero acudió de todos modos, arriesgándose a que él se disgustara y a que los demás la descubrieran.

La vio desaparecer de su vista y cerró los ojos. La fuerza había estado ahí todo el tiempo, en el conjunto de sus delgados hombros, rectos como una flecha y firmes contra todo, pero él no la había visto inmediatamente. Como todo en ella, parecía revelarse poco a poco. Se preguntó qué más descubriría si se permitía conocerla mejor.

Cerró la puerta, se dirigió a su escritorio y llamó a Aarif, que apareció al instante.

“Cambio de planes. La señorita Devlin no acompañará a nuestros invitados al lugar”. Hizo una pausa al recordar el leve contoneo de sus caderas mientras se alejaba por el pasillo, la breve mirada penetrante de sus ojos y aquella voz... siempre aquella voz. Se preguntó cómo había podido equivocarse tanto. Y no sólo él, sino todos los hombres del castillo. Todos la habían tomado al pie de la letra. Ninguno de ellos había sido capaz de ver el núcleo de acero escondido dentro de ella. Y su inteligencia. Ni uno entre mil eruditos habría dado con la traducción alternativa correcta de la palabra “tesoro”. Y subestimarla podía costarle caro. Todavía no había recibido noticias de Sahmir. Todavía tenía que entretener a los ejecutivos de Aurus, y su interés en Jabal al Kanz era su mejor apuesta. No podía arriesgarse a que ella contara sus dudas a los ejecutivos de Aurus.

“¿Señor?” Aarif preguntó.

Tariq miró a su ayudante. “La señorita Devlin vendrá conmigo a Qawaran y, desde allí, a la ciudad. No mañana, sino inmediatamente. Encárgate de que esté lista para partir en una hora”.

HABÍAN PASADO cinco minutos y el rey apenas había dicho una palabra. No es que Cara quisiera una palabra, pensó enfadada. Esperaba más que eso. Esperaba una explicación adecuada de por qué había ordenado -no podía haber otra palabra para describir su “petición”- su presencia en un viaje aparentemente programado a un país vecino.

Siguió mirando atentamente por la ventanilla del pequeño avión biplaza mientras sobrevolaba kilómetros de desierto ondulado.

En contra de lo que pudiera parecer, no temía que se la estuviera llevando por sus propios motivos. Ella no era el tipo de mujer con la que los hombres se escapan. No, su ayudante había murmurado algo sobre la traducción del qawarân. Era simplemente un trabajo. Entonces, ¿por qué el secreto?

A pesar de su enfado, Cara no había visto nada tan hermoso en toda su vida. La tierra se extendía durante lo que parecía una eternidad hasta un horizonte de ondulate carbón, que se recortaba contra un cielo inmenso. Siguió ascendiendo en la pequeña aeronave hasta que Qusayr Zarqa se hizo diminuta. Como si esperara una señal, Tariq hizo girar suavemente el avión y, con el sol a sus espaldas, se alejaron del castillo del desierto y se dirigieron hacia las montañas.

Todavía enfurecida por su tono perentorio cuando la saludó, le escuchó completar su intercambio con el control de tierra, quienquiera que fuera y dondequiera que estuvieran en esta tierra vacía. Pulsó un control y la estática se silenció.

“Pido disculpas por la repentina invitación, Cara.”

Se giró para mirarle. “¿Invitación? No sabía que tenía elección”.

Esbozó esa cálida sonrisa que mantenía tan oculta. Llegó hasta sus ojos en señal de genuina diversión.

“Haces bien en irritarte. Aunque” -se encogió de hombros, sin dejar de sonreír- “soy el Rey. Aunque la gente esté irritada, suele ocultarlo, pero dudo que tú pudieras ocultar nada, ¿verdad?”.

Ella cerró los ojos brevemente al darse cuenta de la ironía de su comentario. Le estaba ocultando el mayor secreto de su vida. “No he olvidado quién es usted, Su Alteza Real...”

“¡Cara! Llámame Tariq.”

“Tariq. Entonces... ¿se me permite saber por qué me has ordenado ir al cielo de noche?

“Aún no es de noche, el sol todavía está alto en el cielo. Aún puedes ver lo que quiero que veas”.

Ella frunce el ceño. “¿Quieres *que* vea algo? ¿Por qué? Sólo soy el traductor”.

“No *eres* cualquier cosa, Cara. Quiero que veas algo para que lo entiendas”. Hizo una pausa, miró por la ventana y volvió a agarrar los mandos. “*Quiero que* lo entiendas. Allí.” Señaló. “Allá abajo.”

Miró hacia abajo y vio una oscura cicatriz en el desierto que se abría bajo ellos como una llaga furiosa en una piel inmaculada. Su ira desapareció, consumida por el asombro ante la devastación que se desarrollaba bajo ellos. En el centro de la inmensa mina a cielo abierto, la tierra caía en profundas grietas entre los estratos rocosos que yacían bajo la arena.

“Esa es la mina que Aurus ha controlado, ¿no?”

“Sí. El legado del Grupo Aurus a mi país, que mi padre sancionó. Por supuesto, él no sabía la devastación que causaría. Pero entonces, él tenía poco interés. Quería el progreso a cualquier precio”.

“Se ve terrible”.

“Y no es sólo cosmético. La mina demolió antiguos asentamientos, desvió cursos de agua que antes regaban cultivos y cambió el paisaje”.

“No tenía ni idea”.

“Poca gente lo hace. Ahora la mina está muy lejos de cualquier sitio, y muy automatizada”.

Se hizo el silencio entre ellos mientras sobrevolaban el lugar devastado, en dirección a las montañas. Sólo cuando abandonaron la zona y el terreno dejó de ser onduladas dunas de arena para convertirse en pedregosas llanuras de hammada, Cara se recostó en su asiento.

“Lo siento.”

La miró. “¿Por qué deberías lamentarlo? Es un secreto bien guardado, a menos que tengas interés en despojar a mi país de su tesoro”. Le sonrió. “Que supongo que no”.

Era como un cuchillo entrando en una herida que ahora no tenía defensas. Excepto que no dolía por *ella*. Le dolía por *él*.

Extendió la mano y cubrió con la suya la mano de él, que estaba suelta sobre los mandos. No tenía palabras que decirle, sólo su tacto. Él exhaló bruscamente y sacudió la cabeza revelando la desesperación, de la que ahora ella comprendía una pequeña parte.

“Al menos ahí abajo” -señaló una zona boscosa- “tu tierra se está regenerando”.

“En efecto. Excepto que ya no estamos en mi país”.

Miró por la ventana. Nada había cambiado. “¿Dónde estamos?”

“En Qawaran. Esta noche conocerás a mis amigos cercanos y vecinos, los Reyes de Qawaran y Sitra y sus familias. Como pequeños países vecinos trabajamos en estrecha colaboración. Creo que te gustarán”.

Cara parpadeó, asombrada. Estaba segura de que eran buena gente si Tariq lo decía. Pero que se tomara la molestia de presentárselos -a ella, una simple traductora- y que además se interesara por si le gustarían o no, la asombró. Sí, estaba segura de que le gustarían un par de familias reales, cada una con vidas tan diferentes a la suya. Pero, ¿qué pensarían de ella?

El palacio emergía de una pared rocosa, formando altas murallas que caían por la ladera de la montaña y se adentraban en el desierto. Parecía una ciudad. Al igual que el palacio del desierto de Tariq, no cabía duda de que originalmente era una fortaleza del desierto para repeler a los invasores. Era el único lugar habitado en kilómetros a la redonda.

Tariq aterrizó el avión con pericia en una pequeña pista del desierto y, cuando salieron del avión, un coche ya se había acercado desde el Palacio, levantando polvo a su paso. Mientras caminaban hacia el coche, dos mujeres salieron con dos hombres detrás. Las dos mujeres eran rubias, una alta y musculosa y la otra más baja y sonriente.

“¡Tariq!” llamó la mujer alta. “¡Esto es un placer inesperado!”

Los dos hombres llegaron y saludaron a Tariq.

“Suerte que seguimos todos aquí” -llamó la mujer más baja, acercándose a Tariq y dándole un abrazo sin contemplaciones- “mañana salimos temprano”. Para sorpresa de Cara, Tariq no la apartó. Parecía feliz de verla.

“Suerte que sigues aquí, en efecto, Lucy, porque si no nunca me perdonarías”.

“Sí, lo tienes. Vamos a una boda mañana, nos vamos antes del amanecer. ¡Podrías haber venido después de todo, Tariq!”

Tariq se volvió hacia la mujer más alta. “¡Anna! Me alegro de volver a verte. Perdona que te haya avisado con tan poca antelación”. Le dio un abrazo y luego se volvió hacia Cara mientras los dos Reyes se erguían ante ella, altos y regios.

Mirando al imponente hombre que tenía delante no sabía si hacer una reverencia, estrecharle la mano o salir corriendo. Por suerte, él sabía qué hacer. “Bienvenida a Qawaran. Es un gran placer recibir a un amigo de Tariq. No tenemos a menudo la oportunidad”.

“Ya lo creo”, dijo la rubia alta que caminaba a su lado. Rodeó con el brazo a la mujer, que se fundió con él. “Y por si mi marido no se ha presentado, él es Zahir, jeque de este lugar, y yo soy Anna. Y estos son Lucy y Razeen. Es un verdadero placer conocerlos”.

Cara estaba confusa. Entrecerró los ojos ante el brillo de la luz y de la hermosa rubia. “Soy la traductora. Tariq me contrató para su reunión de negocios”.

Si Cara tenía esperanzas de que esta explicación zanjara el asunto, se sintió defraudada. Porque hubo un coro de “Ohs” cómplices, y algunas sonrisas mientras intercambiaban miradas mientras Tariq terminaba con el avión y se unía a ellos.

“Esta es la señorita Devlin. Cara Devlin. Es mi intérprete”.

Para sorpresa de Cara, Lucy golpeó juguetonamente a Tariq en el pecho. “Y necesitas un

intérprete, ¿por qué exactamente?”

El rey Zahir, obviamente sintiendo que las cosas se estaban volviendo demasiado frívolas, se volvió hacia Cara. “De nada, señorita Devlin. Mi esposa le mostrará su habitación”.

Lucy pasó un brazo por el de Cara. “Llegas justo a tiempo para la cena”.

Los tres hombres caminaron delante de ellos hacia el interior del recinto, a través del asombroso patio blanco, y Cara se detuvo, mirando a su alrededor el impresionante edificio. Era muy antiguo, pero estaba muy bien cuidado; por todas partes se veían signos de la antigua cultura beduina. Se integraba perfectamente en la pared rocosa, por encima de la cual se elevaban los halcones. Era un lugar de grandiosidad y belleza, y tan extraño como el infierno.

“Así que, Tariq, amigo mío”. Zahir hizo una señal para el café mientras Tariq y Razeen se acomodaban en los sofás de ante de gran tamaño. “¿Cómo van tus negociaciones con el Grupo Aurus? ¿Los tienes ya donde quieres?”.

Tariq aceptó un café y se sentó, disfrutando de estar en compañía de gente que entendía su vida más completamente que nadie. “Todavía no. Pero lo haré”.

“¿En el mejor de los casos?”, preguntó Razeen, acostumbrado a un gobierno menos autocrático que el de Zahir, por lo que podía apreciar mejor lo delicado de la situación.

“Sahmir consigue los inversores y los fondos para pagar a Aurus y recuperamos el control de nuestra tierra. Desviaré el río a su cauce original y usaré la mina como embalse para regar la tierra, devolverla a lo que era”.

“¿Cuáles son las probabilidades de eso?”

“Slim”. Los estoy retrasando todo lo que puedo para darle tiempo a Sahmir. Y he recibido ayuda de un lugar inesperado”.

“¿Y dices que no hay nada que podamos hacer para ayudar?”

“Gracias por vuestras ofertas. Es suficiente saber que me apoyáis. Pero el director general se niega a dejarse intimidar, así que voy a adoptar un enfoque diferente”. Tariq sonrió. “Un enfoque mucho más sutil”.

“Intrigante”.

Tariq tomó un sorbo de café, saboreando su sabor agridulce. “Lo es”.

Cara sólo tuvo tiempo de darse una ducha rápida y cambiarse de ropa antes de que llamaran a su puerta.

Para su sorpresa, cuando la abrió, Anna y Lucy estaban fuera.

“¡Mi marido ya ha requisado a Tariq para una reunión y al parecer no necesitan que traduzcas!”. Anna sonrió irónicamente. “¿Te apetece una copa?”

“Claro, gracias”. Cara se preguntó cómo debía dirigirse a estas dos mujeres, que a pesar de las apariencias, eran de la realeza. “Su Real Alteza”

Anna hizo un gesto despectivo con la mano. “Oh, no tienes que molestarte con todo eso. Llámame Anna”.

Puedes llamarme “Alteza Real”, si quieres”, sonrió Lucy. “Me gusta bastante. Nadie más me llama así”.

“Porque les dices que no lo hagan. Y pasas tus días con gente del mundo real. Y porque eres la persona más informal que conozco”.

“Cierto”, dijo Lucy, adoptando una pose pensativa. “Los kiwis somos todos bastante informales y democráticos”.

“¿Eres neozelandesa?”, preguntó Cara al salir al antiguo pasillo.

“Originalmente. Luego me convertí en ciudadano del mundo y ahora soy un Sitran”. Se pusieron en fila. Le dedicó una sonrisa brillante a Cara. “¿Y qué te trae a Ma’in? Eres inglesa, ¿verdad?”.

“Sí. Vine aquí por primera vez con mis padres; debió de ser hace unos cinco años. Mi padre era profesor visitante en la universidad. Después de la muerte de mis padres, bueno, supongo que se puede decir que he estado viajando desde entonces”.

“¿No hay lazos a los que volver en Inglaterra?”

Cara negó con la cabeza. “Sólo parientes lejanos”.

“Bien”.

Anna y Lucy intercambiaron rápidas miradas.

“¿Por qué ‘bueno’?”

“Porque eso significa que te quedarás. Tariq nunca aparece con una mujer. Y quiero decir *nunca*.”

Cara se sintió halagada. Luego frunció el ceño. “Soy traductora. Me ha contratado para estar aquí”.

“¿Ves alguna traducción?”, pregunta Lucy riendo.

Cara sonrió brevemente, insegura de los motivos de Tariq.

“Cara”, dijo Anna como si leyera su mente, “Tariq es uno de los hombres más rectos que conozco. Te ha traído aquí porque le gustas de verdad y quiere pasar tiempo contigo. No para *utilizarte*, ni para traducir ni para nada. Ese no es su estilo”.

Cara debió de parecer asombrada ante el perspicaz comentario de Anna, porque Lucy le dio un orgulloso abrazo. “Acostúmbrate a que Anna te lea el pensamiento. Es lo que la convierte en la mejor abogada del país, o probablemente de cualquier país”. Lucy se rió. “De todos modos, nos alegramos de que te quedes por aquí, Ma’in. Significará que podremos verte más”.

“Oh, no, no me voy a quedar. Eso es imposible.”

Las mujeres la miraron fijamente. “¿Por qué?”, preguntaron al unísono, como si fueran incapaces de imaginar alguna razón por la que una mujer quisiera abandonar esta tierra, a Tariq o a ellas.

“Porque me voy pronto”.

“Pero yo creía que no tenías ataduras en ningún sitio”.

“Yo no. Es sólo que... he decidido mudarme a Italia”.

“¿Italia?”, exclamaron ambos.

Cara se encogió de hombros. “Hace calor, no llueve, conozco un poco el idioma y... es un sitio nuevo”.

Anna puso una mano en el brazo de Cara y todos dejaron de caminar. Estaban de pie en medio de un gran espacio, con paredes decoradas con mosaicos antiguos. “Haz lo que tengas que hacer, Cara. Dios sabe que la vida no es fácil y el comienzo de mi vida con Zahir fue difícil. Pongámoslo así, la parte “conyugal” de la “felicidad conyugal” fue primero por mucho”.

“Y ahora”, sonrió Lucy, “todo es felicidad”.

Anna enarcó una ceja y sonrió enigmáticamente. “Algo así”.

“*Mucho* así por lo que he oído. Venga, vamos a por esa bebida. Pronto será la hora de cenar y entonces no podremos hablar de los hombres. Además, nuestros hijos se mueren por conocerte”.

“¿Niños?”

“Tenemos tres cada una”, dijo Lucy. “Anna dice que va a parar a las tres, pero yo ni de coña”. Se dio unas palmaditas en el estómago ligeramente hinchado. “El número cuatro en camino y luego... quién sabe. Nunca se me dieron bien las matemáticas”.

A la sombra de un gran árbol, en una mesa había aperitivos de humus, pitas, encurtidos, aceitunas y hojas de parra rellenas, así como otros tentadores platos, además de té de hierbas y zumos de dulce aroma. Por todo el patio corría agua en canales geométricos, alimentada por el arroyo de la montaña. Cara pensó en la suerte que tenían Lucy y Anna de ser tan felices y estar tan contentas. Anna había dicho que su matrimonio había tenido un comienzo difícil, pero Cara no podía creer que la vida de ninguna de las dos mujeres no hubiera sido de color de rosa. Ambas eran demasiado bellas, realizadas, brillantes y encantadoras para haber tenido que pasar por dificultades.

Un par de horas después, Cara se dio cuenta de lo equivocada que había estado. Lucy y Anna podían ser todas esas cosas que ella había imaginado, pero eso no les había hecho la vida fácil, ni mucho menos. Pero habían salido adelante y eso daba esperanzas a Cara.

También había aprendido más sobre Tariq de lo que había sacado de su estancia en Ma'in y de una semana en su compañía. Las mujeres describían a un hombre que había tenido una vida difícil casado con una mujer que no le correspondía en absoluto. Había sido muy instructivo lo que Anna y Lucy *no habían* dicho sobre su esposa, que había muerto trágicamente joven. Ambas eran demasiado amables para hablar mal de los muertos, pero era evidente que el matrimonio se

había concertado pensando sólo en la política, no en la felicidad de Tariq.

Y había conocido a todos sus hijos. Todos se conocían bien y se trataban como hermanos, aunque no lo fueran. Pero, obviamente, eran lo más parecido. A los tres países, relativamente pequeños, les interesaba colaborar estrechamente, por lo que se veían a menudo.

Anna miró el reloj. “¡Niños!”, llamó con su meloso acento americano. “Hora de dormir”.

El mayor apareció a su lado. “Pero mamá, seguro que no tengo que ir. Ya no soy un bebé”.

Anna se levantó y abrazó al alto y desgarrado preadolescente. “Siempre serás mi niño, Matta. Pero no, no tienes que irte. Puedes cenar con nosotros esta noche”.

Matta pareció crecer un par de centímetros de alegría cuando asumió el papel de hermano mayor y se aseguró de que el resto de los niños fueran a la cama con sus respectivas enfermeras.

Cara se puso al lado de Anna y siguió su mirada mientras Matta se ocupaba de los otros niños.

“Es un chico guapo. Va a ser alto”.

“Sí. Como su padre”.

Cara sabía por los tabloides que Matta había nacido cuando Anna estaba casada con Abdullah, el hermano de Zahir. También sabía que Abdullah era mucho más bajo que Zahir, pero Anna no dijo nada. Parecía que Cara no era la única con secretos.

Entraron en el comedor y fueron recibidos por los hombres que entraron por la puerta principal.

“¡Señoritas!” La voz del Rey Zahir retumbó.

Los tres hombres eran igual de altos y dominantes, pero había algo en Zahir que resultaba desconcertante. Su tono podía ser de mando, de regaño o de bienvenida, ella no tenía ni idea. Pero Anna sí.

Mientras Matta se reunía con Razeen y Lucy junto a la ventana para contemplar el ejercicio de los halcones, Anna se acercó a Zahir y fue como si se encendiera una luz en su interior: la rodeó con un brazo, la atrajo hacia sí, le levantó la barbilla y la besó. Anna puso una mano en el pecho de él para apartarlo, pero la palma de su mano se convirtió en un apretón al juntar la tela de su túnica con la suya, como si quisiera apretar los dedos contra su carne. El agarre y su rostro repentinamente enrojecido delataron el hecho de que apartarlo era lo último que quería hacer.

Él sonrió, la sonrisa triunfante de un hombre que sabe que tiene toda la atención de su mujer, y le acarició la mejilla, acercó la boca a su oído y le susurró algo. Cualesquiera que fuesen sus palabras, el rubor de Ana se acentuó, inspiró lentamente, como si tratase de serenarse, y Cara se dio media vuelta, horrorizada por el sentimiento de envidia que la consumía. Ni siquiera su marido, que sin duda le había tenido cariño alguna vez, la había mirado así. Pero antes de que pudiera alejarse, alguien le tocó el brazo. Fue un roce demasiado leve para haberla impactado tanto. Miró a Tariq a los ojos. Él inclinó la cabeza hacia los suyos.

“Zahir y Anna siempre han sido incapaces de ocultar la pasión que sienten el uno por el otro”, observó en voz baja. “Puede hacer que uno se sienta un poco incómodo hasta que se acostumbra”.

“No me sentí incómodo. Me sentí...” Se detuvo, dándose cuenta de que los pensamientos que había estado tratando de formar en su mente serían demasiado reveladores.

“¿Qué sentiste?”

Sacudió la cabeza, incapaz de hablar. ¿Cómo podía decirle una verdad tan personal? Y, sin embargo, no podía mentirle.

Aunque no se estaban tocando, ella se sentía más íntima con él allí, en este extraño castillo, con vistas a las amplias llanuras, con los bajos rayos albaricoque del atardecer entrando por las ventanas arqueadas de piedra. “Yo sabría lo que sientes, Cara”. La brisa le arrojó un mechón de pelo a la mejilla. Él lo apartó. “Me gustaría saberlo todo de ti. Porque, cuanto más tiempo paso contigo, más me doy cuenta de que *hay* que saber. Eres engañosa. Hay mucho detrás de esa fachada tranquila y modesta”.

Sacudió la cabeza, tratando de negar sus palabras, al tiempo que se dejaba absorber indefensa por la corriente de su atractivo. Quería lo mismo que Anna, esa pasión que lo consumía todo. Y la sentía cuando Tariq estaba cerca. Tragó saliva. “Sólo soy yo. No creas que hay más de lo que hay”.

Para consternación de ella, él sonrió. “Eso es justo lo que esperaba que dijeras. Entonces, dime, ¿qué pensaste cuando Zahir besó a Anna?”

“Pensé que tenía suerte de tener a alguien que la adora como obviamente lo hace Zahir”.

Asintió con la cabeza. “En efecto. Tal amor es raro en el matrimonio, creo. Raro, pero no imposible. Tal vez signifique que uno debe aceptar lo que siente, aunque encuentre esa pasión en los lugares más inesperados”. Él inclinó su cabeza hacia la de ella y ella contuvo la respiración. “Ven, vamos a reunirnos con Razeen y Lucy. Su amor es igual de fuerte, pero quizá un poco más sociable”.

Ella le siguió hasta la ventana, donde los halcones formaban un espectáculo mágico, planeando en picado en la luz menguante, atrapando los remolinos de viento en lo alto, donde el castillo desaparecía entre las rocas escarpadas, y por una vez en su vida se sintió eufórica, y sintió que estaba en el lugar adecuado, en el momento adecuado, con la persona adecuada.

Cara disfrutó de la velada mucho más de lo que esperaba. Las hermanas y los hijos mayores de Zahir también se unieron a ellos. Aunque el comedor era adecuadamente real e imponente, la compañía era relajada y la conversación fácil, como en una gran familia. A Tariq lo habían colocado frente a Cara y él le explicaba cualquier chiste y se aseguraba de que siempre estuviera incluida en la conversación, cosa que ella agradecía, aunque no le sorprendiera. No había nadie en la cena que requiriera sus habilidades lingüísticas y Cara empezaba a preguntarse si Anna y Lucy no tenían razón. Tariq la había traído como amiga, no como empleada. En ese caso, ¿qué esperaba exactamente de ella? A medida que la velada se acercaba a su fin, supo que lo averiguaría.

Levantó la vista, consciente de repente de que se había perdido en sus propios pensamientos y de que ahora se había producido una pausa en la conversación y la gente la estaba mirando.

“No lo sé”, respondió Tariq a alguna pregunta. “Tendrás que preguntarle a Cara”.

Dio un sorbo a su bebida, pero sus ojos no se apartaban de los de ella, su boca no sonreía.

“¿Tengo que preguntarle a Cara qué?” Sonrió sociablemente a Lucy.

“Le estaba diciendo a Tariq que espero que os veamos más. Deberíais venir a Sitra el mes que viene. Estamos celebrando la apertura de una flota de unidades pediátricas móviles”.

Razeen sonrió a Cara, cuya confusión era evidente. “También resulta ser un aniversario importante en la historia de mi país, pero mi esposa prefiere celebrar los avances en la salud de las mujeres y los niños antes que el número de años que mi familia lleva coronada como gobernante del país”.

“Prefiero hacer algo real, algo que marque la diferencia para la gente”, replicó Lucy.

“Y esa mi amor”-Razeen cogió su mano y la besó, su admiración obvia-“es una de las razones por las que te quiero tanto”.

Lucy negó con la cabeza, pero no pudo evitar una sonrisa. “Hablas muy bien, Razeen”. La sonrisa se convirtió en una carcajada, mientras se volvía una vez más hacia Cara. “De todos modos, habrá celebraciones y sería maravilloso que te unieras a todos nosotros”.

Razeen lanzó una mirada de advertencia a Lucy, pero ésta le ignoró. Parecía que incluso la realeza podía ser dominada por una mujer de carácter fuerte. Sobre todo si el rey en cuestión estaba perdidamente enamorado de ella.

“I...” Ella no sabía cómo responder. Todos le estaban dando el papel de una amiga mucho más cercana de lo que era para Tariq. Sus mejillas ardían de vergüenza.

“¿Verdad, Tariq?”, presionó Lucy, obviamente acostumbrada a salirse con la suya.

Cara no se atrevía a mirar a Tariq. Pero podía sentir sus ojos sobre ella. “Por supuesto”, dijo. “Cara, será un placer llevarte a Sitra, si puedes venir”. Ella lo miró con las pestañas bajas, mordiéndose el labio, insegura de lo que estaba pasando. “Me gustaría que vinieras”, aclaró Tariq.

“Yo... no estoy seguro. Tengo otros planes. Inglaterra, para terminar algunos asuntos de negocios, y luego me voy a Italia “.

“¿Tienes asuntos urgentes allí?” Preguntó Lucy.

“Bueno, no. Pero...”

“Depende de ti, Cara”. La voz de Tariq era suave y persuasiva. “Pero me sentiría honrado si fueras mi invitada en palacio y viajaras a Sitra”.

Se encontró a sí misma asintiendo, a pesar de la insistente voz en su interior que le decía que tenía que mantenerse alejada de él. Una parte de ella cortó esa voz de sentido y se oyó a sí misma decir “sí”. Había algo totalmente irresistible en él.

“Bien”, dijo.

“Entonces está decidido”, dijo Lucy triunfante.

“¿Has vuelto a hacer travesuras?”, llamó Anna desde el otro extremo de la mesa.

La cena había terminado y Lucy se levantó. “Sólo hago del mundo un lugar más feliz, Anna. Ya me conoces”.

Cara también se levantó y se excusó. Fue al baño y se echó agua fría en la cara, mirando unos ojos brillantes y excitados. Apenas se reconocía. Sólo de pensar en Tariq se le revolvía el estómago y se le derretía de deseo. ¿Era simple lujuria o algo más? No lo sabía. Siempre había dicho que nunca podría confiar en otro hombre, pero cada día que conocía a Tariq, confiaba más y más en él.

Se deslizó sigilosamente por el vestíbulo y estaba a punto de salir al patio exterior del comedor cuando oyó voces. Se detuvo detrás de un biombo.

“Te gusta, ¿verdad?”, oyó que Lucy le preguntaba a Tariq.

“Métete en tus asuntos, Lucy”, intervino Razeen.

“Cara ha intentado decirnos que está aquí como traductora, pero para ti es más que eso, ¿no?”. Lucy no se dejó intimidar. “Te gusta”.

“Lucy, estás siendo grosera.”

“No, no lo soy. Tariq es como el hermano mayor que nunca tuve. Sabes que no debes ofenderte, ¿eh, Tariq?”

Tariq suspiró. “Lucy, eres incorregible. Y dudo que alguna vez me ofenda por lo que dices, porque eres una de las personas más amables que conozco, *okhti*”.

“¡Ya ves!” Lucy le dijo a Razeen. “No le importa, me llama su hermana, me *entiende*. Sólo me gusta que la gente sea feliz. Sólo quiero que *Tariq sea* feliz. Ha sido infeliz durante demasiado tiempo”.

“¡No lo he hecho!”

“Y Cara te hace feliz, ¿verdad?” Lucy continuó, ignorando la respuesta de Tariq.

Hubo una pausa y Cara se esforzó por oír la respuesta de Tariq. Entonces llegó, baja y resonante. “Sí. Sí, lo hace”.

Cara dio un paso atrás, necesitaba estar sola, necesitaba procesar lo que acababa de oír. Se alejó, de vuelta al comedor. Pero cualquier idea de estar sola se vio frustrada por la presencia de Razeen, que había vuelto para recoger algo para Lucy.

“Cara, parece como si hubieras visto un fantasma. ¿Está todo bien?”

Ella asintió. “Sí, lo siento, estoy cansada, supongo. Ha sido un día largo”.

“Y estoy seguro de que las torpes, pero bienintencionadas habilidades de casamentera de mi mujer no han ayudado. Lo siento”. Hizo una pausa. “¿Por qué no retirarse antes?”

“No quiero parecer grosero”.

“No lo haréis. A pesar de ser los llamados ‘Reyes del Desierto’, somos un grupo comprensivo”.

Caminaron de vuelta al patio donde Razeen evitó a Cara cualquier dificultad. “Le dije a Cara que debería irse a la cama, parece agotada”.

Anna y Lucy miraron ansiosas a Cara. “¿Estás bien?”

“Sí, sólo cansado”.

“Claro”, dijo Anna. “Mira, tienes que volver a visitarnos. Mañana salimos todos temprano, así que esta vez no volveremos a verte. Pero no seas un extraño”.

Cara sonrió, preguntándose cómo podría visitar casualmente al Rey y la Reina de Qawaran. “Eso sería encantador”.

“Te mostraré tu habitación”.

Pero antes de que pudieran irse, Tariq se adelantó. “Le mostraré. Su habitación está en la misma ala que la mía”.

Cara no podía protestar porque sabía que necesitaba que alguien se lo enseñara. El palacio era enorme y no tenía ni idea de cómo volver a su habitación. Necesitaba la ayuda de alguien. Hubiera preferido que fuera cualquiera menos Tariq.

Si había alguna duda sobre los motivos de Tariq, nadie fue tan grosero como para revelarla ni en su expresión ni en lo que dijeron al retomar sus conversaciones tras despedirse de Cara.

“¿De verdad estás bien, Cara?” Preguntó Tariq.

“Sí, sólo cansada. Mañana estaré bien”.

“Entonces ven, te mostraré el camino”.

Era como si Cara hubiera retrocedido en el tiempo. Los antiguos pasillos, con sus elevados arcos y sus desgastados caminos de piedra, debían de ser exactamente como eran en la época medieval. Algunas partes del palacio seguían sin electricidad. Y, cuando caminaban por esos pasillos, las antorchas iluminaban el camino, clavadas en candelabros, lanzando su luz con la brisa nocturna. Era mágico. Y caminar junto a aquel hombre, cuyas palabras a Lucy aún permanecían en la mente de Cara, la hacían sentir aún más irreal.

Dejó de caminar. “Cara”. Habló en voz baja, pero su voz resonó en el gran espacio.

Dejó de caminar y se volvió hacia él, con todos los sentidos en vilo.

“Buenas noches”. Él se apartó e instintivamente ella dio un paso hacia él.

“¿Te vas?”, preguntó antes de poder contenerse.

Sonrió y abrió una puerta. “Su habitación está aquí. Gracias por venir conmigo esta noche. Sé que no tiene mucho sentido para ti, pero me alegro de que hayas venido”.

“¿Por qué?”

“Es tan raro que pueda estar con alguien en quien confío instintiva y absolutamente”. Le cogió la

mano y se la besó. “Que duermas bien.” Se dio la vuelta y se marchó.

Entró, cerró la puerta y se apoyó en ella. Sujetó la mano que él le había besado, sintiendo aún el roce de sus labios contra su piel.

Tuvo que contarle lo de la estatua. Dijo que confiaba en ella. ¿Pero qué era más importante? ¿Que aplacara su sentimiento de culpa y le dijera la verdad, en cuyo caso él no querría volver a verla, o que siguiera engañándole para que creyera una versión falsa de sí misma?

A PESAR DEL LUJOSO ENTORNO, Cara no paró de dar vueltas en la cama en toda la noche. Finalmente se despertó por la mañana temprano y, con absoluta claridad, supo lo que iba a hacer. Se lo diría.

Estaba despierta antes del amanecer, después de haber oído a Anna y Lucy y a sus familias salir del palacio, rumbo a la boda beduina. Impulsivamente, se puso un vestido que había sido de su madre y que siempre había pensado ponerse, pero nunca lo había hecho. Era un vestido del color del amanecer, a un millón de kilómetros de su ropa tranquila habitual. Pero esta mañana necesitaba valor. Cuando se aventuró a entrar en palacio, no había nadie más que los criados. Le dijeron que el rey Tariq estaba en la biblioteca de invitados.

Siguió las indicaciones hacia la biblioteca -si ésta era la biblioteca de invitados, la principal debía de ser enorme-, pero estaba vacía. Echó un vistazo a la habitación. Su portátil y sus papeles yacían sobre el escritorio, junto con una taza de café a medio beber. Se sintió atraída por las puertas abiertas, más allá de las cuales, entre las palmeras y otras zonas verdes, había una mancha de azul intenso, sin duda otra fuente. Tal vez él también se había sentido tentado a entrar en el jardín por el relajante sonido del agua y la fragancia de las flores.

Recorrió el sendero que descendía por los jardines privados. Una cálida brisa soplaba entre las palmeras hasta que la mancha azul se reveló como una piscina, sombreada y acogedora bajo una pérgola, alimentada por el agua que descendía de la montaña, a través de arroyos y fuentes, hasta la piscina y más allá.

La piscina estaba ondulada, las suaves olas formaban una “V”, pero no había rastro de la persona que acababa de salir de la piscina. Estaba a punto de darse la vuelta cuando oyó la música. Los elegantes acordes del Adagio en mi para violín de Mozart flotaban en el aire, transportándola a su infancia. Sonrió y, sin saber apenas lo que hacía, encontró la fuente de la música en una casa de verano donde se guardaba lo esencial para la piscina. Se acercó al altavoz con el teléfono conectado y pulsó la pantalla, comprobando el nombre del violinista. Era su madre.

Se apoyó contra la pared, sintiéndose débil de repente, y cerró los ojos. La música se elevó y barrió el aire cálido, penetrando en sus defensas. No se lo esperaba, nunca había escuchado la música de su madre desde su muerte. Dios sabe cómo había conseguido evitarla, pero lo había hecho. Y aquí, a kilómetros de cualquier lugar bajo el cálido cielo del desierto, le llegó, clavándole el dolor de su pérdida en lo más profundo del corazón.

Con los ojos cerrados, podía ver el balanceo y el empuje del brazo de su madre moviendo el arco

contra las cuerdas con la sensibilidad que siempre había demostrado con Cara. Podía sentir la forma en que la mano de su madre le había acariciado la mejilla después de darle el beso de buenas noches, cada noche que su madre había estado viva. Sólo había sobrevivido a su padre unas semanas. Ahogamiento accidental, había dicho la policía. Y eso era lo que Cara quería creer. Pero, en el fondo, sabía que no había sido un accidente. Su madre simplemente no había querido seguir viviendo sin su marido.

No supo cuánto tiempo estuvo allí de pie, débil, contra la pared, con las lágrimas recorriendo las mejillas calientes desde debajo de los ojos apretados, pero el largo trozo acabó por llegar a su fin.

La realidad del mundo que la rodeaba volvió a filtrarse lentamente en su conciencia. El ruido de las palmeras que rodeaban la piscina, la ligera brisa que movía las cortinas de gasa sobre el suelo de baldosas. Y algo más... Se secó los ojos con las palmas de las manos y se dio la vuelta para marcharse. Pero alguien se acercaba. Apenas había llegado a la puerta cuando él habló.

“¡Cara! ¿Has venido a nadar?”

No se dio la vuelta inmediatamente, sabiendo que la pena era aún demasiado evidente en sus ojos, las lágrimas aún frescas en su rostro. “No, no nado. No me gusta el agua. Me habré equivocado de camino”.

“¿Me buscabas, creo?”

Su voz era suave, tan suave que revolvió el cuchillo en la herida que había abierto escuchar el violín de su madre. No pudo evitar que un sollozo le recorriera el cuerpo y se le escapó de la boca en un jadeo. Se tapó la boca con la mano, pero ya era demasiado tarde.

Inmediatamente estuvo a su lado. “¿Qué pasa? ¿Qué pasa?”

Había preocupación en su voz y eso sólo empeoró las cosas. Inclino la cabeza y se enjugó los ojos con las manos. Miró al techo y quiso que las lágrimas se detuvieran. Volvió a sacudir la cabeza. “Nada”, susurró.

“Date la vuelta.”

Era jeque, era Rey y no estaba acostumbrado a que le rechazaran una orden. Y una parte de ella quería consuelo y no podía negarse. Se dio la vuelta. Frunció el ceño y le levantó la barbilla mientras la miraba a los ojos.

“Estás llorando. ¿Estás herida?” Sus ojos ardieron de repente. “¿Alguien te ha hecho daño?”

Sacudió la cabeza, confundida. Sus ojos contenían una oscura furia. “No. Ella volvió a negar con la cabeza. “No”, esta vez con más firmeza.

“Entonces, ¿qué te ha hecho llorar?”

“Algo personal. No puedo explicarlo”.

“Ven, toma asiento. ¿Bebe?”

Una vez más, no pensó en no obedecer. De algún modo, imaginó que sería igual de autoritario aunque no fuera el rey. Se sentó en el sofá y vio cómo él se dirigía al mueble de las bebidas y les servía agua con gas. Sólo llevaba un bañador y su cuerpo ancho y musculoso se mostraba en todo

su esplendor. Un hilo de agua cayó de repente de su pelo y serpenteó por la oscura piel de su espalda antes de ser absorbido por el bañador, un bañador que se amoldaba a su cuerpo.

Ella tragó saliva y apartó la mirada. Él se volvió y le acercó las bebidas. La distracción de su cuerpo semidesnudo la había ayudado a recuperarse más rápidamente que cualquier otra cosa.

Puso las bebidas sobre la mesa y se sentó frente a ella. “Ahora cuéntame qué ha pasado. No eres el tipo de mujer que se alteraría por trivialidades”.

Ella enarcó las cejas involuntariamente. Había dado en el clavo. Ella no era sentimental. Siempre se esforzaba por *no* sentir. La música era una de las pocas cosas que atajaba sus mecanismos de defensa. Pero, por muy perspicaz que fuera él, por muy poderoso que fuera, ella no era uno de sus súbditos, no iba a abrirse a él simplemente porque él se lo exigiera.

Bebió un sorbo de agua y se aclaró la garganta. “Estoy bien, de verdad. Sólo fue un recuerdo tonto que me alteró por un momento”.

Su ceño se frunció. “¿Así que no pasó nada que te molestara?”

Ella se encogió de hombros, una sonrisa se deslizó en sus labios. “No, no me enfado fácilmente”.

“¿Ah, sí?” Una sonrisa se dibujó en sus labios. “¿Eres demasiado duro, tal vez?”

Soltó una breve carcajada y dio un sorbo a su bebida.

Se sentó, mirándola pensativo. “No, sé que no lo eres”.

Levantó la vista y se encontró con sus ojos clavados en los suyos. “No me conoces”.

“No necesito oír a la gente decir que son una cosa u otra para creer o no creer. Puedo verlo en sus ojos, cómo se mueve su cuerpo, lo que *no* dicen tanto como lo que dicen”. Frunció los labios y dio un trago a su bebida, antes de volver a mirarla. “No, no eres dura. Lo que *eres* es inteligente y fuerte. Sabes quién eres y no dejas que las opiniones ignorantes y desinformadas de los demás te afecten”.

Parpadeó ante la exactitud de su afirmación. Luego frunció el ceño, confusa, tanto por sus palabras como por el hecho de que hubiera pensado en ella. Abrió la boca para hablar, pero se dio cuenta de que las palabras se habían evaporado en el aire.

Sonrió brevemente, frunciendo ahora el ceño, y se sentó. “¿Qué es lo que te hace llorar?”. Ella miró la música y él siguió sus ojos. “Dejé la música puesta. Ahora está apagada. ¿La has apagado?”

Ella asintió, una bolita dura empezó a formarse en su pecho al pensar una vez más en la música de su madre. El silencio se alargó entre ellos. Se tragó la bolita dura y se volvió hacia él con una luminosidad que no sentía. Él sabría que era falso, pero era lo mejor que podía hacer. “Mi madre. Era músico. Era su música la que estabas tocando”.

Si no le hubiera estado mirando a los ojos, nunca habría creído que una expresión pudiera cambiar tan deprisa. En un momento sus ojos habían sido dominantes, penetrantes, intensos. Pero en el segundo que tarda una tarde desierta en convertirse en una oscuridad llena de misterio y magia, sus ojos se oscurecieron, se fundieron con una emoción que ella no había visto antes en

él. “Tu madre...”, dijo en voz baja, asintiendo. “¿Ha fallecido?”

Ella asintió, incapaz de hablar.

Le sostuvo la mirada durante unos largos instantes, el chocolate fundente de sus ojos acariciándola y reconfortándola a pesar de que estaban sentados separados. Luego se levantó y se acercó a la música. Pinchó la pantalla y leyó la lista. “Joanna Devlin, la violinista. Ella es... *era* una música dotada. Ahora lo entiendo”.

Ella lo miró y se dio cuenta de que él sí comprendía. No tenía que pronunciar palabras de consuelo ni lugares comunes para comunicarle su simpatía y comprensión. Estaba en sus modales, en sus ojos, en la innegable conexión que compartían.

“¿Y has heredado los dones de tu madre?”

“No. No toco ningún instrumento”.

“Tienes tus idiomas y tu voz, Cara. Haces magia con tu voz”.

Se apartó. Se estaba volviendo demasiado intenso. Tenía que irse.

“Lo siento, me he entrometido. Debería irme”.

“Espera”. Le puso la mano ligeramente en el brazo, pero sintió como si no pudiera moverse a menos que él la levantara. “Viniste aquí por una razón, Cara”. El sonido de su nombre en sus labios se deslizó sobre su lengua como una caricia. “¿Por qué? ¿Por qué viniste aquí?”

Debería decírselo. Decírselo ahora. Decirle que le había traicionado a él y a su país, al no interrogar a su marido sobre sus actividades, al permitirle pleno acceso a sus archivos de investigación y a los de su padre. Sabía que algo estaba pasando, pero no quería estar segura.

Pero la mano de Tariq seguía apoyada en su brazo y la oleada de sangre que recorrió sus venas la hizo sentirse más viva de lo que jamás se había sentido. Tal vez no necesitara decírselo todavía. Además, tenía que volver a la ciudad y él era su único camino. Si se lo decía, no volvería a dirigirle la palabra. Si no se lo decía, podría disfrutar de su compañía durante los últimos días de su contrato y luego volver a la ciudad y devolverle la estatua.

Era un plan que su cuerpo estaba deseando que aceptara.

“¿Algo urgente que decirme?” Sonrió como si estuviera seguro de que ella no. Si él lo supiera. Si ella pudiera decírselo. “Estás callada, Cara. He estado matando el tiempo, nadando, intentando sacarte de mi mente. Esperando hasta el desayuno, cuando podría verte razonablemente de nuevo”.

Tragó saliva, sin atreverse a creer lo que estaba oyendo.

“¿Sientes lo mismo que yo?” Le apartó el pelo. “Dímelo ahora, si no es así, y retiraré mi mano de tu brazo. Dímelo rápido”, susurró mientras acercaba su cabeza a la de ella, “para no equivocarme”.

Aspiró de repente, mientras su cercanía inundaba sus sentidos con su olor, su presencia, sus ojos, sus labios, tan cerca de los suyos. Pero tampoco quería equivocarse. “No sé lo que sientes, así que ¿cómo puedo decir si es lo mismo?”.

Le levantó un mechón de pelo y sus ojos recorrieron la ondulación entre las yemas de sus dedos. “Tan cautelosa. Bueno, no lo seré. Cada hora de cada día que he estado contigo, te has ido revelando ante mí, poco a poco, como si tu brillo fuera demasiado abrumador para revelarlo de golpe. Nunca había sentido tantas ganas de estar con alguien. Cuanto más sé de ti, más quiero saber. Pienso en ti por la noche, antes de dormir, y vuelvo a pensar en ti cuando me despierto. Y luego están mis sueños. Cara, quiero hacer el amor contigo, pero sólo si estás segura, porque no puedo prometerte nada más allá de ahora. Mis relaciones son, por necesidad, breves y casuales. Quiero que mis hijos se críen correctamente, sin ningún susurro de escándalo. No puede haber más futuro que el que tenemos en el presente”.

Asintió con la cabeza, con la garganta demasiado contraída para decir nada. La respiración se le entrecortaba y los ojos se le humedecían de emoción. Él frunció el ceño como si no estuviera seguro de lo que quería decir. Ella volvió a asentir con más fuerza. “Sí”, consiguió susurrar. “Sí, te deseo. Y sólo por ahora también me vale”.

Ella podría tenerlo todo. *A él. Ahora.* Y luego, decirle la verdad cuando él ya no la quisiera.

La cogió de la mano y volvieron sobre sus pasos hacia el palacio. Pero esta vez se dirigieron a la suite de Tariq.

FRENTE A SU PUERTA, se detuvo, la acercó a él y le miró a la cara. “¿Estás segura de esto?”

Ella asintió. No podía hacer otra cosa que asentir. La forma en que él la miraba, la forma en que sus manos se deslizaban por su pelo, sus pulgares rozando sus mejillas con tanta ternura, a pesar de la necesidad que ella podía sentir en su cuerpo. La abrazaba como si la apreciara más allá de todo, y en ese momento ella se *sintió* la mujer más especial del mundo. Si tenía algún otro pensamiento o duda, *esa* sensación los disipaba. Puede que no fuera lógico, puede que fuera estúpido, pero no podía resistirse a él como no puede resistirse a que rompa una ola.

Le besó la palma de la mano, disfrutó de la emoción de sus labios junto a su piel durante un largo instante, antes de levantarle la mirada. Su ceño se fruncía cada segundo que pasaba sin que ella respondiera. Sintió un pequeño salto de alegría en su interior ante su inseguridad. “Sí, muy seguro”.

Cerró los ojos brevemente antes de agarrarla de la mano y tirar de ella hacia la habitación. La estancia era tan impresionante como el resto del palacio, con una zona de asientos dispuesta cerca de unas puertas abiertas que daban a un jardín privado. Pero sus ojos no se detuvieron en las galas de la estancia; su atención se dirigió a la habitación contigua, donde el movimiento de una cortina con la suave brisa captó su atención. La cortina caía del montante de una cama de matrimonio.

De repente, Tariq parecía inseguro. En cierto modo, si hubiera estado muy seguro de sí mismo, pensó que probablemente habría huido. Pero al mirarlo, tan extrañamente inseguro, se derritió un poco más.

“¿Quieres tomar algo?” Se apartó de ella. Como si quisiera darle espacio para pensar. Pero pensar era lo último que ella quería hacer.

Ella negó con la cabeza. “No. Se acercó a él y se quedó demasiado cerca, notando el repentino aleteo de sus fosas nasales y el oscurecimiento de sus ojos cuando la confusión volvió a dar paso a la lujuria. Levantó las manos y las colocó tentativamente sobre su pecho desnudo, acariciando sus músculos con las palmas, rozando el vello enjuto. Observó cómo sus manos se movían descaradamente sobre su piel y lo miró de repente. Tenía los ojos oscuros y el pecho bajo sus dedos subía y bajaba con creciente necesidad. “No, no quiero una copa. Es *a ti a* quien quiero”.

Bajó la cabeza y entrecerró los ojos para mirarla fijamente. Le rodeó la espalda con las manos y la estrechó contra él. Podía sentir cada centímetro de su cuerpo, desde el pecho hasta los pechos

de ella, pasando por el vientre y los glúteos de él. Era como si le estuviera mostrando lo que iba a ocurrir, dándole otra oportunidad de escapar. Apenas podía creer su humildad, su reticencia a quitarle nada a alguien. Él, un rey que podía tener cualquier cosa en cualquier momento, se negaba a *tomar* sin permiso.

Se retorció aún más y se apretó contra él, demostrándole con sus movimientos que *eso* era lo que quería. Le acarició la espalda con los dedos, queriendo sentir toda su piel posible. Pero él no hizo ademán de besarla. Ella levantó la cabeza, acercó los labios a los de él y sus manos bajaron por la espalda de él, rozando con los dedos la curva de su trasero. Un temblor recorrió su cuerpo que sólo se detuvo cuando él apretó sus labios contra los de ella.

Su beso fue suave al principio, sus labios se movían sobre los de ella como una caricia, persuadiendo, explorando y, finalmente, exigiendo. Él la deseaba y ella no quería otra cosa que entregarse a él. Todo su mundo se concentraba en ese único punto de conexión. Y cuando él separó los labios, ella deslizó la lengua en su boca y sintió el gemido de él subiendo por su cuerpo y entrando en su boca, creando una oleada de sensaciones en lo más profundo de su ser.

Su cuerpo se movía con una despreocupación que nunca antes había experimentado. Todo lo que hacía, desde las manos que le subían por la espalda, le rodeaban el cuello y le empujaban el pelo, hasta las caderas que se contoneaban contra su erección, era recompensado con una respuesta inmediata por parte de él. Sintió su poder por primera vez y se deleitó en él.

Cuando se separaron, ambos jadeaban.

“Tariq, te necesito. *Ahora.*”

La cogió de la mano y tiró de ella hacia el dormitorio. “Me tendrás, *habibi*, pero primero te tendré a ti. Ven”. Deshizo lentamente el lazo que sujetaba el vestido y se lo quitó de los hombros. Se quedó en bragas y sujetador. Temblaba. “¿Tienes frío?”

Ella negó con la cabeza. “No, tengo calor”.

Asintió con los ojos entrecerrados mientras miraba su cuerpo. Cara no necesitó mirar hacia abajo para darse cuenta de que sus pezones estaban apretados y eran visibles a través de su sujetador transparente. Y le sorprendió que no se sintiera incómoda delante de él casi desnuda. Sabía que, sin ropa, su cuerpo cobraba todo su esplendor. Las curvas de su pequeño cuerpo, tan fáciles de ocultar por la ropa, eran ahora visibles para él.

“Eres tan hermosa”.

Cerró los ojos ante la poderosa sensación que le provocaron sus palabras. Por primera vez en su vida se *sintió* hermosa. Por primera vez en su vida, se sintió *viva*.

Su aprecio la hizo sentirse audaz, abrió los ojos y se encontró con su mirada mientras se desabrochaba el sujetador y lo dejaba resbalar por sus brazos. Él bajó la mirada hacia sus pechos y ella jadeó ligeramente cuando le rozó los pezones con las yemas de los dedos. Luego retiró las manos y la miró a los ojos. Lo que vio allí provocó un cambio en él.

Deslizó ambas manos por debajo de su trasero y la levantó, besándola mientras lo hacía. Ella lo rodeó con las piernas, sintiendo la pesadez de su erección presionando la entrepierna húmeda de sus bragas. Con la lengua de él invadiendo su boca, se movió contra él una y otra vez,

mostrándole descaradamente lo que quería. Nunca lo había hecho, nunca había deseado tanto a nadie.

La acercó a la cama y la tumbó suavemente. Le bajó las bragas y le pasó las manos por detrás de las pantorrillas, las rodillas y los muslos.

Ella gritó y se agarró a sus hombros mientras él la besaba íntimamente. Con la lengua, recorrió el lugar húmedo donde ella quería que estuviera.

“Estás muy mojada, *habibi*. Para *mí*”.

Se agarró a su cabeza, deseando que levantara la boca y la besara. Pero cuando su boca se apoderó de ella una vez más, y su lengua se acercó por primera vez al punto en el que se unían todas sus sensaciones, sintió las primeras ondulaciones que hasta entonces le habían sido esquivas. Sus manos le sujetaron.

Nunca antes nadie le había hecho algo así, y nunca antes había experimentado sensaciones semejantes. La tensión se acumulaba en su interior y ella jadeaba una y otra vez, sus dedos se clavaban en el cuero cabelludo de él, su cuerpo se movía ligeramente para permitirle un mejor acceso. Y él lo aprovechó al máximo.

Las sensaciones se intensificaron y ella abrió los ojos de par en par y gritó mientras el éxtasis la inundaba. Con el cuerpo aún tambaleante por la explosión de sensaciones, ella soltó el agarre de su cabeza y él levantó los ojos hacia los suyos, con una expresión de satisfacción en la mirada.

Poco a poco fue subiendo por su cuerpo, besándole el vientre y luego cada pecho antes de levantarse. Se quitó los calzoncillos y ella no pudo apartar los ojos de él. Su erección era gruesa y larga, y a ella se le salivó la boca al verla, lo deseaba tanto. Se sentó en la cama y metió las piernas debajo de ella mientras él se acercaba. Quería corresponderle, quería darle lo que él acababa de darle a ella.

El primer lametón tentativo fue recompensado con un gemido, un apretón de las manos de él en los hombros de ella mientras echaba la cabeza hacia atrás y ella movía la lengua a lo largo de su longitud, siguiendo la exploración de sus dedos, consciente de la tensión en cada músculo de su cuerpo.

Se apartó, asombrada de su atrevimiento. Nunca había hecho algo así. Su marido había sido la única persona con la que se había acostado, y el sexo siempre había sido breve, directo y no del todo satisfactorio para ella. Que existiera un mundo de sensaciones, como el que Tariq le estaba mostrando, era una revelación. Y quería saber hasta dónde llegaba ese mundo.

Despacio y sin pausa, deslizó la boca sobre la longitud del pene, hasta el fondo. Sus caderas se flexionaron al introducirse un poco más antes de apartarse.

“*Habibi*, quiero verte.”

Le cogió la mano y ella se levantó para mirarle.

“Aquí estoy”, susurró. “¿Qué es lo que quieres ver?”

“Tu cara, cuando te hago el amor. La he visto cambiar con cada emoción que pasa: cuando estás enfadada, cuando eres testaruda, cuando estás confusa, pensativa, todas estas cosas se revelan en

tu expresión. Nunca he visto una cara tan expresiva. Me gustaría observarlo ahora, ver qué me dice mientras entro en ti”.

Ella se estremeció de deseo reprimido y asintió. Él se inclinó y cogió un preservativo de la mesilla de noche. Sonrió. “Un anfitrión atento”.

“O anfitriona”, dijo Cara, pensando en la perspicacia de Anna. Pero el pensamiento rompió el hechizo que sus cuerpos habían lanzado. Se acercó a ella y se colocó el preservativo mientras ella se retorció en la cama.

Notó su reacción al instante. “¿Qué pasa?” Le tendió la mano.

Se detendría, incluso ahora, si ella quisiera. Ella lo sabía. Confiaba en él. Sólo la verdad bastaría. “Es sólo que no puedo creer que estoy aquí, contigo. Nunca hago cosas como esta”.

Su rostro se relajó. “Sé que no”. Ella entrelazó sus dedos con los de él y él enroscó su mano sobre la de ella. “Y si no deseas continuar, debes decírmelo ahora”.

Se llevó los puños unidos a los labios y lo besó, cerrando los ojos mientras las exigencias de su cuerpo reclamaban atención. No podía negárselas como no podía negarse a beber agua cuando tenía sed. Asintió y abrió los ojos. “Te deseo”.

Era todo lo que necesitaba decir. La estrechó entre sus brazos y la estrechó contra su cuerpo, moviéndose con una deliberación y una urgencia que ella sabía que no disminuirían. Ya no había vuelta atrás. Y ella no quería.

Ella rodeó sus caderas con las piernas y, mientras él la estrechaba, sin apartar la mirada de la suya, la penetró con fuerza y se deslizó hasta el fondo. Ella jadeó cuando él la llenó por completo, encontró su centro y su cuerpo se derritió a su alrededor.

Él se apartó ligeramente al salir de ella, con los ojos entrecerrados, observando sus reacciones mientras volvía a penetrarla. Ella gritó ante la oleada de sensaciones. Luego volvió a retirarse lentamente. Abrió la boca para hablar, pero él le tocó los labios con un dedo y negó con la cabeza antes de volver a penetrarla. Esta vez las sensaciones fueron aún más intensas, llevándola al borde del orgasmo.

Sintió que estaba cerca, se retiró y volvió a penetrarla, repetidamente, cada vez más cerca de donde quería estar. Un poco más, un poco más, como si subiera una escalera, cada empujón la llevaba a otro nivel, un peldaño más, acercándola a la cima, a un lugar donde podía ser libre; al lugar donde podía saltar a un olvido que también era una libertad que sólo él podía darle. Tenía la llave de su felicidad con su cuerpo y lo sabía. Ella lo sentía en cada fibra de su ser. Ella era suya. Y una vez más, él se retiró y empujó y ella se corrió en una explosión de luz.

Su intensa mirada sólo disminuyó cuando ella lo miró, con los ojos muy abiertos, conmovida por las sensaciones que la habían atravesado, cuyos ecos aún perduraban. Sólo entonces una leve sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios, que él posó sobre los de ella mientras seguía penetrándola. Ella se movió contra su duro cuerpo, consciente de la respiración entrecortada de él contra su boca, mientras movía las caderas, las manos y flexionaba los músculos de su interior, tratando de sacudir el control de él. Y lo consiguió, rompiendo su control y el de él, simultánea y estrepitosamente.

Rodó hacia un lado -aún sosteniéndola, acunándola entre sus brazos- y le besó el pelo. “Cara, eso fue increíble. Eres increíble”.

Le acarició el costado de la cadera mientras recuperaba el aliento, recorriendo los fuertes músculos del estómago, el pecho y los hombros. Se detuvo allí. Había algo en sus hombros, tan anchos, tan fuertes. Eran los hombros de un rey, capaces de soportar una carga más pesada de lo que la mayoría de la gente podría soportar. Pensó que nunca olvidaría ese momento. Podía ver la profundidad de su personalidad en todo lo que le rodeaba, desde la forma en que la abrazaba hasta la expresión de sus ojos. La luz del sol no penetraba en las sombrías habitaciones y, sin embargo, sintió que podía ver con más claridad que nunca. Él la había despertado de un sueño autoimpuesto en el que había sido inmune a todo, protegida sí, pero tanto de lo malo como de lo bueno. Había derribado las barreras que ella había erigido entre el mundo y ella, y le había devuelto la vida.

“Y tú también”, murmuró. Sintió que se ahogaba. Bajó los párpados y se concentró en los dedos que exploraban sus hombros y su pecho, esperando que él no se diera cuenta.

“¿Cara?” Bajó la cabeza para mirarla a los ojos, pero ella desvió la mirada. Le levantó la cara con la mano. “¿Qué te pasa? Su dedo recorrió una de las lágrimas de su mejilla. “¿Te he hecho daño?

Parecía tan preocupado que ella no pudo evitar sonreír entre lágrimas. Sacudió la cabeza y respiró entrecortadamente, tratando de secarse las lágrimas. “No. Es que...”

“¿Qué? ¿No te arrepientes?”

“No, claro que no. ¿Cómo podría? Fue maravilloso. Más maravilloso de lo que creía posible”.

“¿Nunca te habías sentido así? Nunca has...”

Comprendió su pregunta inacabada. Sacudió la cabeza. “Nunca antes”.

Tiró de ella hacia él. “Entonces debes haber elegido mal a tus novios”.

“Novio”, repitió queriendo decírselo. Ahora. “Sólo uno. Se convirtió en...”

“Calla”. Le puso el dedo en los labios. “No quiero oír hablar más de un hombre que no pudo satisfacer a su mujer. Ahora estás conmigo”. Volvió a introducirse en su interior y una oleada de placer recorrió su cuerpo, que respondió inmediatamente a la estimulación. “Te daré placer una y otra vez hasta que me digas que pare”.

“¿Y qué?”, dijo ella, deslizándose hasta quedar encima de él, “¿si te doy placer? ¿Si tomo el control?”

Él se recostó, con las manos en las caderas de ella, mientras ella subía y bajaba encima de él. “Haz lo que quieras, *habibi*”.

Y lo hizo.

Tariq no sabía cuánto tiempo había permanecido junto a la ventana abierta, observando alternativamente a Cara dormir bajo la luz de una vela parpadeante, y viendo cómo la luz del

alba se fortalecía sobre las montañas.

Un día de hacer el amor se había convertido en noche, que poco a poco se transformaba en amanecer. Los párpados de Cara se abrieron y él pudo ver cómo la breve confusión se convertía en reconocimiento.

“¡Tariq!” La feliz sorpresa en su tono y su sonrisa se convirtieron en un breve fruncimiento de ceño. Sus propios recelos debían de ser evidentes en su rostro. Ella se levantó y sus pensamientos huyeron mientras él se deleitaba con las curvas perfectas de su cuerpo. Deslizó el vestido naranja que había llevado la noche anterior sobre su desnudez y le cogió la mano.

“Deberías llevar colores así más a menudo: naranja, rojo, amarillo... los colores del sol. Te escondes demasiado”.

“Lo prefiero así. Pero, ¿por qué te has levantado tan temprano? ¿De qué se trata?”

Le tendió la mano. “He estado temiendo la llegada del sol, *habibi*”. La estrechó contra sí, aspiró su perfume e inmediatamente se llenó de deseo. “Porque cuando llegue el sol, tendremos que irnos de aquí y continuar nuestras vidas”.

Ella asintió. “Lo sé. Y no pasa nada. No me ofreciste nada más, y tengo mi propia vida que vivir”. Se mordió el labio y esbozó una leve sonrisa repentina, como si ocultara algo. Había tanto que él no sabía de ella; tanto que no tenía derecho a preguntar. “Así es como tiene que ser”.

“Lo es”. Oyó el aumento de entonación que delataba su duda. “Sin embargo, aún no ha salido el sol”, continuó, asegurándose cuidadosamente de ocultar cualquier rastro de sus verdaderos sentimientos. No había lugar en su vida para ellos. “Ven, *habibi*, caminemos afuera”.

Él apartó la cortina de gasa y ella cruzó la puerta, con el cuerpo claramente visible a través de la fina tela del vestido y los pezones asomando al salir al aire fresco de la mañana.

El sol aún no había salido por las montañas y el cielo estaba lleno de nubes grises, con vetas doradas que se intensificaban en naranja y rojo a cada minuto que pasaba.

“¿Nubes de lluvia? Aquí no puede llover. ¿No sabe que es un desierto?”. Ella temblaba.

“Estás temblando”, murmuró antes de besarle el pelo, ahora mojado por las primeras gotas de lluvia. “Y está lloviendo. ¿Quieres volver dentro? Recuerdo que no te gusta la lluvia”.

“Es verdad, no lo sé”.

“¿Por qué? Es vivificante. Es hermoso. Mira”.

Mientras hablaban, los nubarrones se acumulaban y las nubes grises se tornaban de un púrpura oscuro del que empezaban a caer pesadas láminas de lluvia que oscurecían el suelo al instante y los empapaban.

“Aquí llueve diferente”, murmuró. Apoyó la cabeza en su hombro. “Hacía frío, llovía torrencialmente la semana que murió mi padre”.

“Dímelo”.

“Empezó con una tormenta y se cortó la electricidad en varios kilómetros a la redonda. Los

médicos dijeron después que la falta de diálisis no habría cambiado nada. Se estaba muriendo. Llovió constantemente durante semanas después de su muerte. Seguía lloviendo cuando murió mi madre”.

“De ahí tu aversión a la lluvia”.

“No me gustaba”, añadió con énfasis. “Pero ahora es diferente”. Le miró con unos ojos tan confiados que casi le rompieron el corazón. Se puso de puntillas y le besó, antes de volver a balancearse sobre los talones. “Parece que muchas cosas han cambiado esta mañana”.

No preguntó qué había cambiado. Porque le resultaba aún más difícil soportar lo que le estaba haciendo. Necesitaba moverse. Tiró de su mano y caminaron bajo las imponentes palmeras, cuyas enormes hojas se agitaban bajo la lluvia. Se unía al agua que fluía de los manantiales naturales de las montañas a lo largo de los canales y arroyos que la llevaban más abajo para regar los jardines y fuentes de otros jardines secretos que se encontraban dentro de los confines del palacio.

Pronto estaban empapados hasta la piel, cosa que Tariq no podía lamentar. El vestido de Cara se ceñía a ella, revelando sus pechos, su vientre y su cuerpo con tentador detalle. La detuvo y la besó, deseándola allí mismo. Empezó a levantarle el vestido, pero ella se rió y lo detuvo, besándolo con la boca abierta y sensualmente en los labios antes de apartarse.

“Pareces una salvaje mujer sobrenatural surgida del agua para tentarme, para volverme loco”.

Ella echó la cabeza hacia atrás dejando que la lluvia le cayera en la cara. Él le besó el cuello. “Me siento salvaje”.

“¿Qué más sientes?”, murmuró mientras sus labios buscaban el calor de su cuello.

“Es como si pudiera oler cada aroma de las flores, de la tierra seca empapada por la lluvia, de ti...”. Giró la cara para besarle. “Es como si me hubiera despertado de un largo sueño sin sueños, descansada y viva por primera vez en mi vida”.

En su expresión había una mirada tan compleja de inocencia, confianza y sensualidad que Tariq se quedó helado. ¿Qué demonios estaba haciendo?

En ese momento, tan rápido como había llegado, dejó de llover y la nube oscura pasó de largo, dejando a su paso un sol acuoso que se elevaba sobre la cresta de la montaña y un aire cálido. Ambos guardaron silencio mientras observaban cómo los colores cambiaban y volvían a formarse en todos los colores del arco iris.

“Cara, sabes que no puede haber futuro entre nosotros. Soy un hombre solitario, excepto por mis hijos. Después de que mi matrimonio terminara con la muerte de Laiha, juré no volver a casarme”.

“Y no quiero nada más de lo que tenemos ahora, Tariq. Me iré a Inglaterra y luego a Italia la semana que viene y empezaré una nueva vida, lejos de aquí.”

Exhaló su aliento en un suspiro. Por supuesto. “Una nueva vida...”, repitió. “¿Y qué es lo que pretendes hacer allí, Cara?”

Ella se recostó contra su pecho, mientras sus brazos la rodeaban. “Traduce. Tengo algunos

trabajos. No son lucrativos, pero me darán lo suficiente para vivir”.

“Si alguna vez necesitas...”

Ella giró en torno a su abrazo, con la cara llena de dolor. “¿Crees que quiero tu dinero?”

Tariq miró su delicado rostro tan lleno de belleza y vida. Nunca había deseado tanto a nadie en su vida. Se sintió como un moribundo buscando el sol, buscando la vida, mientras sus dedos recorrían su mejilla, su mandíbula, sus ojos, brillantes bajo el sol de la mañana. “No, *habibi*, no quiero. Sólo quiero que estés a salvo, eso es todo”.

“Y lo seré”.

Asintió, con tristeza. “Ha salido el sol; deberíamos irnos. Los Aurus no llegarán a la ciudad hasta mañana. Si no estás ocupado, ¿me acompañas al palacio?”.

“Claro. Será encantador”.

Dudó. “Entonces mañana. Nos reuniremos con ellos por la tarde. ¿Estarás allí para esa última reunión?”

Vio en sus ojos la sorpresa de no haber sido requerida antes. Pero la sorpresa era preferible a la consternación que vendría después. Tenía un día para prepararse. No esperaba sentirse tan mal por utilizarla para sus propios fines. No había imaginado que podría volver a sentir algo así por una mujer después de los años de amargura que siguieron a la traición de su esposa.

Se concentró un poco en ella y luego inclinó la cabeza hacia la suya y la besó, con el corazón latiéndole con fuerza. Tenía razón. La vida estaba aquí, en ella. Y estaba sediento de ella, sin importar lo que el día les deparara a ambos.

Le bajó la mano por el brazo y la estrechó entre las suyas. En ese momento pensó que nunca la dejaría marchar y se apartó para poder verla mejor. Podía sentir el latido de su pulso contra su dedo y ver sus ojos oscurecidos, sus labios entreabiertos y suaves, y por primera vez en su vida no sintió nada de lo que ocurría a su alrededor. Se olvidó del mundo, se olvidó de sí mismo y de sus necesidades, se olvidó de su país. Era un hombre, *aquí, ahora*, con la única mujer que quería. No podía decirle nada de eso, pero podía mostrárselo.

Debió de intuir algo de lo que él pensaba, porque cuando tiró de ella de la mano hacia el dormitorio, se acercó de buena gana, como si comprendiera su intención. Y, en cuanto entraron en el dormitorio, ella se volvió hacia él y, con dedos torpes, le desabrochó la ropa, mientras él le arrancaba del cuerpo el vestido mojado, del color de un amanecer retrasado por la lluvia.

Cuando su boca encontró la de él y lo besó con avidez, todo pensamiento sobre su regreso a la ciudad se desvaneció. Lo que había empezado tan fácil, alejarla de los ejecutivos de Aurus, impedir que comunicara sus dudas sobre el estado real de las riquezas que yacían bajo Jabal al Kanz, se había convertido en algo muy distinto. Algo de lo que sabía que se arrepentiría cuando ella volviera sus ojos verdes hacia él, llenos de ira y amargura, cuando supiera hasta qué punto la había utilizado.

EL SOL ESTABA en lo alto y, tal como había predicho Tariq, estaban en el aire, volando de regreso a la ciudad palacio. Cara se volvió y miró el palacio de Qawaran con pesar. Se marchaba siendo otra persona y había hecho allí amigos a los que nunca volvería a ver.

Le apretó la mano y ella se volvió hacia él. Se llevó la mano a los labios y la besó. “Gracias por venir conmigo a Qawaran”.

Sonrió. “No recuerdo que me lo pidieran exactamente. Más bien una orden, si no recuerdo mal”. Sonrió y entornó los ojos, el cielo brillante incluso con gafas de sol.

Se encogió de hombros. “Lo siento. Estoy acostumbrado a dar órdenes. Además, te *estoy* pagando”.

Ella frunció el ceño, pero una sonrisa se dibujó en sus labios. Cualquier enfado por su comentario se disipó cuando sus ojos se detuvieron en unos labios que expresaban un humor que él mantenía bien oculto. Verle relajado y de buen humor la calentó por completo. “Um...” Tragó saliva, intentando contenerse para no desabrocharse el cinturón y besar aquellos labios. “Pero, ¿para qué?”, le preguntó, encantada de responderle. Enarcó una ceja cuando él la miró. “Porque no es que haya hecho ninguna traducción”.

“Ah, una estrategia solapada para disfrutar de tu compañía”. Parecía preocupado de repente. “No planeé nada más, comprendes”.

Ella sabía que él no había planeado seducirla. Había surgido de la nada y él había sido considerado con sus necesidades, demasiado dispuesto a echarse atrás si ella quería, como para haberlo planeado todo. Ahora le conocía mejor y sabía que ése no era su estilo. Era un hombre íntegro y honorable, un hombre que no utilizaría a una mujer de esa manera.

“Sí, lo sé”.

“¿Así que no te arrepientes?”

Ella negó con la cabeza, sus ojos recorrieron su rostro, un rostro que había llegado a conocer y... sentir algo por él. “No. No me arrepiento de nada”. Más tarde podría, pero no ahora.

La miró con una sonrisa supersexy que hizo que se le revolvieran las tripas y se le apretaran de deseo. “¿Ni siquiera cuando insistí en que nos quedáramos fuera bajo la lluvia?”.

“Bueno, tal vez un poco entonces”.

¿"Ni siquiera cuando masticaste el pistacho salvaje"?

"Definitivamente entonces. No me dijiste que sabía a trementina".

"Un descuido. ¿Pero no te arrepientes de nada más?"

Sabía que se refería a su noche juntos, pero se burlaría un poco por su cuenta.

"No, ¿cómo podría arrepentirme de haber conocido a gente tan estupenda? Anna y Lucy eran encantadoras. En otra vida creo que incluso podríamos haber sido amigas".

Su expresión cambió entonces. "'Una vida diferente'... El destino, Cara, sólo nos ha dado una vida".

Se volvió hacia la vista. "Lo sé. Tenía que decirle algo de lo que la noche había significado para ella. "Tariq. Pronto aterrizaremos y las cosas serán diferentes. Eso lo sé. Y me parece bien. Pero quiero que sepas que anoche significó mucho para mí. No puedo explicar cómo, es demasiado complicado, demasiado personal. Pero me hizo *sentir de* una manera que no había sentido en mucho tiempo. Y quiero agradecértelo".

¿Era el sol que se reflejaba en las torres de la ciudad a las que se acercaban tan rápidamente, tan brillante que le hizo apartarse de ella y entrecerrar los ojos? ¿Tan poco dispuesto estaba a responder que tuvo que apretar los labios para no hablar? Sacudió la cabeza con un movimiento ambiguo. "No puedo..."

"No pasa nada".

Asintió y se aclaró la garganta. "Aterrizaremos pronto, asegúrese de que su cinturón de seguridad esté bien abrochado".

Como respuestas para agradecer a alguien por sexo, no fue la mejor, sintió Cara, mientras se apretaba obedientemente el cinturón. Pero no se sintió tan ofendida como probablemente debería haberse sentido. Le observó mientras comprobaba los controles, preparado para el aterrizaje. Era un hombre complejo, un hombre con el peso de un país y de un mal matrimonio sobre sus hombros. Era un hombre que no era libre de hablar de sus sentimientos, ni siquiera de complacerse en ellos. La ganancia del país... y su pérdida.

En la pista del aeropuerto les esperaba un coche que brillaba bajo el sol del mediodía. Tariq intercambió breves saludos con su chófer, que le pasó una carpeta de papeles.

Cuando Cara se sentó a su lado, Tariq miró brevemente los papeles y el teléfono, antes de apartarlos.

En lugar de eso, la cogió discretamente de la mano y hablaron de cosas intrascendentes mientras regresaban al palacio.

El coche se detuvo en la entrada trasera, Tariq hizo un gesto al conductor para que se marchara y le abrió la puerta a Cara. Caminaron hasta la entrada privada del palacio y Tariq levantó la mano para empujar la puerta, pero se detuvo y se volvió hacia ella, deteniéndose en la intimidad de la entrada.

“Cara...”

“¿Qué pasa?”

Le pasó el dedo por la mejilla antes de enroscárselo y levantarle la barbilla hasta que sus caras estuvieron cerca.

“¿Confías en mí?”

Ella medio rió. “Por supuesto. Luego frunció el ceño cuando sus ojos no se apartaron de su cara y sintió la seriedad e intensidad de su mirada. De repente se sintió incómoda. “¿Hay alguna razón para que no lo haga?”.

Él no respondió inmediatamente y un escalofrío recorrió su espalda.

“Sabemos tan poco el uno del otro”. Su voz era más ronca que antes, casi tentativa.

Levantó la mano y le tocó la cara, necesitaba sentir la realidad de su piel contra la suya una vez más, quería demostrarle *que* se conocían, a pesar de lo que mostraba el rastreo de los días. No debía confiar en él, sabía que no debía. Había jurado no confiar en otro hombre después de su marido. Después de todo, apenas le conocía. Pero al mirarlo a los ojos, supo que sí lo conocía.

“Confío en ti, Tariq. Sé lo que se siente al tenerte cerca, al respirar tu aliento, al mirarte a los ojos cuando crees que nadie necesita nada de ti y cuando estás desesperado por algo que aún no tomas”. Ella asintió lentamente. “Sí, confío en ti”.

Cerró los ojos y le giró la mano, besándole la palma. En ese momento supo que confiaba en él más de lo que había confiado en nadie en su vida.

Su humor cambió en un instante, volviéndose de repente decidido, incluso agitado. Le cogió las manos con las suyas y las levantó entre los dos, agarrándolas como si rezara. “No me conoces, a pesar de lo de anoche, pero necesito que tengas fe en mí, que confíes en mí”.

Una sombra se interpuso entre ellos y su ceño se frunció. “¿De qué se trata? Puedes decírmelo”.

“Soy jeque, Cara. Líder de mi pueblo. Rey. Tengo responsabilidades mucho mayores que las de un hombre corriente”. Le dio un beso en las manos aún apretadas. “Que lo sepas. Y no lo olvides”. Su apretón se hizo más fuerte. “Dime que no lo olvidarás”.

Intentó apartar las manos de su agarre, pero no pudo. El corazón le latía con fuerza mientras respiraba entrecortadamente. “Déjame ir, Tariq.”

“Dime”, repitió.

“Eres un hombre para mí, ante todo”. Tragó saliva. “Pero también eres Rey, jeque de tu pueblo. Aunque pudiera olvidarlo, me lo recordarás en cuanto crucemos esa puerta”.

Él frunció el ceño y buscó en su rostro y luego asintió como satisfecho y bajó la mirada hacia sus manos que sujetaban las de ella, demasiado apretadas, y las separó. Ella se frotó las manos.

“Lo siento. ¿Te he hecho daño?”

Ella negó con la cabeza. Ni siquiera se había dado cuenta de lo fuerte que la había estado agarrando, estaba tan consumido por la idea de que ella confiara en él. “No. Aún no lo había

hecho. Pero ella sabía que lo haría. Porque por mucho que confiara en él, sentiría el dolor cuando se marchara.

“Bien. No importa lo que se diga hoy, recuerda mis palabras”.

Estaba a punto de preguntarle por qué, pero él se adelantó a su pregunta con un beso que la dejó sin pensamientos. La estrechó contra él y el beso se hizo más profundo. Justo cuando sus piernas amenazaban con ceder bajo ella, él se apartó con la misma brusquedad. Creyó verle negar con la cabeza antes de darse la vuelta y abrir la puerta de un empujón.

En el vestíbulo de la entrada privada, se detuvieron mientras Tariq hablaba con un asistente. Miró el lujo a su alrededor -todas las superficies relucientes, blanco sobre dorado- y se estremeció. El contraste con Qusayr Zarqa era enorme. La lámpara de araña brillaba tanto bajo la luz de las bombillas eléctricas como bajo la luz refractada del sol. Era demasiado, demasiado brillante y... demasiado frío, se dio cuenta. Era un espacio precioso, pero estaba lleno de muebles que no parecían pertenecer ni a Ma'in ni a Tariq. A pesar del calor, el palacio -incluso los aposentos privados- resultaba impersonal y frío.

La asistente hizo una reverencia y se marchó, y Tariq se unió a ella. “¿Qué pasa? ¿Estás bien?”

“Sí”, se encogió de hombros, “es que...”. Se estremeció una vez más. “Alguien caminando sobre mi tumba”.

Fue su turno de fruncir el ceño. “No digas eso”.

“Es sólo una expresión, significa...”

“Expresión o no, no lo digas. Ahora ven. Quiero que conozcas a mi familia”.

Cuando entraron en una habitación, dos niños se levantaron de sus formales sillas. El niño, de unos ocho años, seguía sujeto por su hermana mayor, de aspecto serio y que parecía tener unos doce. El niño parecía nervioso cuando se acercaron a Tariq y Cara.

“Padre”, le saludó formalmente la muchacha, y en su rostro impasible se dibujó una breve y cálida sonrisa que transformó por completo su aspecto. La hija de su padre, pensó Cara. “Has vuelto antes de lo que imaginábamos”. Se volvió con una mirada fría hacia Cara. Tariq la siguió con la mirada.

“Cara, déjame presentarte a mi hijo, Gadiel -que mañana cumplirá nueve años- y a mi hija, Saarah”.

“Encantada de conocerle”. La idea de hacer una reverencia pasó brevemente por la mente de Cara, pero le pareció una tontería con niños tan pequeños. Se adelantó con la mano extendida en señal de saludo.

Sarah se miró la mano con desaprobación y luego miró a su padre.

“Esta es Cara Devlin...” Su pausa hizo que Cara se preguntara cómo iba a ser presentada. “Una traductora.”

“Entonces, ¿qué hace ella aquí, padre?”

“¡Cuida tus modales, Saarah!” dijo Tariq en voz baja, la advertencia en su voz no pasó

desapercibida a juzgar por el rubor de calor en la cara de la joven. “La señorita Devlin es mi invitada y, por lo tanto, también es *tuya*”.

Saarah se volvió hacia Cara, la leve sonrisa apenas existía, pero parecía satisfacer a su padre. “Señorita Devlin. Bienvenida. ¿Le apetece un refresco?”

Cara nunca había conocido a un niño de doce años tan tranquilo. Ni tan arrogante. “Sí, por favor. Eso sería encantador”.

“¿Dónde está Eshal?”, preguntó Tariq.

“Con su niñera. Se unirán a nosotros en breve”.

Todos entraron en una sala de recepción, tan grandiosamente amueblada como el vestíbulo y tan austera.

Mientras Saarah preparaba los refrescos, Gadiel enseñó a Tariq y Cara los libros de *Harry Potter* que estaba leyendo y Cara prometió traerle algunos libros de otro autor que pensó que le gustarían. Una vez que el chico callado descubrió que a Cara le encantaban los libros, igual que a él, no paró de hablar, e incluso la invitó a su fiesta de cumpleaños del día siguiente. Sólo cuando Saarah se sentó frente a Cara, con la mirada fija en ella, el chico volvió a guardar silencio.

Mientras Tariq se llevaba a Gadiel para enseñarle algo, Cara y Saarah permanecían sentadas en silencio. Cara se sintió aliviada cuando se abrió la puerta y trajeron a una niña de unos dos años que se retorció en brazos de su enfermera.

“Y ésta”, dijo Tariq con una sonrisa, volviendo a la habitación al mismo tiempo, “es Eshal”.

La familia se distrajo mientras Eshal insistía ruidosamente en que la dejaran en el suelo, tras lo cual se dirigió directamente hacia Cara, agarrando su vestido en un puño mientras miraba a Cara con una sonrisa desarmante. Cara sonrió con recelo mientras intentaba liberar su vestido del firme agarre de la niña. Nunca había pasado tiempo con niños y no se sentía cómoda con ellos. Piers no había querido tener hijos, por lo que ella siempre los había evitado, no deseando algo que nunca podría tener.

Intentó apartarse, pero Eshal la sujetó con una determinación que empezaba a darse cuenta de que era un rasgo familiar. Volvió a moverse y su vestido se soltó bruscamente del agarre de Eshal, cogiéndola por sorpresa y haciéndola perder el equilibrio. Como a cámara lenta, Cara pudo ver cómo la cabeza de la niña caía en picado hacia el borde afilado de una mesita. Instintivamente, Cara la levantó y la puso fuera de peligro antes de que pudiera hacerse daño.

Eshal aprovechó la oportunidad para rodear a Cara con sus regordetes brazos, con la sonrisa triunfante de quien ha conseguido lo que quería. Sin conocer las barreras que su hermana mayor conocía demasiado bien, Eshal levantó la mano y acarició la mejilla de Cara. “Bonita”, dijo. En ese instante, Cara supo que se había enamorado de la niña. Eshal podría haber dicho “fea” y Cara se habría enamorado de ella. Eshal llevó los dedos a los pendientes de Cara y empezó a jugar con ellos. Fue el silencio lo que la hizo mirar a su alrededor.

Todos la miraban con extrañeza: Saarah con ojos sorprendidos, Gadiel con la boca abierta y Tariq, Tariq la miraba con una mirada acalorada que era tan envolvente como los brazos de Eshal que ahora rodeaban el cuerpo de Cara, como si nunca fueran a soltarla.

“¡Eshal!” Dijo Saarah, cuando se hubo recuperado. “Baja de inmediato”.

“Está bien”, dijo Cara, sonriendo a Eshal.

“Ciertamente no está bien”, replicó Saarah. “Eres un invitado y ella está siendo demasiado familiar”.

“No hay necesidad de pararse en ceremonias conmigo, Saarah.”

Cara intercambió miradas con Tariq. Tariq se dio cuenta de repente de los comentarios de su hija y se volvió hacia ella. “Si... la señorita Devlin está contenta de tener a Eshal en sus brazos, entonces no veo el problema, ¿y tú?”.

Sarah se mordió el labio, con los ojos encendidos. “Por favor, discúlpeme, padre. Tengo que estudiar”.

Estaba a punto de protestar, pero Cara le lanzó otra mirada y, para su sorpresa, él se limitó a asentir. “Vete entonces, te veré en la cena”.

“Nos esperan en casa de Jadda esta noche para cenar, padre. Recuerda que no te esperábamos hasta mañana”.

“Por supuesto. Mañana por la noche, entonces, Saarah.”

“Ven, Gadiel”, llamó Saarah al chico, que la siguió a regañadientes.

“Y hazle saber a la enfermera que Eshal está listo para ella, también.” Tariq llamó después de ella.

Cara se quedó sujetando a Eshal.

“Eres natural con ella. Ella es tranquila contigo”. Se acercó y acarició el suave y espeso pelo de Eshal. “Ella es un puñado, siempre lo ha sido. Muy exigente”.

Eshal miró a su padre con curiosidad. Cara sonrió ante los rasgos móviles de la niña, cambiantes y cambiantes, mercuriales. La niña se retorció en los brazos de Cara y extendió las manos hacia su padre, que la cogió en brazos. Inmediatamente apoyó la mejilla contra su pecho y empezó a chuparse el dedo.

“¿Exigente, así, exigente?”

En ese momento la enfermera entró en la habitación y su ayudante hizo una reverencia en la puerta. Tariq se volvió hacia Cara. Ella sabía que tenía que irse.

“Me voy ahora, de vuelta a mi apartamento. Volveré mañana para la última reunión... ¿si me necesitas?”

“Te necesito”. Suspiró. “Haré que alguien traiga un coche para ti. Aarif se asegurará de que llegues bien a casa”. Se alejó de ella. “Mañana entonces.” Se dio la vuelta y se alejó.

Cara apenas oía la cortés conversación de Aarif mientras caminaban por el palacio. Sólo podía pensar en que se estaba enamorando de un hombre que la despreciaría cuando se enterara de su relación con el ladrón que había intentado robarle a Ma'in sus artefactos más preciados. Era el peor crimen posible desde la perspectiva de Tariq: robar la identidad de otro, la cultura de otro,

su herencia. Y ella seguía casada con el hombre que lo había llevado a cabo.

Sí, podía estar enamorándose de Tariq, ya se había enamorado de su hijo menor, pero no había futuro. En cuanto tuviera el dinero, tenía que hacer lo que había planeado, comprarse los billetes a Londres y luego a Italia. Y devolver la estatua a Tariq. En ese orden. No había manera de que pudiera ver a Tariq después de eso. Dejaría atrás este mundo de sueños decepcionados y penas. Incluyéndolo a él.

Era tarde cuando sonó el interfono de su apartamento en el centro de la ciudad. Cara suspiró, pero no apartó la vista de la ciudad. Sin duda era un error. Nadie sabía que estaba aquí. Quienquiera que fuera se marcharía pronto.

Dejó caer la cabeza una vez más sobre la única silla del apartamento; todo lo demás había sido guardado. La luz del atardecer entraba en la habitación vacía y se reflejaba en la pequeña estatua de valor incalculable. Estaba cansada y entumecida. Se había pasado el día empaquetando y organizando la devolución de la estatua, después de descubrir que los honorarios por su trabajo con Tariq se habían pagado en su totalidad. Sólo le quedaban algunas cosas por hacer: una estatua en un paquete de mensajería y una carta para Tariq.

El timbre volvió a sonar y esta vez penetró en su ensueño. No podía ser nadie conocido. Se había aislado de su antiguo mundo, del antiguo mundo de su marido, se recordó a sí misma. Después del escándalo, ya no veía a ninguno de los amigos de su padre de la universidad. Nadie sabía que vivía aquí, ni siquiera la agencia que le conseguía trabajo. Suspiró, se acercó al interfono y pulsó el botón.

“Cara. Soy yo.”

Ella lo soltó sorprendida, luego lo presionó de nuevo. “¿Tariq? Quiero decir, tu...”

“Creo que estamos más allá de eso, ¿no?” Podía oír la sonrisa en sus palabras. Apoyó la frente en la pared, encima del interfono, y se relamió.

“Sí, supongo que sí”.

Hubo una larga pausa. “Cara, ¿quieres venir conmigo ahora? ¿A cenar quizás?”

“He comido”. Se detuvo.

“Yo también. Es una excusa. Quiero tu compañía”.

“Pensé...”

“Sé lo que pensabas. Pero tenemos una noche más antes de que nuestros negocios concluyan, antes de que nuestras vidas tomen caminos diferentes. Y quería pasarla contigo. ¿Vendrás?”

Debería decir que no. Había mil razones para decir que no. Eran de mundos diferentes y, no menos importante, ella le estaba engañando cada momento que estaba con él. “Sí”, se oyó responder. Hizo un gesto de dolor, pero no cambió de opinión. “Sí, dame un minuto. Ahora bajo”. Miró la pequeña estatua que había en el alféizar de la ventana. Piers la había dejado en el

apartamento alegando que no valía nada y ¿por qué no iba a creerle? Había guardado bajo llave todo lo que tenía valor. Pero había sido astuto con ésta, probablemente la más valiosa de todas. Sin duda había planeado una breve reconciliación para redimirlo.

Sintió una oleada de culpabilidad por lo que le ocultaba a Tariq. Recorrió sus suaves curvas con los dedos. Deseaba desesperadamente salir del apartamento con la estatua y entregársela. En ese momento. Acabar de una vez. Pero sabía lo que pasaría después. La mirada de asco que le lanzaría sería inevitable cuando por fin comprendiera su relación con el ladrón. Y ella tendría que enfrentarse a eso más tarde. No ahora. No antes de dejar Ma'in porque sabía cuál era la pena de prisión por robo. No. Tendría que esperar. Sólo unos días más y luego estaría de vuelta donde pertenecía y ella se habría ido.

Pero, pensó mientras cogía su abaya y su bolso, tenemos esta noche. Lanzó una rápida mirada a la estatua y salió de la habitación.

Para su sorpresa, Tariq estaba solo, vestido a la europea.

“Estás preciosa”, le dijo mientras abría la puerta de su coche -ella se dio cuenta de que esta noche no había chófer-, ella se subió y salieron rugiendo por la amplia avenida que se alejaba del palacio.

“¿Pensé que íbamos al palacio?”

“No.” Sus ojos estaban fijos en la carretera.

“Entonces, ¿a dónde vamos?”

“A Qusayr Zarqa. Sólo por esta noche”.

Él le lanzó una mirada rápida e intensa y ella se apartó mientras el calor se encendía entre ellos. Sabía lo que él quería porque ella deseaba exactamente lo mismo.

Apretó los dientes, como si estuviera desesperado por controlarse. “Háblame”.

Tomó una bocanada de aire, intentando concentrarse en otra cosa que no fueran las exigencias de su cuerpo. “¿Sobre qué?”

“¡Cualquier cosa! Cualquier cosa para quitarme de la cabeza que quiero parar este coche y hacerte el amor”.

“Vale”, susurró débilmente, estirándose hacia delante para subir el aire acondicionado. “Vale” -tragó saliva- “tus hijos son encantadores”.

Parecía funcionar. Suspiró profundamente y asintió. “Le causaste una gran impresión a Eshal. Cuando la vi después, no paraba de señalar dónde habías estado y de parlotear sobre algo incomprensible. Tuve que explicarle que te habías ido”.

“Y tu hijo es un encanto”.

“Sí, es más fácil que cualquiera de las chicas. Pero es demasiado callado. Le encanta leer y sólo viene a cazar conmigo por obligación. Pero será un buen Rey. Y en cuanto a Saarah, me disculpo. Desde que mi esposa murió, parece considerar que tiene el control de la familia. Se ha vuelto arrogante”.

“Sólo tiene doce años, Tariq. Todas las chicas son difíciles a esa edad”.

“¿Incluso tú?” Sonrió. “Puedo imaginarte a esa edad. Consiguiendo tranquilamente lo que quieres sin que nadie se dé cuenta”.

Ella sonrió, incapaz de contradecirle. “En realidad, tienes razón. Suelo conseguir lo que quiero. Normalmente, no siempre. No después”.

Se detuvo, pero no antes de que él le lanzara una mirada inquisitiva. “Continúa”.

“No, hálame de ti”. Ella se giró en su asiento y le puso ligeramente la mano en el muslo.

“Ni siquiera puedo pensar con tu mano en mi pierna”. En ese momento, el palacio del desierto apareció en el horizonte bajo la luz mortecina. Ella fue a mover la mano y él la volvió a sujetar, aplastando la suya. “Déjalo ahí. No quiero pensar”.

Cuando se acercaron, las puertas se abrieron de par en par y él condujo hasta el interior del patio y aparcó. Fueron recibidos por el ama de llaves y un esqueleto de personal, a quienes despidieron rápidamente.

“¿Por qué está tan oscuro?”, preguntó ella cuando entraron en el vasto vestíbulo, de dos pisos de altura, con apliques de pared encendidos con llamas desnudas que tartamudeaban bajo la influencia de la puerta abierta, proyectando sombras móviles en la sala vacía.

“Lo prefiero así”.

Se estremeció. Por un momento se sintió como si hubiera retrocedido a un mundo medieval en el que cabía su pasión. Pasión cruda y sin adulterar en un mundo crudo y primitivo. Recuperó el aliento cuando la idea se negó a desaparecer.

“Ven. Él tiró de su mano y ella tuvo que correr para seguirle, correr mientras avanzaban por el vasto vestíbulo, subían los escalones y recorrían los sinuosos pasillos hacia un ala del palacio donde no había estado antes.

Abrió la puerta de su habitación, una suite esquinera con ventanas en los tres lados, el cuarto de los cuales se extendía más allá de las paredes que habían sido eliminadas para crear una suite principal de enormes proporciones. De la sala de estar pasó a la biblioteca y luego al dormitorio. Allí se volvió hacia ella y la besó, larga y duramente. Ella respondió con la misma pasión que él.

La apretó contra él y ella pudo sentir su excitación. Deslizó las manos por debajo de su camisa blanca y rodeó su espalda, necesitando sentir el calor de su piel bajo los dedos. Era como tocar una piedra caliente, dura, impenetrable, tan poderosa como el resto de él.

No había encendido ninguna luz. Los postigos ornamentados estaban abiertos al aire del atardecer, los sonidos del desierto llamándola desde fuera. Se sintió parte de todo aquello, como si perteneciera a este lugar salvaje.

Ella acercó sus labios a los de él y él apretó su boca contra la suya. Ella sintió su estremecedor suspiro de deseo contra su mejilla, mientras la mano de él se alzaba y le pasaba los dedos por el pelo, manteniéndola firme, como asegurándose de que no escaparía. Pero ella no iba a ninguna parte. Todo lo que ella era, era una suma total de sus sentidos, y todos sus sentidos estaban concentrados en el lento y exquisito movimiento de sus labios contra los suyos. Sus labios se

fundieron con los de él y se abrieron. La punta de su lengua tocó la suya y ella jadeó contra su boca. Todo su cuerpo se electrizó, le invadió un deseo que no se parecía a nada que hubiera sentido antes. La penetró con toda su intensidad, mojiéndola al instante, mientras inclinaba las caderas para tocar el cuerpo de él.

Gimió contra su boca y el beso se hizo más profundo y feroz. Con cada desliz de su lengua contra la de ella, con cada caricia de sus dedos, tocando donde ella necesitaba ser tocada, se intensificaba la dolorosa y palpitante necesidad de él.

Sin aliento, se separaron, presionando sus frentes contra las del otro. “Cara, nunca he deseado a nadie tanto como te deseo a ti ahora”.

Su evidente deseo por ella la hizo atreverse. “Y yo te deseo a ti. ¿Quieres saber cuánto?”

Él asintió y ella le cogió la mano y la movió por su cuerpo, por debajo del vestido, por el vientre y más abajo. Le soltó la mano y se dejó caer contra él, débil, mientras él la exploraba y descubría cuánto lo deseaba. Se apretó contra él, pero él se apartó y la besó. “Todavía no, Cara”.

Le desabrochó la camisa y apretó los dedos contra su piel, necesitando ver su realidad. Luego lo besó. Olía divinamente. Apretó los labios contra su piel y esta vez lo lamió. Era como un alimento, una adicción que no sabía que tenía hasta ahora. Bajó la lengua hasta encontrarse con sus pantalones. Gruñó de frustración cuando deslizó la lengua hasta el fondo y fue recompensada con la punta de su dura erección. La lamió y sintió una aguda respiración bajo sus dedos, que seguían apretados contra el pecho de él. Pero no se quedaron allí. Lo necesitaba con urgencia.

Abrió el botón y apartó los pantalones y los calzoncillos. Se balanceó sobre los talones al ver la polla, ancha, larga y poderosa. Se la tocó y él se estremeció, con la punta brillando bajo la luz parpadeante de la llama desnuda. Se arrodilló y le bajó los pantalones para poder verlo entero. Lamió las pesadas bolsas que yacían bajo su vástago hinchado, lo miró y, con satisfacción, vio cómo se le contraía la garganta, sus ojos oscuros y llenos de lujuria, fijos en ella. Se sentía escandalosamente poderosa y, con ello, la libertad de *hacer* y *ser* exactamente lo que quería ser. Y ahora quería darle placer.

Levantó la cabeza, sin apartar los ojos de los suyos, y se lo llevó a la boca, viéndole inspirar con fuerza y cerrar los ojos. Saboreó su palpitante longitud bajo sus labios, saboreó cómo respondía a sus caricias. Lo quería como fuera. Cada parte de él. Siguió probando, lamiendo, moviendo la boca sobre él, el instinto se imponía a la falta de conocimiento. Por esta noche, él era su hombre y ella sabía cómo darle placer.

Pero antes de llegar a la cima del placer, sus manos se movieron desde el pelo de ella para agarrar sus manos, que él abrió de par en par. Ella retiró la boca y él tiró de ella hasta ponerla de pie.

“Mucho más de eso y esto terminará antes de empezar”. Sonrió, le acercó la cara a la suya y la besó. “Eres la mujer más increíble...” Ella detuvo sus palabras besándole de nuevo. Él la levantó en sus brazos y continuó besándola mientras se acercaba a la cama. La puso de pie con cuidado, le desabrochó el vestido y lo dejó caer a sus pies.

Él la miró, sus dedos tocando donde sus ojos habían descansado, mientras absorbía sus pechos, subiéndolos rápidamente en excitación sobre el sujetador blanco de encaje de media copa, antes de

seguir por sus costados, haciendo que su estómago se sobresaltara cuando sus dedos la pillaron desprevenida, presionando bajo el elástico de sus bragas. Con un rápido movimiento, se las bajó y las tiró a un lado. Luego el sujetador.

Cayeron al unísono sobre la cama, revolviendo las finas sábanas de lino blanco, sus cuerpos desnudos apretándose y retorciéndose uno contra el otro, desesperados por dar placer y ser complacidos.

Las sombras de las llamas que saltaban se reflejaban en las altas vigas del techo y proyectaban una luz extraña y espeluznante sobre su piel, tan oscura y tan exótica. Era como algo peligroso e infinitamente deseable. Respondía a cada uno de sus toques, con un movimiento, una caricia, un mordisco, que despertaba su necesidad de más. Era como fuego jugando con fuego en la oscuridad. Brotes de luz, de intensidad, seguidos de un fuego más ardiente, hirviendo a fuego lento, parpadeando, negándose a extinguirse, necesitando más con cada aliento, con cada roce.

Se movió sin pensar, sólo por instinto, abriendo las piernas y rodeándolo con ellas. Rodó sobre su espalda y él la penetró, deslizándose lentamente, centímetro a centímetro, dando tiempo a su cuerpo para acomodarse a su peso y longitud. Ella se movió ligeramente y él la penetró hasta el fondo. Levantó la cara hacia la suya y él le ofreció un beso lleno de pasión, necesidad y desesperación. Ella no sabía de dónde venía esa desesperación. Lo único que sabía era que él la necesitaba ahora y que ella podía satisfacer esa necesidad... y mucho más.

Tiró de él hacia ella con los talones, sin saber apenas si la presión en su interior y contra su piel más sensible, era dolor o placer porque tal diferencia no tenía sentido. Era todo pasión y era todo lo que ella quería.

La noche transcurrió en una bruma de amor y de sueño, siempre con Tariq rodeándola con sus brazos.

Se despertó al sentir su nombre susurrado contra su mejilla. “Cara”. Su nombre susurrado sonaba como una caricia en su voz profunda. Abrió los ojos para ver su rostro, cercano, sus ojos, tiernos. “Cara”, negó con la cabeza. “¿Cómo lo haces?”

Ella giró la cabeza contra la almohada. “¿Hacer qué?”, susurró, levantando la mano para alisarle el pelo.

Se levantó sobre un codo y le pasó un dedo por la garganta y alrededor del pecho. “¿Cómo es que puedes llegar a mí, tocarme donde nadie más puede?”.

“¿Yo hago eso?”

Asintió con la cabeza. “Sí, lo haces. Llegas más allá de donde puedo protegerme”.

Ella no podía creer las palabras que estaba diciendo. Ella trató de “¿Por qué querías protegerte?”

“De las fuerzas que destruyeron a mi padre y casi me destruyeron a mí, pusieron a uno de mis hermanos en el camino del juego y al otro a alejarse de aquí. Estaba tan centrado en la política, la riqueza y los asuntos de Estado que, de algún modo, te colaste bajo mi radar. Eres como el aire que respiro, entrando en mí, tocándome en mi centro. Algo de lo que apenas me di cuenta al

principio hasta que de repente me doy cuenta de que te siento en cada parte de mí”. Apoyó su frente contra la de ella y rodó ligeramente contra la suya con los ojos cerrados. “A veces tengo la fantasía de que si no te tuviera, como el aire dentro de mi cuerpo, sería incapaz de sobrevivir”.

Se apartó rodando, consciente ahora de que sus defensas podían haber bajado, pero de ninguna manera podía dejar que las suyas hicieran lo mismo. Sacudió la cabeza. “Te equivocas. Es la falta de sueño, es el sexo, hablando. Volverás a la normalidad por la mañana”. Se levantó y se puso la bata, abrochándosela con el cinturón mientras se volvía hacia él, apartándose el pelo de la cara. “Te receto dos tazas fuertes de café solo y un encuentro con extranjeros groseros y volverás a la normalidad”. Ella se apartó de la ventana y le dedicó una breve sonrisa insegura.

Se levantó y la agarró por los hombros, con ojos fieros. “No seas frívola, Cara. No trates de desviar esto con humor. Lo digo en serio. Mírate, aureolada por la luz temprana”. Le rozó el pelo con los dedos. “Un pelo que se funde con el desierto”.

“No”, susurró.

Le pasó un dedo por el labio inferior. “Y tu voz, una voz que me envuelve y me atrae, me atrae hacia ti. Eres una bruja, un camaleón”.

“No, lo juro, no, Tariq, este no soy yo al que estás describiendo. Es alguien que quieres que sea”.

Le bajó las manos por los brazos, le cogió ambas manos y besó sus puños unidos. Suspiró. “Cara, ¿cómo puedo convencerte de que eres tan hermosa como te veo, de que eres tan deseable como te describo? Que eclipsas a otras mujeres como la luna cubre al sol. Borrás su luz y reclamas el cielo. Me reclamas a *mí*. Es a ti a quien describo; es a ti a quien quiero, Cara. Te quiero en mis brazos, quiero mi cuerpo en el tuyo, unidos. Quiero ver tu pálido rostro sonrojado por el placer que te doy”.

Sus palabras y sus caricias hicieron que el deseo recorriera todo su cuerpo. Se apretó contra su cuerpo desnudo y él le apartó la bata. Él estaba listo para ella, mientras ella saltaba y enroscaba las piernas alrededor de sus caderas, empujándose completamente sobre él. Ella se volvió loca, enloquecida por él, mientras él le daba lo que quería, pero inclinó la cabeza hacia atrás, observándola, tal como había dicho que haría.

DEMASIADO PRONTO, con las primeras luces del día, emprendieron el camino de regreso a palacio. Fue un viaje tranquilo, se dijeron pocas palabras, la mano de él cubriendo la de ella mientras conducía de vuelta por el desierto, luego por las afueras de la ciudad, ya despierta y ocupada en sus asuntos.

Detuvo el coche hasta su apartamento y la besó. “Descansa ahora y te veré más tarde”.

“¿No me quieres esta mañana para la reunión?”

“No, no te necesitaré hasta esta tarde. Vete, ahora, descansa, y haré que venga un coche a buscarte a la una”. Él la besó por última vez y, con una creciente sensación de temor, ella vio el coche rugir por la hermosa avenida. Los días se escapaban. Le vería por última vez y luego se iría.

Eran poco antes de las dos de la tarde cuando Cara regresó al palacio. Llevaba el vestido rojo que Tariq le había enviado a su apartamento. Había tenido razón. Incluso se sentía diferente vistiendo colores tan vivos. Entró en la sala que le habían indicado y se sorprendió al encontrarla vacía, excepto por una mesa puesta para comer. Para *dos personas*. Se volvió hacia Aarif, que la había acompañado hasta allí.

“¿Hay algún error? ¿Está la reunión en otro sitio?”

“No se equivoque, Srta. Devlin, la esperan aquí. Por favor, tome asiento. Su Alteza Real no tardará”.

En ese momento, Tariq entró en la habitación, tan imponente como siempre, con su túnica blanca cayendo a su alrededor, haciéndole parecer aún más alto e imponente que antes. Por un instante se preguntó si los últimos días y noches habían sido un sueño. Parecía imposiblemente fuera de su alcance.

Intercambió unas palabras con Aarif antes de despedirlo y luego se volvió hacia ella y la expresión de sus ojos cambió y los últimos días, su conexión, se hicieron realidad una vez más. Se acercó a ella y le cogió las manos.

“Has venido”.

Su sonrisa se desvaneció un poco al observar su rostro. Parecía preocupado. Ella nunca lo había visto con otro aspecto que no fuera de confianza y control. “Por supuesto que sí. ¿Va todo bien?” Él desvió la mirada brevemente como si tratara de ordenar sus pensamientos. Ella se dio cuenta con sorpresa de que parecía incómodo. “¿Y por qué crees que no vendría de todos modos?”.

“¿No has visto la noticia, entonces? Había retrasado su publicación hasta verte a ti, pero siempre cabía la posibilidad de que alguien publicara algo en internet en su prisa por ser el primero.”

Ella frunció el ceño y negó con la cabeza. “¿De qué estás hablando? ¿De noticias? ¿Qué noticias? ¿Y por qué querrías retrasar algo hasta verme?”.

“No hay ninguna reunión. Si sabías que tus servicios como traductor no eran requeridos, no estaba seguro de que vinieras. El negocio se había completado”.

“¿Has firmado el contrato?” Se le encogió el corazón. Sabía lo mucho que significaba para él. “Lo siento.”

“No. Sahmir lo consiguió. Ha reunido suficiente dinero a través de sus contactos para que podamos recuperar el control de nuestra tierra.”

“¡Es fantástico!”

“No podría haberlo hecho sin ti”.

Ella frunció el ceño, confusa. “¿Qué he hecho?”

“Nos diste tiempo suficiente para asegurar la financiación despertando su interés por Jabal al Kanz, la montaña del tesoro. La delegación de Aurus no fue a la Mina de Oro I, como insisten en llamarla. Fueron a visitar Jabal al Kanz en su lugar”.

“Pero, pensé que te habías asegurado de que no lo hicieran. Además, es terreno restringido”. Cara estaba confusa. “No pueden ir allí sin tu permiso”. Le miró a los ojos y de repente sintió un náuseas en el estómago. Le soltó las manos, pero él las agarró con más fuerza, negándose a soltarlas. “Y me lo diste. Lo sabías, antes de que yo te lo dijera, y lo permitiste”.

“Sí, por supuesto”.

“¿Entonces por qué no los acompañaste? ¿Y por qué me llevaste contigo?”

Sus ojos recorrieron su rostro, como si tratara de hacerle comprender por pura fuerza de voluntad, más que con palabras.

“*Dime, Tariq.*”

“Tienes que recordar, Cara, que mi país, mi herencia, lo es todo para mí. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Haré cualquier cosa por él. Necesitaba distraerlos durante un par de días. Tu traducción fue la distracción perfecta”.

La miró intensamente y un escalofrío le recorrió la espalda. De repente, sintió que le flaqueaban las piernas y se apoyó en la pared. Tragó saliva antes de hacer la pregunta que tenía que hacer. “No tenías intención de permitir que nuestros caminos volvieran a cruzarse, ¿verdad? Sabías que tenía mis dudas sobre la traducción correcta, así que decidiste que debía mantenerme alejada. De ahí la repentina invitación a unirme a ti en Qawaran. Y esta mañana. “Descansa”, dijiste. Todo

era una pretensión, ¿no? Tú, yo. No sólo los engañaste a ellos, sino también a mí”.

La ira brilló en sus ojos. “Como engañaron a mi padre con sus promesas de ‘civilización’. Asesinaron a nuestra sociedad y nos dieron torres de acero y una vida en régimen de servidumbre. Les he dado lo que querían. Sé lo que quieren, Cara. Quieren lo que todos quieren de mí. Dinero, poder. Quieren *quitarme a* mí, a mi familia y a mi país. Y no puedo permitir que eso suceda. *Siempre* defenderé las cosas que son importantes para mí. Pase lo que pase”.

“Te equivocas.”

“No lo soy. Eres un ingenuo. Todo el mundo toma. *Todos*. Y es mi responsabilidad defender a mi país, a mi gente y a mi familia de esos ladrones. *Todos toman*”, repitió, con voz grave y peligrosa.

Cara se apartó instintivamente. Era como si se hubiera formado una barrera entre ellos. Quizá siempre había estado ahí y ella había preferido no verla antes. Sacudió la cabeza. “No todo el mundo”.

No se movió, siguió mirándola, como si pudiera retenerla sólo con su voluntad. “Escúchame, Cara. ¿Recuerdas que te dije que debías confiar en mí? ¿Recuerdas? *Esto* es lo que quería decir. Sí, quería alejarte de los hombres. Tuve que hacerlo. No tenía otra opción. Los necesitaba ocupados por un par de días. No me habrían creído si hubiera traducido esas palabras. Habrían sospechado. ¿Pero tú?”

“Sí. Yo. Un insignificante traductor que no podía ser partidista de ninguna manera. Me creerían. Como tú querías”. Ella no podía creerlo. Había sido engañada una vez más por un hombre que necesitaba utilizar su peculiar mezcla de inocencia y autoridad para hacer creíbles sus planes. Se sentó como si la hubieran derribado. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Volvió a levantarse inestablemente, mirando a su alrededor en busca de una escapatoria. “Tengo que irme. Tengo *que irme*”.

“¿Así que mis palabras de esta mañana no tuvieron efecto?”

“Aún así me usaste, tanto si me preparaste para este conocimiento como si no”.

“Traté de explicar *por qué* te usé”.

“¿Así que lo admites?”

“Por supuesto. No tiene mucho sentido hacer otra cosa”.

“E incluso mientras me usabas, me hacías el amor”.

“¡No! Mantenerte alejada de los ejecutivos Aurus fue la razón por la que te alejé, pero *no* la razón por la que quería hacer el amor contigo. Tú lo sabes. En tu corazón, lo *sabes*”.

Y así fue. Sintió la verdad de sus palabras dentro de ella. Al igual que sintió el dolor de su traición en lo más profundo de su ser. Se tragó las lágrimas. “Tariq, ¿por qué no me lo dijiste?”

Ella vio un dolor en sus ojos que no había detectado antes. “Cara, no podía decírtelo. Había demasiado en juego. Te necesitaba inocente. Si lo hubieras sabido, y si hubieras visto a los hombres, tus ojos te habrían traicionado al instante. No podía arriesgarme”.

Se apartó. Sintió su duda, su desconfianza como un ácido en la garganta. Se lo tragó. “No. Claro que no. No podrías confiar en mí”.

“Sólo podía confiar en mi hermano”.

No pudo evitar recordar lo cerca que la había abrazado mientras la penetraba, la intimidad y la confianza mutua que había creído que tenían en aquel momento. No lo había dudado entonces, pero ahora sí.

Ella se apartó y él no hizo ningún movimiento hacia ella. “Había demasiado en juego. ¿No lo entiendes?”

Claro que sí. Todo tenía sentido. Más de lo que él podía saber. Ciertamente no se podía confiar en ella y si la conociera mejor, lo habría sabido. Pero aún así dolía. Había sentido una conexión con él que nunca había sentido con nadie más. Ella asintió. “Lo entiendo.

Se apartó de él, incapaz de seguir mirando a los ojos del hombre con el que había hecho el amor una y otra vez, durante las últimas cuarenta y ocho horas. Los ojos de un hombre que la había utilizado, igual que otros hombres en su vida. Él no era diferente.

La esperanza y la felicidad que habían florecido, poco a poco, durante la última semana, se derrumbaron, formando una masa grumosa que se sentía como la muerte. El aire caliente que entraba por la ventana abierta le obstruía la garganta y sentía que no podía respirar. Se dio la vuelta y se marchó.

“¿Adónde vas?”

Se detuvo brevemente, pero no se volvió hacia él. “Lejos. Creo que mi trabajo aquí ha terminado. ¿No es así? He engañado a los ejecutivos de Aurus, como tú querías. He servido a mi propósito. ¡He terminado!” Intentó que su voz fuera tan fría, tan carente de sentimiento como su corazón, pero temía que no lo fuera. Sonaba desigual y temblorosa.

Ella dio un respingo al sentir sus manos en sus brazos. “No te vayas todavía, Cara, date la vuelta, háblame”.

Sacudió la cabeza de nuevo, mientras sentía una lágrima rodar por su mejilla. ¿Cómo podía darse la vuelta? Revelar su estupidez, su patética tristeza al descubrir que él no la había querido para ella, sino sólo para utilizarla para sus propios fines. Como había hecho todo el mundo durante toda su vida. “Suéltame”. Le tembló la voz y él la agarró por los hombros. Ella esperó otra orden.

En lugar de eso, la soltó de los hombros y dio la vuelta, para quedar frente a ella.

“Estás llorando”.

Cerró los ojos y se mordió el labio para que no le temblara. “Es lo que hace la gente cuando está herida”.

Se obligó a mirarle, a pesar de las lágrimas que brotaban de sus ojos y recorrían su rostro. Él le pasó ligeramente los pulgares por las mejillas, secándoselas.

“Siento haberte hecho daño”.

Y ella pudo ver que lo era. Pero no era suficiente. “Aunque no lo suficiente como para haber

hecho algo diferente.”

“No. Volvería a hacer lo mismo, Cara. Había demasiado en riesgo”.

Ella le apartó los brazos. “Entonces no hay más que decir. Seguiré mi camino”.

“No quiero que te vayas”.

Esta orden imperiosa e ilógica fue la gota que colmó el vaso. La ira quemó cualquier resto de tristeza.

“¿Por qué? ¿Qué razón podrías tener para querer que me quede?” Ahora estaba furiosa. Furiosa por haber sido engañada, como lo había sido en el pasado; furiosa por haberse dejado seducir por ese hombre que sólo quería utilizarla. Bueno, podía haberla utilizado, pero de ninguna manera iba a comportarse como una mujer usada. “Puede que seas Rey, puede que seas ‘Su Alteza Real, Jeque lo que sea’, pero yo no soy tu súbdita a las órdenes”. Se acercó aún más a él, de modo que tuvo que mirarle a los ojos, ojos ceñudos, ojos preocupados, ojos dolidos. Sacudió la cabeza. No le importaba si estaba herido. Tenía que cuidar de sí misma. “No soy nada para ti. Lo has demostrado. Así que me voy”.

“¿Adónde?” Su tono era amargo. “¿De vuelta a Italia, o de vuelta a Inglaterra, al hogar que tanto te asusta? ¿Adónde crees que vas realmente, Cara? ¿O no te importa, con tal de que no llueva para entristecerte?”. Le pasó los dedos por el pelo y le sujetó la cabeza con las manos, intentando tranquilizarla. Podía sentir la intensidad de sus dedos al apretarle el cráneo, como si quisiera llegar a ella, conectar físicamente con ella, como había hecho en el desierto. “¿Dónde? Sus ojos se clavaron en los de ella con una intensidad rayana en la desesperación.

“Lejos”, susurró ella, consciente de sus labios tan cerca de los suyos.

“Ah...” Ella vio cómo se le contraía la garganta y la tensión de sus dedos disminuía cuando sus manos se apartaron de la cabeza de ella y él dio un paso atrás. “Lejos. No necesitas ir a ningún sitio, siempre que te alejen. Lejos de mí. ¿Es eso cierto? Porque no confié en ti, ¿es eso? ¿O porque crees que traicioné la confianza que pusiste en mí?”

Las palabras “confianza” y “traición” se agolpaban en su mente y apenas podía encontrarles sentido. La sensación dominante era la de una conexión irrevocablemente rota. Necesitaba escapar. Asintió con la cabeza, con el corazón demasiado lleno para hablar. “No importa. Lo único que importa es que me voy. Ya no me necesitas y seguramente no me quieres”.

“Cara, te deseo.”

El significado de sus palabras le revolvió el estómago. “Puede que me quieras, pero no puedes tenerme, Tariq”.

“Si no te quedas por mí, entonces quédate por Gadiel. Pronto se unirá a nosotros. ¿Has olvidado tu promesa de traerle libros? Porque no lo ha hecho”.

Cerró los ojos al recordar la promesa del día anterior de asistir a su fiesta de cumpleaños y regalarle los libros que atesoraba, que había guardado con ella, desde su infancia. Estaban en su bolso. “¿Es este otro de tus planes? Ayer alentaste este arreglo cuando sabías cómo me sentiría hoy”.

“No podía saber cómo te sentirías. De hecho, esperaba que fueras un poco más... pragmático, en tu respuesta”.

“¡Pragmática!” Estaba a punto de lanzar una diatriba cuando llamaron a la puerta y Gadiel entró en la habitación, con los ojos muy abiertos por la excitación, el lenguaje corporal tenso, como si no estuviera seguro de si su entrada sería bien recibida. No había forma de que se marchara ahora.

“¡Papá!” El niño se acercó a Tariq, que le besó la cabeza, mientras el niño se inclinaba confiado hacia su padre.

A Cara le dolió el corazón al ver el amor que se profesaban. El amor que de algún modo había logrado sobrevivir a sus naturalezas reservadas y a las limitaciones que les imponía ser miembros de la realeza, se expresaba con torpeza, pero estaba ahí.

“¡Señorita Devlin!” El chico se giró, se acercó rápidamente a ella y le hizo una pequeña reverencia formal, como obviamente le habían enseñado. Ella sintió un tirón en su interior y supo que de ninguna manera podía incumplir la promesa que le había hecho. “No lo has olvidado. Gracias por venir. ¿Has traído los libros?”

Ella se rió, liberando la tensión, y despeinó al chico. Como liberado de su formalidad, la cogió de la mano y le dedicó una sonrisa desarmante de dientes separados. Ella se sentó, abrió su bolso y sacó los libros de magia y misterio que tanto la habían encantado de pequeña.

“¿Podemos leerlos ahora?”

Le echó una mirada rápida a Tariq y luego volvió a mirar a Gadiel. “Claro. Ella se sentó y, sin preguntarle nada, él se sentó a su lado, con los ojos muy abiertos mientras ella hojeaba las páginas.

Señaló una página y ella se detuvo. Él se retorció un poco más contra ella, con tanta confianza, con tanto cariño, que la persistente sensación de amargura disminuyó un poco.

No levantó la vista hacia Tariq, pero era consciente de su presencia silenciosa mientras la observaba leer a Gadiel. Siguió leyendo sin poder evitar rodearlo con el brazo, atrayéndolo aún más hacia ella. Se dejó consumir completamente por él y por la historia, apartando de su mente a Tariq y todas sus complicaciones.

Sólo cuando llegó al final de la historia, levantó la vista y descubrió que Tariq no se había ido, como había imaginado. Sino que estaba sentado al otro lado de la habitación, observándoles en silencio.

La puerta se abrió y pudieron oír los gritos festivos y las risas de niños y adultos que se reunían para celebrar el cumpleaños del niño. Era hora de que Gadiel se uniera a ellos.

Gadiel se bajó de un salto y se fue corriendo a la otra habitación, con el libro en las manos. Se volvió y saludó a Cara. “¡Ven a conocer a mis amigos!”

Cara y Tariq le siguieron hacia la puerta. Antes de que salieran a la vista del público, Tariq se detuvo. “Has impresionado mucho a mi hijo”.

“Sí, ¿quién iba a pensar que yo podría inspirar confianza después de un conocimiento tan

breve?”

La puya dio en el blanco. Ella pudo verlo en la expresión de sus ojos, que recorrían su rostro como si deseara tocarle la mejilla, besarle los párpados, posar sus labios sobre los suyos. Entonces se detuvo, con los puños apretados a los lados. “El sonido de tu voz me atrajo al instante. Tardé veinticuatro horas en ver lo hermosos que eran tus ojos, dos días en apreciar la suavidad de tu piel y tres días después comprendí tu sutileza y me quedé asombrada”. Sacudió la cabeza. “¿Pero la confianza? La confianza es otra cosa. Confié en mi mujer y me fue infiel, confié en mi padre y me traicionó a mí y a mi país. No sé si *podré* volver a confiar”.

Sin mirar atrás, se dio la vuelta y entró en la habitación, viéndose inmediatamente inundado por la familia, que le lanzaba miradas curiosas. Por supuesto. No habría futuro con Tariq. No sólo porque la había utilizado; no sólo porque no había confiado en ella, sino porque había hecho bien en no hacerlo.

Al fin y al cabo, estaba implicada en el mayor robo de artefactos antiguos jamás conocido en el país. Y las pruebas estaban en su apartamento.

TARIQ OBSERVABA a Cara jugar con sus hijos en la fiesta. Incluso Saarah se sentía atraída por ella ahora, observándola con los demás, y su rostro se suavizaba al escuchar hablar a Cara. Masculina o femenina, la voz de Cara hacía magia. Cuando la oyó por primera vez, pensó que era algo hermoso, algo externo a la propia mujer. Ahora sabía que se había equivocado. No era algo ajeno a Cara, era una expresión de sí misma.

Los niños lo habían entendido enseguida y habían confiado en ella por eso. Pero él no.

Giró la cara y se rió de algo que dijo Saarah y Gadiel, que era tan callado y retraído, que normalmente pasaba desapercibido, se sonrojó con su reacción y empezó a hablar animadamente mientras ella escuchaba en silencio, asintiendo, animando. Se notaba en el lenguaje corporal del chico, que se acercó un poco más a ella y levantó la cara hacia la suya mientras seguía hablando. Y ella respondió con la empatía que era una parte tan importante de ella.

Tariq se volvió cuando alguien le hizo una pregunta y asintió. Otra decisión: acuerdo para dar algo, aprobación para quitar algo, eso era lo que se le pedía. Era lo que estaba acostumbrado a hacer. No era de extrañar que no estuviera preparado para aquella mujer que no quería nada y lo daba todo.

Se volvió hacia ella a tiempo de ver cómo todos se reían de algo que había dicho su hijo. Incluso la cara de su hija mayor se iluminó con una sonrisa que no había visto en años. Cara había devuelto la vida a su familia simplemente siendo ella misma: desinteresada, honesta y generosa.

Y él se había aprovechado de esas cualidades, la había utilizado para sus propios fines, los de su país, se recordó a sí mismo. Pero por primera vez en muchos años dudó de sí mismo. Había sacrificado su propia felicidad, y potencialmente la de sus hijos, al engañar a aquella mujer que despertaba en él sentimientos que nunca antes había sentido por nadie.

¿Cuándo había ocurrido? No había sido consciente de ello. Le costaba recordar cuando no la conocía, cuando apenas se había fijado en ella cuando había aparecido. Sacudió la cabeza como si quisiera librarla de su ignorancia y estupidez. Ahora le parecía imposible que ella no estuviera en su vida.

Un rayo de sol del atardecer se colaba por la ventana abatible, proyectando su resplandor sobre su pálido cabello, inflamándolo, dándole el brillo que ella ocupaba en su mente. Ella llenó su visión y él supo, en ese momento, que no podía dejarla salir de su vida. La idea de perderla ahora era insostenible. Tragó saliva cuando un miedo real y verdadero se apoderó de sus entrañas. No

había tenido esa sensación desde que era un niño y supo que su madre había muerto. Había tardado años en atornillar ese sentimiento y enterrarlo donde no pudiera identificarlo.

Desde entonces no había dejado que nadie se acercara a su corazón, sospechaba que ni siquiera sus hijos. Pero, de algún modo, Cara se le había metido dentro, en cada respiración que hacía, se había colado bajo su piel y en cada célula, en cada fibra de su ser. Si ella se marchaba, se destrozaría a sí mismo.

La fiesta había terminado y los niños se habían marchado, y aun así Tariq mantenía las distancias. La gente se alejaba. Cara se dio la vuelta y fue a recoger su abaya, de la misma seda roja que el vestido que le había regalado Tariq. Se la puso sobre los hombros y alisó la costosa tela.

Se había sentido hermosa llevándolo. Más que eso, *Tariq* la había hecho sentir hermosa. Y sin embargo, todo el tiempo la había estado usando.

Se acercó a la ventana y miró hacia el jardín, ahora inundado por la luz anaranjada del atardecer. Era precioso. Un hermoso jardín, en un hermoso país, que sin duda merecía la pena salvar para su gente, ¿a cualquier precio? ¿Incluso el precio de su orgullo?

Y ella también le había estado utilizando, ¿verdad? Miró el reloj. Pronto sería hora de irse. No sólo del palacio, sino de Ma'in. Había escrito una carta a Tariq, y lo único que tenía que hacer ahora era empaquetar la estatua y hacer que el mensajero se la entregara después de abandonar el país.

Estaba casi hecho. El tiempo se agotaba.

“¡Cara!”

Sobresaltada, se dio la vuelta para mirar a Tariq. “Por favor, ven conmigo”. Miró a su alrededor, inusualmente nervioso.

“Ya me iba. Tengo que coger un avión esta noche”.

En sus ojos se reflejó alguna emoción, no sabría decir si rabia, miedo o necesidad, pero se contuvo cuando él apretó los labios y se limitó a asentir. “Quisiera hablar con usted en privado, en mi despacho, antes de que se marche”.

¿Sospechaba algo? No, no estaría tan tranquilo si supiera la verdad.

Caminaron hasta su despacho, con ventanas por todos lados, ventanas que desde fuera parecían espejos.

“Puedes ver para siempre aquí”.

Se acercó por detrás y siguió su mirada por el concurrido vestíbulo, donde se mezclaban visitantes y funcionarios. Más allá del vestíbulo, las altas ventanas daban a los jardines y, más allá, al mar por un lado y al desierto y las lejanas montañas por otro.

“Podemos ver siempre, y nadie puede vernos. Una vista privada”.

“Eso es lo que haces, ¿no? Observar y cuidar de todos, de todo tu mundo, mientras tú te mantienes aparte, sin ser observado, en privado... *a salvo*”.

Sacudió la cabeza, una sonrisa levantó sus labios habitualmente severos. “Nos conocemos desde hace tan poco tiempo. Y, sin embargo, pareces conocerme mejor que nadie”.

Se encogió de hombros. “Lo dudo. Son sólo impresiones mías”.

“Impresiones *correctas*. Me mantengo a salvo. Normalmente. Cuando veo venir las cosas, me aseguro de estar a salvo. Pero no *te vi* venir”.

Miró a su alrededor, sorprendida por sus palabras.

“Cara, lo siento...”

“Me usaste, Tariq. Pero entiendo por qué lo hiciste”.

Tariq suspiró y tiró de ella hacia sí. “Lo siento mucho. No tenía elección. Había mucho en juego. Tenía que resolver esta situación. Por mi pueblo, por mi país. Y por mí”.

“No pasa nada”. Y *estaba bien* en un nivel, aunque el dolor continuaba debajo de ese nivel pensante y pragmático. “Este es tu mundo. Formas parte de él y tenías que defenderlo como pudieras. Desafortunadamente elegiste a una mujer que estaba cansada de ser usada”.

“¿Quién te utilizó?”

Había algo en su expresión, como si fuera a cazar a la gente y ocuparse de ella, que la hizo sonreír. Él era el líder, el macho alfa que se sentía responsable de todo lo que le ocurría a su pueblo. Y, por alguna razón, ahora parecía que la veía como una de los suyos.

“Eso no importa ahora”.

“Si todavía te importa, me importa a mí. Dímelo”.

“Mi madre primero. No era su intención, pero me necesitaba. Yo era más como un padre para mi madre, que como una hija. Era tan talentosa y a la vez tan desequilibrada. Mi padre era su roca y cuando él no estaba, yo tenía que serlo. Ella no podía hacer frente después de su muerte. Y entonces... bueno. Supongo que me había creado un patrón”.

“Un patrón que podemos romper. *Ahora*. Te prometo que nunca más te usaré a ti o a tus talentos, para ningún propósito. ¿Me crees?”

Ella asintió. Le creyó. La verdad estaba en sus ojos. En la forma en que le rozaba la mejilla con los pulgares, acariciándola como si la apreciara de verdad. “Sí, te creo”.

“Bien. Cara, debes quedarte”.

“No puedo. Tengo que irme. Tengo un vuelo a Inglaterra esta noche. Tengo cosas que arreglar”.

“Olvida eso. Sé que no hace mucho que nos conocemos, pero no quiero que te vayas”.

Apenas podía creer lo que estaba oyendo. Era el rey de su país. Tan erguido que nunca había llevado a una mujer a conocer a sus hijos en los dos años transcurridos desde la muerte de su esposa. “¿Quieres decir que tienes otro trabajo para mí?”

Sonrió. “Ahora estás siendo obtuso. Sabes que no quiero decir eso”.

“Necesito oír exactamente lo que quieres decir”.

“¿Exactamente? Bueno, iba a disimular toda mi intención, todo el tiempo que pudiera, para no asustarte. Pero aquí va. Quiero que te cases conmigo, Cara. No puedo imaginar una vida sin ti. Te amo y no quiero que te vayas de mi lado. Quiero que estés siempre conmigo”.

“¿Casarse?”, susurró.

“Quiero casarme contigo. Sé que nos conocemos desde hace poco, pero no necesito más tiempo para saber lo que quiero. Y eres *tú*. No quiero casarme contigo aquí, no hoy. Pero quiero que vuelvas a Ma'in tan pronto como puedas. Entonces, te mostraré mi país como es debido. Entonces, conocerás a mis hijos lentamente. Entonces, haré que me ames tanto como yo te amo a ti”.

Se tragó la marea de emociones que amenazaba con ahogar cualquier atisbo de razón que le quedara. Quería decirle que ya lo amaba. Pero cómo iba a decírselo si mañana por la mañana descubriría exactamente por qué no podía casarse con él. Y... por qué él no la quería. Tenía que parar esto. No podía ir a ninguna parte.

“Tariq, yo...”

Apretó el dedo contra sus labios. “No me respondas todavía”.

Jadeó contra su dedo y cerró los ojos, mientras intentaba contener su excitación ante su contacto.

“No lo hagas”, susurró de nuevo, ahora más cerca de ella. Ella le besó el dedo. Entonces él lo apartó y lo sustituyó por sus labios. Pero no fue una caricia suave, sino que su boca capturó la suya en un beso que contenía toda la pasión que había oído en su voz y visto en sus ojos.

Y ella respondió. No tenía elección. Sus manos rodearon el cuerpo de él mientras su boca y su lengua se enredaban con las de él. Él se apretó contra ella y ella se movió, acomodando su forma a la suya, abriendo las piernas alrededor de las de él.

Retrocedieron hasta que ella quedó apretada contra el cristal que daba a todo el vestíbulo de la planta baja, donde la gente caminaba de un lado a otro, hablando en grupos, sin darse cuenta y sin poder ver lo que ocurría en lo alto.

Las manos de ella agarraron la tela de la camisa de él y se deslizaron por debajo, sobre el cuerpo de él, con los músculos duros, tensos y fuertes, mientras las manos de él tiraban del vestido de ella, se movían y le acariciaban las nalgas, acercándola a él. Ella separó las piernas y las rodeó por las caderas mientras su sexo se frotaba contra la dura erección de él.

Lo quería dentro de ella, por última vez. Quería sentir lo que él podía hacerle sentir. “Tariq. Te deseo. ¿Pero aquí? ¿Y si alguien entrara?”

Tariq ardía de lujuria. “Nadie se atrevería, Cara. *Nadie*. Sólo estamos tú y yo. Déjame mostrarte cuánto quiero que te quedes. Déjame mostrarte lo mucho que me importas”.

Ella se retorció en sus brazos. “Pero, ahí fuera”. Miró a toda la gente que se movía, decidida, ajena a la escena que se desarrollaba sobre ellos.

“Perfecto. Has vivido tu vida en privado, en las sombras. Mira ahí fuera”.

Ella se volvió hacia la ventana y él subió la mano por debajo del vestido, desnudándola, palpándola. Ella cerró los ojos y tembló bajo sus caricias. Ella gimió y movió las nalgas hacia él, permitiendo que sus dedos tuvieran más acceso al lugar que él deseaba. Se desabrochó rápidamente la bragueta.

“Abre los ojos, Cara. Quiero mostrarle al mundo que eres mía. *Quiero que te sientas expuesta*”. Con eso, la levantó contra él y se frotó contra ella. Estaba mojada y lista para él. “Serás mi esposa, mi Reina. *Este* será tu mundo”.

Apoyó la cabeza en los brazos, contra la pared de cristal, y metió la mano por detrás, palpándole, incitándole, empujándose hacia él. Él no necesitó más invitación y la penetró profundamente, con el cuerpo de ella resbaladizo y acogedor. Ella gritó de sorpresa con un orgasmo instantáneo que le impulsó con más fuerza.

Sus jadeos, sus gemidos, sus quejidos se hicieron más fuertes y entonces gritó su nombre, cayendo contra la barandilla de acero que rodeaba la ventana, necesitando su apoyo, mientras él seguía empujando, hasta que su mundo se volvió blanco y se corrió dentro de ella, bombeando su semilla, asegurándose de que ella la recibía en su centro.

Poco a poco volvió a ser consciente del mundo que le rodeaba. Apenas podía creer el poder de su orgasmo, el poder de ella sobre él. Se separó de ella y la abrazó, volviéndola hacia él. Ella llenó su visión. El mundo estaba a sus pies, pero sólo la veía a ella.

La atrajo con fuerza contra él, besándole el pelo que olía a albaricoque. Besó su cuello y gimió al sentir que se excitaba una vez más con su olor y su tacto. Todo en ella era afrodisíaco para él. No podía saciarse. Dudaba que *alguna vez* tuviera suficiente. “Dime lo que estás pensando.”

Abrió la boca, pero no pronunció palabra alguna. Entonces se volvió y susurró algo.

“¿Qué has dicho?” Lo había oído pero quería que ella lo dijera más alto.

“Que *me encanta...* hacer el amor contigo”.

“Nunca he conocido a nadie como tú, Cara. Eres tan honesta, tan directa. La mayoría de la gente quiere algo de mí, ¿pero tú? Quizá sí quieras algo”. Sonrió. “Pero lo que tú quieres es algo que yo quiero dar. Esa honestidad es inusual en mi mundo, Cara, y la valoro”.

Se apartó, con el ceño fruncido sobre sus ojos verdes. “Nadie es perfecto. Y menos yo. Todo el mundo tiene un pasado, incluso yo”.

Él sonrió pero ella no. “¿Incluso tú, Cara?” Él buscó su rostro, sonriendo, tratando de entender la repentina seriedad. “Claro que tienes un pasado. Nadie llega completamente formado pero confío en ti, confío en tu inocencia tu honestidad, como nunca he confiado en nadie antes.”

“Tariq, yo...”

Acalló sus palabras con un beso. “No intentes demostrar lo contrario, Cara, porque no te creeré”. No entendía a dónde iban sus pensamientos, pero sabía cómo traerla de vuelta a él.

“Tariq” -se apartó- “tengo que irme”.

“No quiero que te vayas”.

“Tengo que hacerlo. Mi avión sale esta noche”.

“Sólo te dejaré ir si prometes volver. Hablaba en serio cuando dije que quería que nos casáramos”.

Se mordió el labio y volvió a fruncir el ceño. ¿Por qué no contestaba?

“¿Lo harás?”

Ella se apartó, sin mirarle a los ojos. “¿Casarme contigo? Apenas me conoces. Además”, balbuceó, “tú eres el Rey, yo no soy... nadie”.

“¡Nunca digas eso! Cara, escúchame. La primera vez que me casé no fue por amor; fue un matrimonio concertado con una mujer que mi familia consideró ‘adecuada’. Nunca amé a mi mujer, apenas la respeté por las decisiones que tomó, pero fue una buena madre para mis hijos y ahora está muerta. No tenía intención de volver a casarme, pero entonces te vi y poco a poco me he ido enamorando de ti. Al principio ni siquiera me di cuenta. Te has colado bajo mi piel, has traspasado mis defensas, sin que yo me diera cuenta. Cara, quiero que te cases conmigo. ¿Lo harás?”

“Tariq, no... yo...” Ella lo miró a los ojos, pero él no se tranquilizó por la expresión que vio allí. “No. No puedo. Hay tantas razones por las que no puedo”.

“Cásate conmigo, Cara. Olvida quién soy, olvida el mundo en el que vivo. Sólo soy un hombre que se ha enamorado de una mujer que ni siquiera sabía que existía. No puedo creer que te haya encontrado, y no puedo vivir sin ti. Mírame, Cara”.

Pero siguió mirando hacia el cielo lejano.

“Cásate conmigo”, repitió, exigiendo más que pidiendo ahora, mientras la desesperación y el miedo corroían su certeza.

“No puedo, Tariq.”

“Cuando vuelvas de Inglaterra, nos tomaremos nuestro tiempo. Te cortejaré, te cortejaré, si quieres. Sé que no hace mucho que nos conocemos. Pasaremos tiempo juntos, llegaremos a conocernos mejor”.

“No puedo”, repitió.

Apenas podía creer lo que estaba oyendo. “Cara, ¿qué tengo que decir para hacerte ver? ¿No sientes cómo nuestros cuerpos encajan, cómo nuestras mentes y sentimientos se funden a la perfección? Somos el uno para el otro”.

“Tariq, no puedo casarme contigo. Es así de simple.”

“Vale. Lo entiendo. No hace mucho que nos conocemos. Sólo porque yo esté segura, no significa que tú lo estés. Te daré tiempo”.

“No. No me estás escuchando, Tariq.”

“Sé que nuestras culturas son diferentes. Tú eres de Inglaterra y yo soy de Ma’in pero...”

“¡Tariq! ¡No *puedo* casarme contigo, *no quiero!*”

Enfermo. Se sintió enfermo cuando comprendió. Retiró sus manos de ella. “Dime por qué”.

Se lamió los labios secos. “Ya estoy casada”.

TARIQ SE APARTÓ de ella y se pasó las manos por el pelo, sacudiendo la cabeza.

¡"Tariq"! Lo siento. No es lo que parece."

Ella le tendió la mano, pero él saltó al tocarla y se alejó.

"¡Tariq! Mírame. Háblame."

"¿Me *exiges* que hable contigo? ¿Me acusas de no confiar en ti? Y sin embargo, ¿todo este tiempo has estado *casado*?". Sacudió la cabeza, el dolor en sus ojos la caló hasta los huesos. "Eres increíble".

"Estoy casado sólo porque aún no he podido divorciarme. Estoy casada sólo de nombre. Llevo así más de un año".

Pero aún así la mirada de dolor e incompreensión llenaba su rostro. Las lágrimas brotaron de sus ojos. "¡Tariq!", medio sollozó. "Tienes que creerme, se acabó en todo menos en el nombre". Se apartó de ella. "¡Un trozo de papel, eso es todo lo que es!"

Se dirigió al cuarto de baño y cerró la puerta tras de sí.

"Tariq", llamó a través de la puerta. "Déjame explicarte. Déjame contártelo todo". Llamó a la puerta del baño. No hubo respuesta. Probó el picaporte y la puerta se abrió. No había cerrado con llave. Entró. Él estaba inclinado, con las manos agarradas al lavabo y la cabeza gacha. Ella se acercó por detrás y le puso una mano tentativa en el hombro. "Tariq, deja que te explique".

La miró en el espejo. "No necesito una explicación. Lo que necesito, Cara, es que te vayas. Tienes que coger un avión, ¿recuerdas?"

"Me acuerdo. Pero primero deberíamos hablar".

Gruñó. "No lo creo." Y entró en su despacho. Ella le siguió. Tenía que llegar hasta él. Se acercó tímidamente y le puso una mano en el brazo. Él se limitó a mirarla hasta que ella retiró la mano. Cogió su teléfono y empezó a hojear sus correos electrónicos.

"¡Tariq! ¡No puedo dejarte así!"

Se volvió completamente hacia ella por primera vez, con la ira fluyendo de él en oleadas. "¿Por qué no puedes? Se acabó. Has conseguido lo que querías de mí, fuera lo que fuera, y ahora es

hora de que te vayas. Eso es lo que habías planeado, ¿no? Ahora tienes que volver con tu marido”.

“No es así”.

“Entonces, ¿cómo es?”

“Se casó conmigo por una sola razón. Para usarme”.

“¿Cómo te usó?”

¿Debía decírselo ahora? ¿Y si no creía en su inocencia? “Él...” ella medio sollozó, “Yo...”

“No te molestes. No me interesa. Lo único que me da curiosidad es cómo la mujer a la que me había acercado tanto pudo engañarme tan bien”. Suspiró y se pasó los dedos por el pelo.

“I-”

Levantó la mano. “Y no puedes decirme la respuesta. La culpa es mía. He bajado la guardia. *Estúpido*”.

Flexionó las manos, que le dolían por sujetarlo, por obligarlo a escucharla. Pero no podía obligar a un hombre como Tariq a hacer nada. “Lo siento, Tariq. Supongo que debería habértelo dicho antes”.

Se quedó inmóvil, sin mirarla. “¿Adivinas?”

Se encogió de hombros. “No era algo que hubiera surgido. Quiero decir, ¿cuándo debería habértelo dicho?”

Entonces se volvió lentamente hacia ella y la miró con unos ojos que ella no reconoció: eran fríos, duros, ocultos. “¿No sabes cuándo deberías habérmelo dicho? ¿Qué tal antes de que te besara? ¿O incluso después de besarte? Aunque no pensaras nada de eso, quizá deberías habérmelo dicho antes de hacer el amor, ¿no crees?”.

“Tienes razón, claro que tienes razón. Pero no es tan fácil. Hay... otros asuntos que complican las cosas”.

“¿Y qué tiene de complicado el matrimonio? Es sencillo. Eres una esposa. Tienes un marido. Debes ser fiel a ese marido. *Eso*, Cara, es lo que el matrimonio es para mí. Pero obviamente no para ti”.

Ella retrocedió, odiando la amargura en su voz, odiando la ira y el dolor en sus ojos y, sobre todo, odiando por qué no podía defender sus acusaciones.

“Yo era tu empleado. ¡No tenía ni idea de que las cosas escalarían así!”

¿”Escalar”? Nos enamoramos el uno del otro. Sabías que mi mujer murió hace dos años y supuse que estabas soltero. Nunca sugeriste lo contrario. Estuviste de acuerdo en que no tenías ‘otra persona significativa’”.

“Y no lo he hecho. Escúchame, Tariq. Estoy casada sólo de nombre”.

La risa de Tariq era amarga. Se volvió hacia ella. “‘Sólo de nombre’. ¿Y qué significa eso

exactamente? *Me casé sólo de nombre.* Un matrimonio es un matrimonio. Firmas un papel y estás oficialmente casado. Y si estás casado *no* tienes sexo con otras personas. *Eso* es desleal. *Eso no* es aceptable”.

“Oye, no vayas por ahí diciéndome lo que está bien y lo que está mal. No conoces toda la historia”.

“¿Quieres decir la historia completa que te niegas a contarme?” Se colocó junto a ella, con un músculo en la mandíbula que delataba la lucha que revelaban sus ojos. Ahora estaba cerca de ella y vio cómo la expresión de sus ojos pasaba de la amargura a un dolor palpable.

“Lo siento mucho, Tariq. Hacerte daño es lo último que quiero hacer. Estar contigo ha sido lo más importante de mi vida”.

“Entonces cuéntamelo todo”.

“No puedo. Simplemente no puedo. Todavía no. Es complicado”. Hizo una pausa. “Pronto lo sabrás”.

“¿No confías en mí con esto?”

“No es que...”

“¿No confías en mí?”, repitió.

“*No puedo* confiar en ti”.

“Entonces ya está todo dicho”. Se alejó de nuevo. “Mis hijos deseaban despedirse de ti. Lo permitiré porque no deseo que se sientan heridos por tu incomparecencia. Ve allí ahora y haré que un chófer te lleve a donde quieras ir, después”.

Cerró la puerta con una lentitud que le heló el corazón. Un repentino arrebato de ira se apoderó de ella y golpeó la puerta con las palmas de las manos, deseando abrirla y gritar tras él. Pero, ¿cómo gritar que nunca había amado a su marido? ¿Cómo gritó que lo amaba a *él*, a Tariq? ¿Cómo gritó que no podía decírselo porque una vez que Tariq conociera sus secretos ya no la querría?

En cuanto Cara entró en el salón familiar, se le paró el corazón. De pie, de espaldas a ella, perfilado por la luz, estaba Tariq. Entonces vio a los niños riendo y la silueta se movió y se volvió hacia ella con una sonrisa de bienvenida. No era Tariq. Sólo alguien que se le parecía.

Debió de parecer sorprendida porque el hombre se dirigió hacia ella con cara de preocupación. “¿Estás bien?”

“Claro. Lo siento, es que no esperaba a nadie más que a los niños”.

“Ni ellos tampoco”. Sonrió y le tendió la mano. “Soy Sahmir, el hermano menor de Tariq y tú debes de ser la Cara de la que tanto he oído hablar”.

“Sí.” Ella le estrechó la mano. “Tariq dijo que estabas en París.”

“Sí. He vuelto antes de lo previsto”.

“¿Has tenido un buen viaje?”, preguntó cortésmente, intentando desesperadamente pensar en algo que decirle al glamuroso príncipe de Ma'in, mientras ella sólo podía pensar en Tariq.

Hizo una mueca. “¿Deberíamos decir ‘interesante’? ¿Te apetece una copa?”

“Por favor. Un café sería estupendo”.

Sirvió dos cafés y volvió a la mesa.

“¡Tío Sahmir! Vuelve y juega”.

“¡Después! ¿Dónde están tus modales?” Pero su tono era ligero.

“Por favor, no dejes que te impida jugar con tus sobrinos”.

“Jugaré con ellos más tarde. Además, no suelo tener la oportunidad de hablar con una mujer que Tariq ha presentado a sus hijos”.

Cara bajó los ojos y bebió un sorbo del café negro y caliente. Se sentía exhausta, agotada y no le hacía ninguna gracia recibir el tercer grado del hermano de Tariq.

“Creo que me contrató, Su Alteza Real.”

“Llámame Sahmir. Y sí, te contraté. Tengo que admitir que me enamoré de tu voz en el anuncio de chocolate. Y...”

“Y tú me imaginabas como una mujer fatal que entretendría a tu hermano durante unas semanas”. Bebió otro sorbo, mirando a Sahmir con ojos divertidos y entrecerrados. “Darle un poco de alivio a su trabajo”.

“Parece que puedes ver a través de mí. Pero tengo que decir” -se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en las rodillas mientras le sonreía desarmadamente- “que mi plan parece haber funcionado”.

Abrió la boca para hablar, tentada de confiárselo todo a aquel desconocido. Pero era el hermano de Tariq. Se mordió el labio. “Me voy en unas horas”.

Alzó las cejas, sorprendido. “Ah, así que tal vez no funcionó tan bien como había imaginado. Una pena. Entonces... ¿a dónde te diriges?”

“Inglaterra”.

“¿Por vacaciones?”

“Sólo una semana o así para atar algunos cabos sueltos y luego me mudo a Italia”.

Apretó los labios con pesar. “Realmente es una pena”.

Se encogió de hombros, intentando parecer despreocupada. Estaba segura de que no le salía. No era tan buena actriz. “No, no lo es. No hay nada que me retenga aquí”.

Se levantó. “¿Ni siquiera Tariq?”

Ella también se levantó. “Especialmente no Tariq.”

Justo en ese momento los niños la vieron a través de las puertas dobles abiertas. “¡Cara!”

Sahmir silbó por lo bajo y miró de Cara a los niños. “¿Te tuteas con los hijos de Tariq?”. Observó con interés cómo Eshal se acercaba a Cara y se pegaba a su pierna, mientras Cara le acariciaba la cabeza. “¡Con Eshal me llevo más que bien!”. Se rió y cogió a la niña en brazos, dándole vueltas hasta que se puso a chillar de risa.

Cuando los niños se hubieron desviado con éxito, Cara aprovechó la oportunidad para hacer la pregunta cuya respuesta más deseaba.

“¿Has visto a Tariq en la última hora?”. Había intentado que su voz fuera informal, como si se tratara simplemente de una pregunta cortés, pero, a juzgar por la sonrisa en el rostro de Sahmir, no lo había conseguido. “¿Está... está bien?”

“No es que quiera entrometerme”, se encogió de hombros, “aunque probablemente lo haga, pero ¿por qué crees que Tariq no estaría bien?”, preguntó.

“Sólo me lo preguntaba.”

“Muy bien. Eres tan discreto como Tariq, lo entiendo. Incluso si delatas más con tus ojos que él. De todos modos, no sé cómo está. Aún no lo he visto. Estoy posponiendo el malvado momento en que le presente a una... una dama que está conmigo”.

“¿Tu prometida? Tariq me dijo que te ibas a comprometer a tu regreso”.

“¿Él te dijo eso?”

“Lo siento, no pensé. Sin duda es privado, cosas de familia. Sólo lo mencionó de pasada”.

“No pasa nada. Es sólo que Tariq rara vez habla de asuntos familiares con alguien fuera de la familia. Debe haber confiado en ti”.

Se encogió de hombros, tratando de ocultar el dolor del cumplido equivocado.

“¿Y dónde está? ¿Tu prometida?”

“En realidad no es mi prometida. Se está refrescando. Ha tenido una semana infernal y está descansando antes de que la remate el disgusto de mi hermano”.

Fue el turno de Cara de estar confundida. “¿Por qué le disgustaría a Tariq conocer a tu futura prometida? La estaba esperando”.

“La dama que está conmigo, no es la mujer con la que estaba destinado a casarme.”

“¡Oh!” Parecía que el hermano de Tariq no se parecía en nada a Tariq. “¿Y Tariq no lo sabe todavía?”

Sahmir esbozó una sonrisa apenada y avergonzada. “No, todavía no. Parece haber desaparecido sin dejar rastro. Ni siquiera Aarif sabe dónde está”. Enarcó una ceja. “¿Tienes alguna idea?”

Sacudió la cabeza.

“¿Alguna pista sobre su estado de ánimo?”

Fue su turno de hacer una mueca. “No es una buena, me temo.”

“Oh. ¿Tú también?”

Ella asintió. “Fue culpa mía. Olvidé decirle algo importante”.

“No puede haber sido tan importante”.

“Oh, sí, lo era.” Quería decirle a este extraño todo lo que no podía decirle a Tariq. Era ridículo. ¿De qué serviría? Ella se iría pronto y su tiempo con Tariq sería sólo un sueño. Pero... ella no quería que fuera un sueño.

“Puedes decírmelo. Yo soy el hermano extrovertido; Tariq es el introvertido y ¿Daidan? Bueno, sólo Alá sabe lo que es Daidan”.

“¿Está en Finlandia, tengo entendido?”

“Sí. En el frío y nevado norte, extrayendo diamantes. Es incluso peor que Tariq cuando se trata de cosas emocionales”. Se inclinó hacia adelante. “Así que dime qué es lo que deberías haberle dicho. Tal vez pueda ayudar.”

“Gracias, pero nada puede ayudar. Estoy casada. Con un hombre que no me quiere y al que yo no quiero. Hace más de un año que no estamos juntos. Y no he sabido dónde estaba durante parte de ese tiempo, así que no he podido divorciarme”.

“¿Y le dijiste eso a Tariq?”

“Algo de eso, pero no quiso escuchar”.

“Claro que no”. Ella esperó a que continuara, pero de repente parecía distraído. “Mira, tengo que ir a arreglar unas cosas. Espero verte luego”. Se levantó y le besó la mano. “Encantado de conocerte, Cara. Espero que nos volvamos a ver”.

Antes de que Cara pudiera decirle que se marchaba y que no volvería a verle, él ya se había ido.

Despedirse de los niños fue más duro de lo que pensaba. A pesar de las pocas veces que los había visto, se había encariñado con ellos. Gadiel, en particular, había sido difícil de dejar. Quería saber cuándo volvería a verla. Sólo la reaparición de su enfermera la había salvado.

Mientras caminaba por el vestíbulo del palacio, se dio cuenta de que no volvería a ver a Tariq. Mañana por la mañana, ella ya no estaría y él habría abierto el paquete que contenía la estatua que se lo contaría todo. Miró a su alrededor, su grandeza y opulencia, y se dio cuenta conmovida de que no sentía nada del asombro que había experimentado al entrar por primera vez en el palacio. Más bien compartía la sensación de Tariq de que se había pagado un precio demasiado alto por todo aquello.

Finalmente miró hacia las ventanas opacas donde estaba su despacho. Había estado allí horas antes. Siguió caminando, desesperada por no revivir aquel momento. Todavía no. Eso sería más tarde.

Los mismos guardias que habían intentado impedirle el acceso la saludaron respetuosamente al

salir del edificio. Un chófer se acercó inmediatamente y la llevó a un coche con cristales tintados, que esperaba bajo el pórtico sombreado al pie de la escalinata. Sólo lo mejor para ella, pensó con ironía.

Entró en el coche y se encontró cara a cara con Tariq y se golpeó contra el asiento por la sorpresa. “¡Tariq!”

“Siento haberte asustado”.

“¿Qué haces aquí?”

“Quería unas palabras en privado”. Se volvió hacia el conductor y pulsó el interfono. “Llévenos al apartamento de la Srta. Devlin”. Le dio la dirección. Se sentó y la observó con frialdad.

“Mira, Tariq, si has venido a arengarme otra vez, olvídale. Lo hecho, hecho está y...”

“Lo sé...”

“No hay nada...” Giró la cabeza para mirarle. “¿Qué sabes? ¿*Qué sabes tú?*”

“Que no hay nada que se pueda hacer con el pasado. Se me ha explicado en términos inequívocos que eres la mujer adecuada para mí y que no debo dejarte escapar. Casado o no”.

“¿Qué?” Cara jadeó. “¿Quién te dijo eso?”

“Mi hermano pequeño. Siempre ha sido, digamos, más adepto a las cosas del corazón”.

“¿Sahmir te lo dijo?” Recordó su repentina desaparición. “Ah.”

“Es evidente que causaste una gran impresión”.

“Sería la primera vez”.

“Mi hermano es un experto en mujeres y, como tal, sabe juzgar muy bien el carácter. Un rasgo que prefiere mantener en secreto. Y tiene razón. Eres la mujer adecuada para mí. Pero, como sucedió, su consejo no era necesario. Iba de camino a verte”.

La culpa inundó a Cara. “Tariq, necesito decirte algo”.

“No, no lo sabes. Sé todo lo que hay que saber, ahora. Sólo quiero que sepas que lamento cómo me comporté. Me tomó por sorpresa. Y no soy bueno con las sorpresas”.

“Lo siento mucho, Tariq. Nunca imaginé, ni por un momento, que nuestra relación se desarrollaría como lo hizo. Tienes que saber que hay razones válidas por las que no te hablé de mi matrimonio. Si dentro de un mes me preguntas si estoy casado o no, la respuesta será “no”. Te diría que *estuve* casada pero que ahora estoy divorciada. Y felizmente. Aunque mientras vivíamos como marido y mujer, quiero que sepas que nunca fui desleal, ni de pensamiento, ni de hecho.”

Asintió con la cabeza. “¿Y volverás aquí, cuando hayas terminado tus negocios en Inglaterra? ¿Cuándo te divorcies?”

Ella sabía que para entonces Tariq habría descubierto toda la historia y no la querría de todos modos. “Si todavía quieres que lo haga, entonces sí.” Esa, era la verdad al menos.

“Bien. Quiero que lo hagas ahora. Y no hay nada que me haga cambiar de opinión”.

La atrajo hacia sí en un beso que pretendía ser de reconciliación, pero que se convirtió en algo mucho más apasionado. Parecía que cada vez que se acercaban, sus cuerpos querían mucho más el uno del otro. Pero ahora no era el momento, ni el lugar.

El coche se detuvo ante su beso. Fue Tariq quien se alejó primero. “Estamos aquí.”

“¿Aquí?”, repitió, incapaz de pensar inmediatamente dónde estaba “aquí”. Entonces lo recordó. Su apartamento. De repente tuvo una visión de la estatua, todavía colocada en el alféizar de la ventana de su apartamento.

“¿Puedo subir, si tienes tiempo?”

Ella negó con la cabeza, bajando los ojos, tratando de ocultar su pánico. Él creía saber todo lo que necesitaba saber sobre ella. Se equivocaba. Si subía corría el riesgo de ver la estatua y nunca creería que ella había dispuesto que se la devolvieran si la encontraba arriba, ahora.

“Lo siento. Necesito terminar de empacar”.

Apoyó la frente en la de ella y le acarició la mejilla con la mano. “No quiero que te vayas”.

“Y no quiero ir. Pero necesito arreglar algunas cosas en Inglaterra y luego, si quieres que vaya a verte, llámame”.

“Quiero que vengas. Seguro que no necesitas más pruebas”.

“Sí, quiero”. Se dio la vuelta y salió por la puerta abierta por el chófer. Agachó la cabeza para mirar dentro del coche, una última vez, con la intención de grabar en su cerebro la imagen de su rostro que tanto le había llegado a gustar, para no olvidarla nunca. Los ojos oscuros, normalmente tan inescrutables, pero con ella, tan abiertos, tan expresivos, tal como eran ahora, y sus labios, unos labios que sabían cómo excitar su cuerpo hasta cotas que nunca antes había experimentado... y que nunca volvería a experimentar. “Adiós, Tariq. Y gracias.”

Estaba a punto de hablar cuando ella se dio la vuelta y corrió hacia el interior del edificio, sin confiar en quedarse. El frescor del aire acondicionado fue bienvenido mientras las lágrimas calientes recorrían su rostro. Entró en uno de los ascensores, sin hablar con el conserje. Se desplomó contra la pared, marcó el código que la llevaría directamente a su apartamento y sollozó por una vida que había salido mal. Sentía como si hubiera estado en un tren toda su vida, avanzando sin parar, tomando una decisión equivocada tras otra hasta que se encontró aquí, con la oportunidad de amar a un buen hombre en un país que adoraba, sólo para que se convirtiera en polvo.

El ascensor se detuvo en su vestíbulo y ella atravesó el pequeño y elegante espacio y entró en el salón. Sólo quedaban sus maletas abiertas y una estatua, sentada en el alféizar de la ventana, perfilada contra el azul brillante del cielo.

Metió las últimas cosas en la maleta, la cerró y colocó la estatua en el alféizar de la ventana, lo único que quedaba en la habitación. Esta era su última tarea: empaquetar la estatua y enviarla por correo a Tariq, junto con una carta que había escrito con mucho esfuerzo. Para cuando él la recibiera, ella ya se habría ido.

Entonces oyó el ruido del ascensor y se le paró el corazón. No pudo moverse cuando se abrieron las puertas del ascensor y Tariq dio las gracias al conserje, salió al vestíbulo y atravesó la puerta abierta hasta donde estaba ella, clavada en el sitio.

La sonrisa que brotó inicialmente de su rostro se congeló y cayó de asombro al ver la estatua.

“¿Pero qué...?” Se acercó a ella, tocándola, sacudiendo la cabeza mientras la miraba primero a ella y luego de nuevo a la estatua. “¿Cara?” Ella se tragó un sollozo ante la expresión de total devastación en su rostro. “Dime qué hace aquí”.

Ella tragó saliva. “Mi marido...” Se aclaró la garganta. “Mi marido, Piers... él... lo robó.”

“Tu... *marido*”. Prácticamente escupió el nombre. “Cara, si estás tratando de destruirme, lo estás logrando. ¿No fue suficiente mi corazón?” Levantó la estatua. “Miles de años de antigüedad. Una parte de mi herencia. Una herencia que tú y tu marido os propusisteis robar cuando llegasteis a Ma’in. Mi corazón, Cara, y mi identidad. Quieres ambas cosas, que tanto me he esforzado en proteger”.

“Estaba dejando la estatua para ti. Debes creerme”.

“¿Debo hacerlo?”

Si la ira, en lugar de la desesperación, hubiera llenado su rostro, ella habría podido manejarlo mejor. Rebuscó en su bolso la carta que le había escrito. La sacó y se la tendió. “Toma, léela. ¿Ves el envoltorio? Estaba a punto de juntarlo y enviártelo. No pude decírtelo antes porque tenía miedo. Miedo de que no me creyeras. Miedo de que me metieras entre rejas”.

“Eres una traidora a este país, y a mí. Cara, no quiero volver a verte. Haré que Aarif te escolte fuera del país, para asegurarme de que te vas”.

Recogió la estatua sin quitarle la carta de explicación de las manos y se dirigió de nuevo al ascensor, que se abrió inmediatamente para él. Cara no habría podido decir si se había dado la vuelta cuando las puertas se cerraron tras él para echar un último vistazo a la mujer a la que había entregado su corazón y que había traicionado todo lo que apreciaba. No podría haberlo dicho porque la habitación giró y todo se volvió negro.

Dos meses después. Norfolk, Inglaterra.

ERA el momento favorito de Cara. Estiró los pies y los colocó sobre la mesa desvencijada que había junto a la mata de geranios. Llevaba todo el día con el ordenador, así que le sentaba bien sentarse en el pequeño balcón de su apartamento, que daba a la tienda de abajo, y relajarse.

A pesar de su trabajo, no se había sentido sola. La bulliciosa panadería en la que trabajaba y vivía le proporcionaba compañía en forma de su amiga más antigua cuando la necesitaba, deliciosos pasteles que ciertamente no debería haber comido y, sobre todo, la sensación de que formaba parte de una familia. Aunque no lo fuera.

Apoyó los brazos en la balaustrada de hierro pintada de negro y echó un vistazo a la concurrida calle. El pueblo estaba más tranquilo que de costumbre. Era mitad de semana y, con el cielo oscuro hacia el sur y la promesa de truenos, había pocos turistas.

Desde el balcón, Cara podía ver las enormes puertas tras las que se encontraban los restos del Priorato. Los árboles apenas se movían en el aire caliente, húmedo y quieto. Había una sensación de expectación. Se estremeció, pero no por la antigua sensación de presentimiento que le producían las tormentas, que había desaparecido.

Los últimos meses habían sido frenéticos: montar su nuevo negocio de traducción por Internet, instalarse en un pueblo que sólo conocía un poco de las visitas a casa de su abuela y, no menos importante, divorciarse.

Saludó con la mano al dueño de la tienda de comestibles de enfrente, que había descolgado su toldo de lona a rayas, dispuesto a cerrar por hoy. “Disfrutad de los últimos rayos de sol”, dijo. “Parece que pronto va a diluviar”.

“Lo haré”. Ella respondió. “¡Y gracias por las manzanas!”

“El placer es mío. Buenas noches”. Y se fue.

A pesar de la amenaza de lluvia, Cara se levantó y miró calle abajo, primero en una dirección y luego en otra. Eran las cinco y media de la tarde y todas las tiendas estaban cerradas, sólo se oía el suave ruido de la música procedente del restaurante situado dos puertas más abajo. El aire parecía inusualmente pesado y sin aliento. A pesar de la amenaza de lluvia, o incluso a causa de ella, pensó en salir a dar un paseo.

Con las grandes puertas de entrada cerradas por hoy, Cara se coló en los terrenos de la abadía por una pequeña puerta en la parte trasera del monasterio, utilizada por los lugareños y oculta a los curiosos por árboles y arbustos crecidos. Caminó bajo las copas de los enormes robles, que apenas se movían, en dirección al ventanal oriental de la abadía, el único vestigio que quedaba del priorato agustino. Caminó más allá hasta el final del bosque de la abadía, donde una valla baja daba paso a un campo de oro inmóvil que se derramaba por la suave colina hacia el sol poniente. Cerró los ojos para protegerse de la luz, imaginando que estaba de vuelta en Ma'in. Pero no podía. La luz de aquí era muy diferente a la del sol de Ma'in. Pero mantuvo los ojos cerrados, dejando que sus pensamientos retrocedieran en el tiempo, hacia Tariq, hacia lo que podría haber sido.

Para empezar, se había esforzado por no recordar. Pero no pudo evitarlo. Intentó mantenerse en el presente mientras estaba en su apartamento, pero aquí estaba su lugar secreto, donde podía recordar.

Recordar sus ojos severos que se volvían apasionados cuando la miraban; recordar la forma en que decía su nombre, con el acento en la “r” en lugar de en la “a”, y recordar la sensación de sus labios y su cuerpo apretados contra los de ella.

Lo recordaba todo de él como si formara parte de ella.

Un relámpago partió el cielo. Abrió los ojos y vio que el sol había desaparecido por completo tras un ominoso muro de nubes gris hierro. Aún no había llovido y todavía hacía calor, así que contó distraídamente los segundos que faltaban para que los truenos retumbaran alrededor del pueblo y los amplios campos.

Debería volver a su apartamento, tal vez terminar el trabajo que había empezado a última hora de la tarde, revisar sus cuentas. Siempre había algo que la mantuviera ocupada. Pero por alguna razón no se movió. De algún modo, aquí se sentía más cerca de él.

Observó cómo las nubes oscuras se movían por los campos hacia ella y recordó cómo había llovido durante semanas sin parar tras la muerte de su padre y su madre. Y durante los años siguientes, había odiado la lluvia, odiaba los sentimientos de impotencia y dolor que le recordaba.

Pero todo había cambiado con Tariq. Amarlo le había permitido ver más allá del dolor, la había hecho capaz de volver al único lugar que había sentido como su hogar, en lugar de seguir huyendo.

De repente, la lluvia cayó sobre ella. Levantó la vista y vio cómo las hojas del roble se agitaban bajo las firmes gotas de lluvia que anunciaban la embestida. Rápidamente le siguió un diluvio y un trueno que resonó por todas partes.

Volvió la cara hacia el cielo. Una lluvia así era prácticamente venerada en Ma'in. Se rió cuando el torrente de lluvia le empapó rápidamente el pelo, y recordó la tormenta que ella y Tariq habían encontrado en el desierto. Se rodeó el cuerpo con los brazos y se apretó la tripa con la palma de la mano. *Recordando. Deseando.*

Pero el dolor era excesivo y se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos, apretándose aún una mano

contra el estómago: las sensaciones, viscerales y fuertes. Sólo cuando regresó a la calle empedrada frente a su apartamento se detuvo y se apoyó en el viejo muro de sílex que rodeaba el monasterio, y se cobijó bajo la lila colgante, cuyo aroma llenaba el aire.

Miró a su apartamento de tres plantas, tan pintoresco y bonito por encima de las fachadas de las tiendas medievales. Esta era su realidad. Tenía que soltarse. De mala gana, retiró su mano, la mano que era *su* mano, y pensó en él por última vez.

Otro trueno y, con los ojos tan apretados, con el corazón latiéndole con fuerza al recordarlo, casi podía oír la forma en que Tariq decía su nombre, como si fuera algo suave y hermoso... como si *ella* fuera hermosa.

Cara... cuando la miró con expresión sorprendida, como si acabara de darse cuenta de algo en ella.

Cara... cuando le tocó suavemente la mejilla con la punta del dedo, frunció el ceño, desconcertado.

Cara... cuando le susurró al oído con total dominio y satisfacción, mientras su cuerpo se introducía en ella.

¡Cara! Abrió los ojos bruscamente, arrancada de su ensoñación por un sonido agudo, y miró hacia la carretera que la separaba de su apartamento. Había alguien bajo su balcón, una forma oscura. ¿Pero qué...? Se asomó a la penumbra. Hubo un relámpago y vio una figura solitaria frente a su puerta, empapada hasta los huesos como ella, con ojos intensos, como si quisiera devorarla.

“¿Tariq?”, susurró, apenas capaz de hablar con la boca repentinamente seca. Se pasó los dedos por el pelo, agarrándose la cabeza, tratando de contener el shock, esforzándose en mirar la luz cada vez más oscura para ver si era real o un producto de su imaginación. ¿Era un sueño? ¿Lo había invocado de algún modo a partir de su imaginación, de los deseos urgentes de su corazón?

Otro relámpago iluminó la escena con una inquietante luz plateada. *Era* él. En la penumbra que siguió, lo único que pudo ver fue la lluvia torrencial que rebotaba en su abrigo negro, que se agitaba con el viento que había levantado la tormenta.

Parecía un ángel vengador, o un oscuro presagio de malas noticias.

¿Para qué había venido? ¿Para dar o para quitar? Fuera lo que fuese, tenía que averiguarlo.

Corrió a través de la lluvia torrencial, sobre el desigual camino empedrado, hacia él, con los ojos fijos en los suyos. “¿Tariq?”

Su rostro cambió en un instante, como si su propia incredulidad hubiera sido repentinamente vencida. Una sonrisa parpadeó en sus ojos y luego irradió hacia sus mejillas y su boca. Siempre era así con él. Como si su rostro no quisiera revelar sus sentimientos. Pero ahora lo hacían. Con ella. “¿Vas a quedarte ahí empapada, mirándome, o puedo entrar?”

Saltó hacia la puerta, sus manos temblaban mientras intentaba abrirla. “Claro. Claro”. Finalmente metió la llave en la cerradura y se volvió para mirarle una vez más, necesitando asegurarse de que seguía allí. “¿Tariq? ¿Eres *realmente* tú?”

Otra vez esa sonrisa, tan poco común que le desgarró el corazón y lo retuvo. “¿Tienes a mucha gente de pie bajo la lluvia torrencial, esperando a que aparezcas?”

Ella le devolvió la sonrisa, intentando contener el nudo de emoción que amenazaba con hacerle temblar la voz. “Normalmente forman una cola ordenada, no me gritan al otro lado de la carretera”.

“Entonces, no son hombres. ¡Ahora, abre la puerta, y déjame entrar!”

Riendo, abrió la puerta de par en par y él la siguió por el pasillo que corría junto a la panadería y luego subió las escaleras, con las anticuadas varillas que sujetaban las alfombrillas repiqueteando bajo sus chanclas.

Sin mediar palabra, ella se hizo a un lado y él entró en el vestíbulo. Nunca se había fijado en las pequeñas dimensiones del edificio medieval. Pero ahora, Tariq la llenaba. ¿Por qué estaba él aquí? Quería saberlo, pero no quería saberlo, por si acaso era la respuesta equivocada. Intentó sonreír. “Bienvenido a mi mundo”.

Levantó las cejas. “Y qué bienvenida. Siempre pensé que eras una especie de bruja, que cambiabas el tiempo con un juego de manos, que atraías a hombres inocentes a su perdición con tu voz de sirena”. Se lamió los labios y ella notó que sus ojos se centraban en los de ella. Ella aspiró una bocanada de aire que se le escapó de repente.

“Bien, la voz de la sirena te ofrece ahora calor y refresco. Seguidme”.

¿Por qué le había pedido que la siguiera? Era muy consciente de los pantalones cortos que llevaba, las piernas desnudas y la camiseta ajustada. Le parecería desaliñada y mal vestida.

Se dirigió a la cocina y puso la tetera. Giró la cabeza pero no le miró. “¿Café?”

“Por favor”.

Llenó la cafetera árabe de agua, añadió un poco de café árabe finamente molido, una cucharada de azúcar y encendió el fuego. Fue al cuarto de baño, cogió una toalla del perchero y se la llevó.

“Creo que necesitas esto tanto como yo”. Le devolvió la toalla.

Se apartó. “Estoy bien. Voy a cambiarme”. Se arrancó la camiseta desaliñada que había visto demasiados lavados, sobre todo con calcetines rojos. “No esperaba compañía, así que... pantalones cortos” -le dedicó una rápida sonrisa incómoda- “y... chanclas”. Le miró a los ojos, que se entrecerraron confundidos. “Trabajo desde casa, así que...”

Se detuvo bruscamente. Las palabras se congelaron en sus labios y él no rompió el silencio. Simplemente levantó la mano y le pasó un mechón de pelo empapado por detrás de la oreja. “Estás... perfecta”.

Le tocó a ella fruncir el ceño. *¿Justo para qué?* ¿Justo para qué? Supuso que al menos no estaba siendo crítico. Pero entonces, la agitación de la vanidad femenina le hizo sentir que, si pretendía ser un cumplido, carecía gravemente de él. Sonrió brevemente, confundida, y se dio la vuelta y huyó a su habitación, donde se quitó la ropa mojada y saco un vestido del armario. La mente le daba vueltas. ¿Por qué había vuelto?

Se secó rápidamente el pelo, se peinó y volvió a entrar en el salón. Se detuvo de repente al verle. Se había quitado el abrigo y estaba vestido con una camisa blanca arrugada y unos pantalones informales, su piel oscura parecía aún más oscura sobre el blanco. Algunos pelos del pecho se enroscaban en el borde de la camisa. Tenía entre las manos una de sus fotografías familiares enmarcadas.

Se apresuró a ir a la cocina, añadió el cardamomo al café espumoso, respiró hondo y volvió al salón.

Ella le tendió el café. Él pareció percibir su incomodidad y sonrió antes de tomar el café.

“Café y tazas de Ma’in”, dijo con aprobación, oliendo su aroma. Levantó la vista hacia ella, sosteniéndole la mirada, aparentemente ya no preocupado de que pudiera sentirse incómoda. “Has traído un poco”.

“Sí, yo... como que me acostumbré. Así que...” Se devanó los sesos intentando pensar en algo impersonal de lo que hablar. “¿Cómo terminaron las negociaciones? ¿Aurus estaba contento con su parte del trato?”

“Mucho. Consiguieron el dinero que querían y nosotros recuperamos el terreno. Nos ayudaste mucho, Cara”.

Ella le miró sorprendida. “¿Ayudado?”, repitió débilmente. “Pensé...”

“¿Qué te ha parecido?”

Pero con su acalorada mirada sobre ella, todo pensamiento desapareció. Tragó saliva y sintió que el rubor le subía por el pecho, por el cuello, devorándole la cara con su color delator. Carraspeó. Apartó sus ojos de los de él y entró en la pequeña cocina. “¿Tienes hambre? Cogió una sartén y la trasladó al banco, movió la vajilla, abrió la puerta de la despensa, como si buscara algo, intentando ocultar su absoluta confusión. Escogió una barra de pan. “Hay una panadería fantástica abajo. Mi amigo la lleva y me mantiene abastecida...”

Se giró de repente y vio a Tariq muy cerca de ella, con su cuerpo ocupando el pequeño espacio que había entre ella y la puerta de la cocina.

“No estoy aquí por comida, Cara.”

“Oh... Bueno... es casi la hora de cenar... Sólo pensé...”

“Dime, ¿qué te ha parecido? Porque no puede ser un misterio, ¿no?”

Cogió un cuchillo de pan del bloque y empezó a cortar pan, muy mal. “Ciertamente es un misterio. Después de decirle a alguien que es un ‘traidor’ y que no quieres volver a verle, seguro que no es de extrañar que no esperara verte”.

Se encogió de hombros. “Dicho así, supongo, es comprensible”.

Cortó una hilera de mantequilla con un cuchillo y la extendió sobre el pan irregular, seguida de una gruesa porción del tarro de margarita más cercano, coronada con otro trozo de pan.

“Ese parece el sándwich menos apetitoso que he visto. ¿Es eso lo que se cena en tu país?”

“Tengo hambre”. Se lo llevó a los labios, pero dudó. “O tenía”.

“Cara”. Le tocó el brazo y ella se quedó inmóvil, el bocadillo se detuvo en el aire, mientras ondas de deliciosos escalofríos recorrían su cuerpo sólo con aquellos dedos en su brazo. Dejó caer el sándwich en el plato. “¡Tariq, no puedo con esto! Me dijiste que me fuera. Me llamaste indigna de confianza, mentirosa... todo cierto”.

“Tampoco es sorprendente que dijera esas cosas, dadas las circunstancias. Pero nunca nada es lo que parece, ¿verdad, Cara?”. Cogió una fotografía familiar. “Mira esta fotografía, por ejemplo. Tu familia, supongo”.

Ella asintió, incapaz de decir nada mientras la emoción se agolpaba en su interior mientras el hombre al que amaba miraba la imagen de sus padres, por los que aún lloraba.

“He oído muy poco sobre tu familia. Pasamos todo el tiempo juntos en mi territorio, con *mi* gente, *mi* familia”. Él asintió y miró a su alrededor y luego de nuevo a ella de repente. “Me equivoqué. Hice demasiadas suposiciones. No entendía nada de ti ni de tu vida”.

“Tariq... Tuvimos tan poco tiempo para hablar de cualquier cosa. Afrontémoslo, apenas nos conocemos”.

Se volvió y sus ojos ardieron con una intensidad que abrasaba. “¿Es eso lo que crees?”

“Es un hecho, Tariq.”

“No todos los hechos son ciertos”.

Sacudió la cabeza. “Estás hablando en acertijos”.

“¿Lo soy? He aquí un hecho para ti. Mi amante me ocultó un secreto, uno que sabía que era importante para mí. ¿Eso la hace engañosa? ¿Indigna de confianza? ¿O simplemente pragmática, sensata, sabiendo mi probable reacción y sus posibles consecuencias?”

Cara seguía sin hablar. Sus palabras eran como un cuchillo que atravesaba y se burlaba de la tierna herida de su traición.

“Entonces, ¿quién es la persona culpable? ¿No será la mujer? Seguramente” -volvió a colocar la fotografía en el mueble y la miró de nuevo- “seguramente sería el hombre que estaba tan seguro de que su amante era un libro abierto, una mujer sin historia, una mujer cuyo pasado no había intentado descubrir. ¿Hmm?”

Tenía la boca seca, reseca. Intentó hablar, pero no emitió ningún sonido.

“Decidí remediar mi falta de conocimiento sobre ti. Después de que te fueras, empecé a investigar sobre tu familia, a averiguar los hechos, tanto para mí como para justificar mis acciones. Pero cuando descubrí los hechos, descubrí que *mis* acciones no podían justificarse. Aquí, en esta fotografía, están tu padre, tu madre, tú y tu ex *marido*”. Se dio cuenta del énfasis en “ex”. Así que había descubierto que ahora estaba divorciada. Volvió a asentir. “Una foto de familia feliz en la superficie. ¿Pero por debajo?”

“¿Cómo sabes lo que había detrás de esa fotografía?”

“Me he propuesto saberlo”. Señaló a su padre, alto, pálido y demacrado. “Tu padre debió de

sufrir un fallo renal más o menos cuando se tomó la fotografía. Está sonriendo a la cámara, pero puedo ver el dolor en sus ojos”.

Se apoyó en el armario de la cocina. “Estaba desesperada”, susurró mientras le invadían los recuerdos.

“Y ahí está tu ex marido, aprovechándose de un enfermo y de una hija preocupada “ayudándole” en su trabajo. Hasta que descubrió lo que necesitaba después de lo cual simplemente se fue, ¿no?”

Se agarró al banco, sintiéndose repentinamente débil. “Sí.”

“Debería haber confiado en ti, pero no lo hice. Si hay algo que me enseñaste, Cara, es a comprender la verdad a través de mis propios sentidos. Cuando te miro a los ojos, cuando escucho tu voz, cuando toco tu piel, te conozco mejor de lo que cualquier hecho pueda decirme.”

“¿Y qué dicen ahora tus sentidos sobre mí?”.

Le acarició los brazos que mantenía defensivamente frente a ella. “Que tienes miedo de abrirte, de volver a creer en mí”.

Ella asintió, una vez brevemente. “¿Qué más?”

“Que este es tu único miedo ahora. Has superado tu miedo a la soledad, a la pena, a la lluvia. Eres más fuerte a través de tu dolor. Pero, Cara, yo quitaría ese último miedo de tus ojos”.

“¿Y cómo propones hacer eso?”

“Ven a casa conmigo. De vuelta a Ma’in”.

“¿Volver contigo? ¿A Ma’in?” Repitió sus palabras, tratando de hacerlas realidad. Pero por la forma en que sus ojos se oscurecieron, ella debe haber sonado más dudosa que asombrada.

“¿No lo entiendes? No puedo pensar en nada, en nadie más que en ti”. Le puso la otra mano en el brazo. “Por la mañana me despierto con tu imagen en mi mente, la sensación de tu cuerpo como una huella contra mi piel”. Él apretó su carne, ella sabía que lo hacía, pero lo único que sintió fue la presión de sus ojos clavándose en los de ella. Tragó saliva como si intentara controlar sus palabras. “Y por la noche”. Sacudió la cabeza. “Por la noche es lo peor. Porque creo que puedo dormir, que puedo librarme de mi necesidad de ti, pero entonces duermo y no puedo controlar mis pensamientos... ni mi cuerpo. *Cara...*” Ahí estaba de nuevo, el susurro como una oración. “No puedo vivir sin ti. Te amo, con todo mi ser - mi corazón, mis sentidos, mi cuerpo, mi mente. Cada parte de mí anhela estar contigo. *Cara*, te pido que te cases conmigo, que te conviertas en mi esposa, que vivas conmigo, que me ames como yo te amo a ti. No quiero quitarte nada, sólo quiero añadir algo a tu vida”.

Anonadada, lo único que podía hacer era mirar. No surgieron pensamientos ni palabras. El miedo entró en sus ojos.

¡”Cara”! Haría cualquier cosa por ti. Podemos mantener una casa aquí, si lo deseas. Vivir aquí a tiempo parcial si significa tanto para ti”.

Cara se rió. La idea de este Rey, viviendo en un apartamento en la zona rural de Norfolk era

demasiado ridícula. “¡No puedo ver eso!”

La agarró de los brazos y se le escapó la risa.

“En serio, eres el Rey, necesitas vivir en tu país.”

“Mi hermano puede compartir el control de Ma’in”.

“¿Renunciarías a tu país?”

“He vivido mi vida por mi país y ahora es el momento de vivir mi vida por mí. Para mí, para ti y para mis hijos. *Nuestra* familia. Eso es todo lo que quiero ahora. Eso es todo lo que importa”.

“Tariq, no quiero que renuncies a lo que significa tanto para ti”.

“Pero dijiste que este es tu lugar favorito en la tierra”. Bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas y jugueteó con sus dedos.

“Eso puede ser lo que dije, pero no era lo que quería decir”.

Le inclinó la barbilla para poder ver mejor sus ojos. “¿Qué es lo que querías decir, Cara?”

No tuvo más remedio que mirarle a los ojos calientes e interrogantes. “Dije que este es mi lugar favorito en la tierra. Pero no he dicho que sea mi hogar. *Eso* es algo diferente. No hay especie de árbol, ni diseño de casa, ni paisaje, ni clima, que definan mi hogar”.

Frunce el ceño. “¿Qué quieres decir?”

“Mi hogar está donde esté la gente que quiero, la gente que me quiere. No podría venir a estar contigo a menos que me quisieras tanto como yo te quiero a ti. Eso no es vida. Pero si me quieres, todo es posible. Ahora puedo vivir en cualquier parte -lluvia, sol, montañas, ciudad- siempre que esté con la persona que quiero, que me quiere. Tariq, dondequiera *que* estés, es mi hogar”.

Sus ojos se cerraron y la tensión desapareció. La atrajo hacia sí y le besó suavemente la coronilla antes de rodearla con los brazos.

Envuelta en sus brazos, supo la fuerza de sus sentimientos, así como la verdad de sus palabras: había encontrado su hogar en sus brazos.

EPÍLOGO

Tres meses después...

DE NO HABER SIDO por la mano de Tariq que sujetaba la suya con fuerza, Cara no sabía si habría superado la ceremonia nupcial. Toda su vida había pasado en silencio por los acontecimientos y aquí estaba ella, el centro de atención, casada con el Rey de Ma'in. Era la Reina de Ma'in y se dio cuenta de que nunca volvería a tener el lujo del anonimato.

No es que lo quisiera, pensó, cuando Tariq se apartó de uno de sus invitados y la miró. Siempre estaba en el primer plano de sus pensamientos y atenciones, y no había forma en este mundo de que ella quisiera que eso fuera diferente.

Ya era tarde. Y las antorchas que iluminaban la vasta sala de Qusayr Zarqa revelaban el calor en la expresión de Tariq. La deseaba. Como la deseaba todas las noches y todos los días. No podía esperar a que estuvieran solos. Pero tenía que esperar. Aunque algunos de sus invitados se habían retirado a descansar, sus amigos más íntimos y su familia permanecían allí, escuchando la música, más tranquila ahora que todos estaban cansados y el baile había cesado.

“¿Sin remordimientos?”, dijo Anna en voz baja. “Es algo grande enfrentarse no sólo a un jeque, sino también a un país y a una familia”.

“No es para tanto”, respondió Cara. “Con Tariq a mi lado”.

Tariq estaba hablando con Lucy, sentada a su izquierda, y no había oído el intercambio, pero atrajo a Cara a su lado en un breve abrazo. Anna se dio cuenta y sonrió a Cara.

“Parece que nunca tiene intención de dejarlo también”.

Cara puso su mano protectora sobre la de él. “Mejor que no”.

“¿Será mejor que no haga qué?” Lucy la llamó.

“¡Lucy! Tienes las orejas como un murciélago!”, rió Anna.

“¿Qué? ¿Alto y puntiagudo?”

Tariq ignoró las risas que atrajeron a Razeen y Zahir a la conversación y que pronto se desvió por la tangente, dejando a Tariq y Cara en su propio mundo, que era justo como les gustaba.

Tariq rozó con sus labios la oreja de Cara. “¿Y qué, querida, sería mejor que no hiciera?”

Se estremeció bajo sus caricias y se volvió hacia él con los ojos entrecerrados. “¿Y por qué supones que hablo de ti?”.

“¿De quién más hablarías en tu noche de bodas?”

“¿Tal vez tus hermanos?”

Tariq siguió su mirada primero hacia Daidan, que estaba sentado apartado del resto, sombrío y pensativo, obviamente esperando a que él también pudiera irse. “¿Y qué dirías de Daidan?”.

“Que si sus pensamientos son tan peligrosos como parecen, mejor que no actúe en consecuencia”.

Tariq asintió. “Buen consejo, dado su estado civil”. Se volvió e hizo un gesto con la cabeza hacia Sahmir. “¿Y mi hermano menor? ¿Qué sería mejor que no hiciera?”.

Cara miró a Sahmir, que estaba sentado, inusualmente callado y pensativo.

“Ah, con Sahmir no le diría que *no* hiciera algo. Le diría que necesita actuar, ahora. No está contento”.

“Creo que tienes razón”.

“¿Alguna vez descubriste las circunstancias en las que Sahmir y Rory se juntaron?”

Tariq puso mala cara y negó con la cabeza. “No. No me lo dice, lo cual me preocupa. Sahmir siempre me lo ha contado todo. Pero esta vez no. Sin duda lo averiguaré en algún momento. Así que eso me lleva de nuevo a mí. ¿Qué, querida, es mejor que no haga?”

Ella se llevó la mano a su estómago, ligeramente redondeado ahora. “Será mejor que no nos dejes”.

Por un momento pensó que Tariq no había entendido. Empezó a responder y se detuvo al comprender de repente.

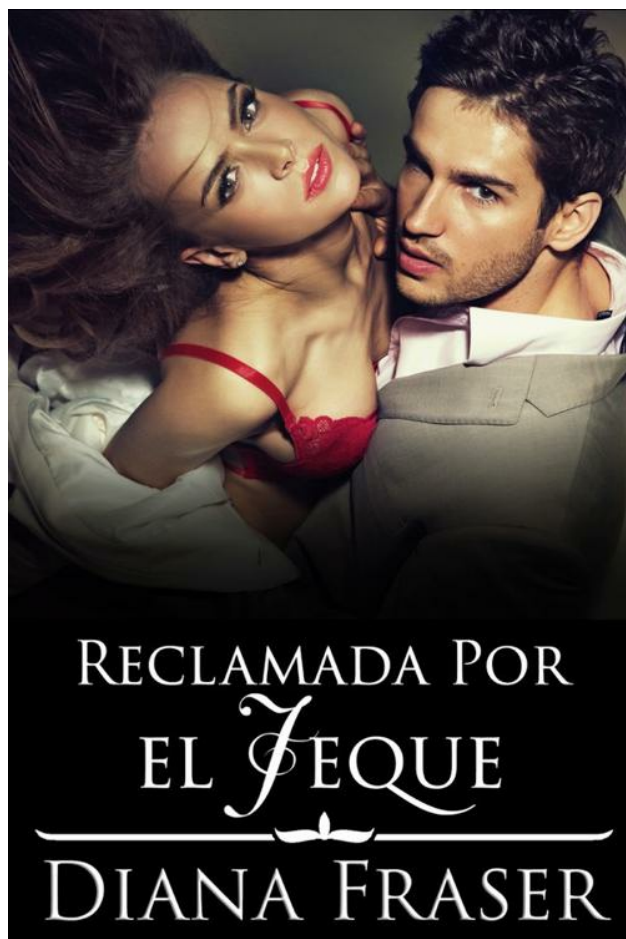
“Nosotros...” Abanicó sus dedos sobre su estómago, acariciando sus curvas recién emergidas. “Tú eres...” Tragó saliva como si apenas se atreviera a decir las palabras en voz alta.

Se rió y asintió. “Embarazada”. Sí. Así que será mejor que no me dejes”.

Le besó la mejilla, el pelo y luego los labios. “Jamás. Me tienes para toda la vida”.

Cara suspiró de pura satisfacción y se entregó a la dicha de su beso.

¡Compre ya el próximo libro de la serie!



Con un matrimonio concertado y sin amor en ciernes, el príncipe Sahmir de Ma'in está disfrutando de su última noche en París cuando Aurora pasa corriendo, huyendo por su vida. Todo lo que Rory quiere es recuperar las propiedades que su padre perdió a manos de la mafia rusa. No había planeado casarse con el ruso, ni vivir con un jeque, ni mucho menos tener un hijo.

Aquí tienes una reseña de **Reclamado por el jeque** para que te hagas una idea de lo que te espera.

“¡Me encantó este jeque alfa! Sabe cómo tentar a una mujer pero también cómo respetarla. Sabes que es un buen hombre por lo que hace aunque haya cometido algunos errores. Está decidido a hacer las cosas bien”. (Patti A, Amazon.com)

Reclamado por el jeque

POSTFACIO

Gracias por leer *Despertada por el jeque*. Espero que lo hayan disfrutado. Las reseñas son siempre bienvenidas: me ayudan a mí y a los posibles lectores a decidir si les gustará el libro.

La serie de los Reyes del Desierto comprende:

Se busca: Una esposa para el jeque
La novia de ganga del jeque
La amante perdida del jeque
Despertada por el jeque
Reclamada por el jeque
Se busca: Un bebé para el jeque

El próximo libro de la serie de los Reyes del Desierto está protagonizado por Sahmir y Rory en *Reclamada por el jeque*.

¡Feliz lectura!

Diana

<https://dianafraser.com>

RECLAMADO POR EL JEQUE

LIBRO 5 DE REYES DEL DESIERTO-SAHMIR Y RORY



Con un matrimonio concertado y sin amor en ciernes, el príncipe Sahmir de Ma'in está disfrutando de su última noche en París cuando Aurora pasa corriendo, huyendo por su vida. Todo lo que Rory quiere es recuperar las propiedades que su padre perdió a manos de la mafia rusa. No había planeado casarse con el ruso, ni vivir con un jeque, ni mucho menos tener un hijo.

Extracto

Era más de medianoche y el único sonido en la plaza de los Vosgos eran las solitarias notas de Debussy que se colaban por la puerta abierta hasta la escalinata donde el príncipe Sahmir ibn Saleh al-Fulan bebía vino tinto y contemplaba la nieve caer.

No recordaba la última vez que se había parado a ver caer la nieve. ¿Klosters tal vez? En la preadolescencia, sin duda. Como intrincadas piezas de coral helado, los copos de nieve descendían del cielo nocturno en un camino perezoso, pasando por el tejado de pizarra gris y la

fachada de ladrillo y piedra a rayas de su casa de París, antes de posarse en el pavimento brillante. Por insustanciales que fueran, empezaban a acumularse, iluminando la plaza hasta convertirla en un mundo de blanco.

Sahmir entrecerró los ojos contra el resplandor. Había pasado demasiado tiempo en habitaciones de hotel con pesadas cortinas, jugando por la noche e intentando olvidar su pasado en brazos de mujeres durante el día. Demasiada oscuridad y poca luz.

Dejó que un copo se posara en su mano y recordó cómo la nieve le había fascinado de niño, cuando él y su madre abandonaban el calor de Ma'in para pasar sus vacaciones anuales en Suiza. Sintió un destello de aquel recuerdo mientras examinaba el copo de nieve blanca, momentáneamente perfecto contra su piel oscura. Antes creía en la magia, en los cuentos de hadas. ¿Dónde había quedado aquella inocencia?

El copo se derritió. Suspiró, bebió otro sorbo de vino tinto y miró hacia el parque, donde la nieve empezaba a crear formas en los árboles oscuros. No volvería a ver la nieve en mucho tiempo. Había hecho lo que había venido a hacer a París. Ahora era el momento de volver a Ma'in, a la responsabilidad que había prometido a su hermana muerta que asumiría.

De repente, el sonido agudo y apremiante de unos tacones de aguja clavándose irregularmente en el pavimento le llegó a través del aire amortiguado y quieto. Miró a su alrededor y vio a una mujer que corría por la calle hacia él. A la luz de una farola, pudo ver que era alta y delgada, con el pelo largo y oscuro suelto por detrás, y que llevaba un vestido de baile rojo brillante con un corpiño negro. No llevaba abrigo, a pesar del tiempo que hacía.

Por la forma en que miraba a su espalda, se dio cuenta de que huía de algo o de alguien. Y quienquiera que fuese, obviamente le había infundido el temor de Dios -o del Diablo-.

No te metas, le susurró en la cabeza la tranquila voz de su hermana.

Frunció el ceño, luchando contra la suave voz que era lo único que se interponía entre él y los problemas.

No te involucres, repitió. *Mira lo que pasó la última vez.*

Cuando ella se puso a su altura, volvió a mirar detrás de ella y fue entonces cuando él supo que no podía *dejar de* involucrarse. Tenía los ojos muy abiertos por el miedo, pero fue la vulnerabilidad que vio allí lo que le llegó al corazón.

Apenas sintió que el vaso medio vacío se le escapaba de los dedos cuando se apartó de la pared y bajó de un salto los escalones y entró en la plaza tras ella. Fuera quien fuera, viniera de donde viniera, necesitaba ayuda.

Comprar ahora

OTRAS OBRAS DE DIANA FRASER

-British Billionaires-

El matrimonio por contrato del multimillonario

El CEO imposible del multimillonario

El bebé secreto del multimillonario

Conjunto de libros de multimillonarios británicos (serie completa)

-Los jeques del diamante-

A las comando del jeque

A las órdenes del jeque

El placer del jeque

Diamond Sheikhs Boxed Set (serie completa)

-Secretos de los jeques-

La venganza del jeque por seducción

El amor secreto del jeque

La trampa matrimonial del jeque

Secretos de los jeques (serie completa)

-Los jeques de Havilah-

El bebé secreto del jeque

Comprado por el jeque

La amante prohibida del jeque

Ríndete al jeque

Llevada al harén del jeque

The Sheikhs of Havilah Boxed Set (serie completa)

-Reyes del desierto-

Se busca: Una esposa para el jeque

La novia de ganga del jeque

La amante perdida del jeque

Despertada por el jeque

Reclamada por el jeque

Se busca: Un bebé para el jeque

Caja de los Reyes del Desierto (1-3)

Caja de los Reyes del Desierto (4-6)

Caja de los Reyes del Desierto (serie completa)

-Romance italiano-

La amante perfecta del italiano

Seducida por el italiano

El italiano apasionado

Una Navidad accidental

Romance italiano en caja (serie completa)

- Romances contemporáneos de pueblos pequeños-

-Los Mackenzie-

Un lugar llamado hogar

Secretos en Parata Bay

Escapada a Shelter Springs

Lo que ves en las estrellas

Segunda oportunidad en Whisper Creek

Verano en el Lakehouse Café

The Mackenzies Boxed Set (Libros 1-3)

La caja de los Mackenzie (Libros 4-6)

La caja completa de los Mackenzie

-Lantern Bay-

Tuyo para dar

Tuyo para atesorar

Tuyo para atesorar

Tuya para siempre

Para siempre

Tuya para amar

Lantern Bay Box Set (Libros 1-3)

Lantern Bay Box Set (Libros 4-6)

Caja completa de Lantern Bay

-Romance medieval-

Reclamar a su dama

Seduciendo a su dama

Despertando a su Dama

Caballeros de Norfolk (1-3)

Defendiendo a su Dama

Honrando a su Dama

* * *